

Los Hollister



32

Y EL ÍDOLO MEJICANO



de

JERRY WEST

Cuando el tío Russ Hollister llega desde California y anuncia que planea buscar un templo perdido en las profundidades de las junglas del Yucatán, la familia Hollister se sumerge en una nueva serie de aventuras. Al tío Russ, dibujante publicitario y cómico, le han dado un mapa que muestra la localización del templo y pretende usar ese viaje como una oportunidad para recopilar material para su tira. Pero hay más personas tratando de encontrar el templo.

En el vuelo del tío Russ hacia

Shoreham, una serpiente ha sido liberada y durante el caos, la cartera que contiene la imagen del templo ha sido robada.

Los Hollister deciden unirse a la tía Marge y sus primos, Teddy y Jean, en Méjico y tras su llegada ellos también se ven envueltos en el misterio.





Jerry West

Los Hollister y el ídolo mejicano

Los Hollister - 32

ePub r1.1

nalasss 16.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and
the Mystery of the Mexican Idol*

Jerry West, 1967

Traducción: Consuelo G. de Ortega

Ilustraciones: Antonio Borrell

Diseño de portada: Salvador Fabá

Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1



UN JUGUETE NUEVO



—¿Me morderá? —preguntó la chiquitina Sue Hollister.

—¡Canastos! —repuso Ricky, el travieso pelirrojo—. ¿Cómo va a morder a nadie una serpiente de juguete?

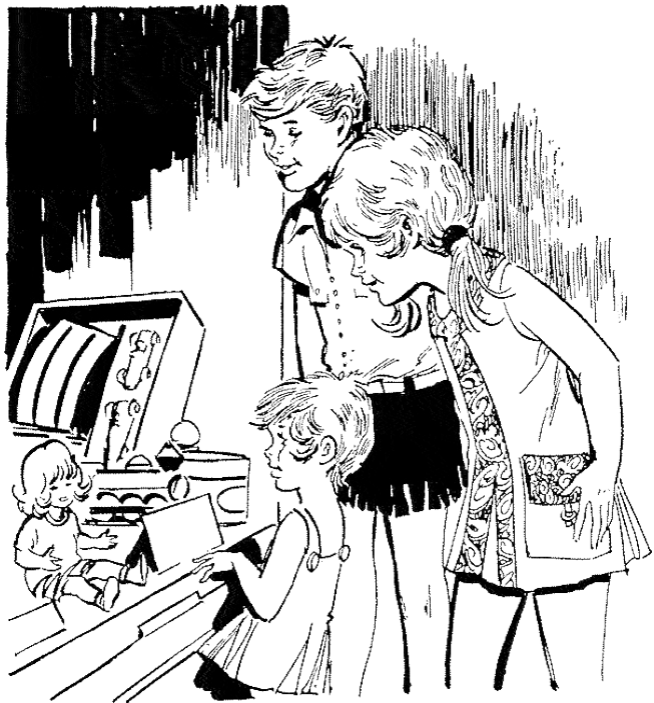
Retorciendo entre sus dedos una de sus trenzas castañas, Holly, dijo, riendo:

—Y aún menos cuando es una

serpiente de color púrpura, con pintitas amarillas y boca sonriente.

Las dos hermanas, de cuatro y seis años, y su hermano, de ocho, estaban contemplando el escaparate de una tienda de juguetes en el aeropuerto, sito a pocos kilómetros de Shoreham, la ciudad en que ellos habitaban.

Era aquélla una tarde emocionante para toda la familia, incluidos papá y mamá, Pete y Pam, los hermanos mayores, porque el tío Russ Hollister llegaba de la costa occidental con un gran secreto.



La linda Sue, de pelo alborotado y muy amante de los misterios, mantenía

los ojos fijos en la larga serpiente, de algodón y terciopelo.

—¡Cómo me gustaría tener una serpiente tan guapa! —dijo.

—¿Y cómo sabes que esta serpiente es «guapa» y no «guapo»? —preguntó Ricky, arrugando la naricilla llena de pecas.

—Porque se llama «Matilde» y «Matilde» es nombre de señora —explicó, gravemente, la pequeña.

Holly, muy sorprendida, se apresuró a preguntar:

—¿Y cómo sabes su nombre?

—Porque yo se lo he «ponido» —explicó Sue—. ¿No te parece un buen

nombre?

En ese momento se acercaron los dos hermanos mayores. Pete era un gallardo muchachito de doce años, con el cabello corto. Pam, con dos años menos, tenía el cabello ondulado y oscuro, y una alegre y dulce sonrisa.

—A todos nos gusta mucho «Matilde» —explicó Ricky, señalando el áspid del escaparate—. ¿Os parece que podemos comprarla?

—¡Zambomba! Me parece que sería muy divertido tenerla —declaró Pete—. ¿Cuánto cuesta?

El chico acercó más la cabeza al escaparate para ver la etiqueta del

precio. Marcaba seis dólares.

—Yo sólo tengo treinta centavos — dijo el pecoso, haciendo sonar unas monedas dentro de su bolsillo.

Los demás se apresuraron a contar el dinero que poseían. Todo junto sumaba tres dólares y sesenta centavos.

De repente, a sus espaldas oyeron una voz que decía:

—¿De modo que estabais aquí?

Todos se volvieron en redondo para encontrarse frente a su padre, que les sonreía. El señor Hollister era un hombre alto y de nobles facciones, que aquel día vestía modernos pantalones azul pálido y camisa deportiva de igual

color.

—Ya estábamos preguntándonos si habríais desaparecido —comentó.

—No sabes cuánto nos gustaría comprar a «Matilde», papaíto —dijo Pam.

—Y ¿quién es «Matilde»? —preguntó.

Inmediatamente se lo explicaron. Al enterarse de la cantidad de dinero que les faltaba para efectuar la compra de la serpiente, el señor Hollister entró en la tienda con sus hijos.

El dependiente sacó a «Matilde» del escaparate y la puso en manos de Sue. Una vez que todos hubieran contribuido

a pagar, salieron de la tienda, sonriendo, felices. Sue se encajó la cabeza del áspid bajo el brazo y Ricky tomó la cola para ponérsela sobre el hombro.

—¿Qué clase de serpiente es? —preguntó Sue, mientras corrían por el vestíbulo, hacia la taquilla en la que les aguardaba la madre.

—Es una *bondadosa purpúrea moteada* —replicó el padre—. Creo que a mamá le sorprenderá verla.

—Pero ¿qué traéis ahí? —exclamó la señora Hollister, mientras sus hijos se aproximaban.

La madre de los Hollister era delgada, alta y de ojos azules.

—Es una *bondadosa purpúrea moteada* y se llama «Matilde» — explicó Sue—. Tómala, mami.

Mientras la señora Hollister se inclinaba para acariciar el morro aterciopelado del juguete, llegó un aviso por el altavoz.

—Señores pasajeros que esperan el vuelo sesenta y tres de Los Ángeles a Nueva York: habrá un retraso en la llegada del aparato, debido a una emergencia a bordo.

—Ése es el vuelo del tío Russ — dijo Pam, con una expresión de asombro.

—¿Qué es lo que ocurre? —

preguntó el señor Hollister al empleado de la taquilla.

—No lo sé, señor. El aparato está aterrizando ahora.

Al oír aquello, Ricky y Holly corrieron a las escaleras que llevaban a la plataforma de observación del campo de aterrizaje. Los demás le siguieron, con Sue en la cola, arrastrando a «Matilde».

Un fuerte viento azotaba el cabello de los niños, que se agolpaban en la baranda para observar el aparato que se deslizaba por la pista. De repente, una pequeña camioneta blanca atravesó el campo. Se detuvo cerca del avión y de

él salieron dos hombres, con redes en sus manos.

—¡Qué raro! Puede que en el avión vaya alguna persona peligrosa —dijo Holly.

Y Pete añadió:

—O algún animal salvaje, suelto.

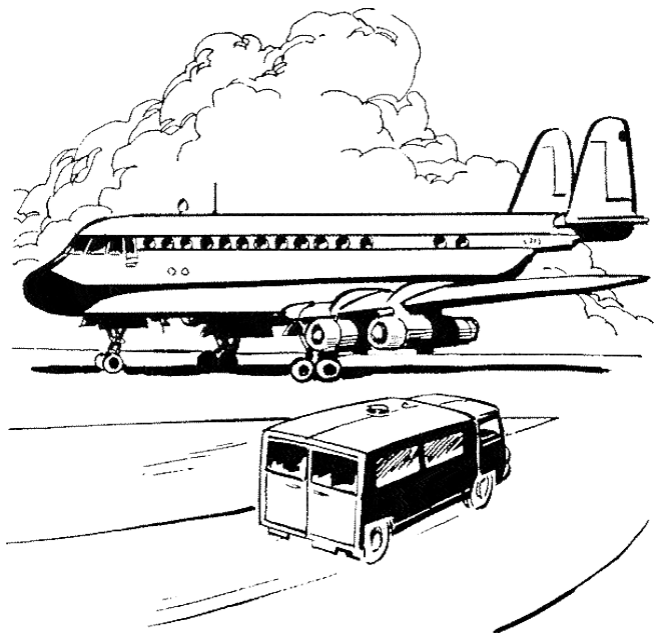
El avión se encontraba a bastante distancia del edificio terminal, cuando desplegaron una escalerilla portátil. La portezuela delantera se abrió y los dos hombres de las redes subieron a toda prisa. Durante unos minutos, los Hollister estuvieron observando la abierta portezuela con gran ansiedad. Empezaron a descender los pasajeros.

—¡Mirad! ¡Ahí veo a tío Russ! —
anunció Ricky con voz estridente,
viendo al hombre alto, de anchos
hombros, que bajaba ágilmente las
escalerillas.

—¡Vamos! —gritó Holly, echando a
correr hacia la puerta de descarga de
equipajes, seguida atropelladamente,
por todos sus hermanos.

El corazón les saltaba con fuerza en
el pecho. Los cinco hermanos estaban
muy emocionados porque adoraban a su
simpático y juguetón tío, que les visitaba
cada vez que tenía una oportunidad,
durante sus viajes a las costas oriental y
occidental. Tío Russ era un famoso

dibujante, que hacía historietas cómicas para varios periódicos.



Tío Russ vivía en Crestwood con tía

Marge y sus dos hijos, Teddy y Jean.

Mientras cruzaban la puerta, los Hollister vieron a su tío detenerse para echar una mirada a la camioneta blanca.

—¡Tío Russ! ¡Tío Russ! ¿Qué ha pasado? —preguntó Ricky, echándose a los brazos de su tío.

Sue, cuyas piernas regordetas no eran tan largas como las de los otros, corría de la mano de su madre, con «Matilde» alrededor de su cuello. Tío Russ vio la serpiente de juguete y abrió los ojos con perplejidad.

—Pero ¿es que sabíais algo? ¡A una serpiente se debe el conflicto surgido en el avión!

—¿Una serpiente viva? —preguntó

Pam.

—¡Ya lo creo! Se deslizaba por todo el pasillo. ¡Todo el mundo estaba muerto de pánico!

—Lo imagino —confesó la señora Hollister—. ¿Ha picado a alguien?

—Por suerte, no. Pero, con tantas complicaciones, he perdido mi maletín.

—¿Iba dentro tu secreto? —quiso saber Holly.

La niña recordaba la llamada telefónica de su tío, el día anterior, cuando les dijo que llevaba un secreto a Shoreham.

Tío Russ se palmeó el bolsillo

superior de la americana, al tiempo que contestaba:

—No. Gracias al cielo, había metido el secreto en mi billetero.

Mientras él hablaba, los dos hombres de las redes pasaron apresuradamente, seguidos por una multitud de miradas.

—Sí. La hemos capturado —dijo uno de ellos, en cuya red se encontraba abultada por la presencia de una larga serpiente del color del maíz dorado.

—Una buena pieza —añadió el otro hombre—. Había un científico en el avión. Él ha identificado la serpiente como una «cribo». Procede de las

junglas del Yucatán.

Tío Russ frunció las cejas.

—¿Yucatán? —preguntó.

Y sacudió la cabeza, pero ya no dijo nada mientras iba a reclamar su equipaje.

Luego, en la taquilla, notificó que había perdido su maletín. El empleado prometió que lo buscarían inmediatamente y anotó el número de teléfono de los Hollister.

Con el equipaje ya apilado en la parte posterior de la furgoneta familiar, el grupo se puso en marcha hacia casa. Al cruzarse con otros vehículos, Ricky sacaba por la ventanilla la cabeza de

«Matilde» y hacía reír a la gente.

—El que la serpiente «cribo» proceda de Yucatán es una rara coincidencia —comentó el tío.

—¿No será porque tu secreto está relacionado con Yucatán? —se le ocurrió decir a Pam.

—Eso es exactamente —contestó tío Russ.

—¿Dónde está Yucatán? —preguntó Ricky.

—Es una península, situada al sur de Méjico —dijo Pam—. Lo hemos estudiado en la escuela. De allí son los indios mayas.

—¿Hay indios en tu secreto? —

preguntó Sue, con ojos desorbitados.

Tío Russ sonrió.

—Sólo uno, hasta la fecha.

—Anda, tío, háblanos de eso —
suplicó Holly.

—Esperad a que recobre el aliento.
¡Esta «cribo» me ha dado muy mala
impresión!

Al fin el señor Hollister se detuvo en el amplio camino del jardín. La casa, antigua y acogedora, se encontraba en medio de amplios prados, y el patio trasero, donde se gozaba de la sombra de dos gigantescos sauces llorones, llegaba hasta el Lago de los Pinos.

«Zip», el espléndido perro pastor,

llegó corriendo desde la parte posterior de la casa para lamer las manos de Sue, en cuanto ella salió del edificio, acunando en sus brazos a «Matilde», como si se tratara de un bebé.

Pete llevó la maleta de su tío al dormitorio de los invitados, mientras Pam corría a la cocina para preparar una gran jarra de limonada.



Cuando la sirvieron, en el porche,
tío Russ comentó:

—¡Qué agradable es esto! ¿Habéis

tenido mucho calor aquí, este verano?

—Más de la cuenta —repuso su hermano—. No tienes más que ver lo quemado que está el césped. Hemos estado sin lluvia tres semanas seguidas.

—Eso es que no estáis en buenas relaciones con el dios de la lluvia —bromeó tío Russ, guiñando un ojo—. Bueno. Ahora os hablaré de mi secreto.

Sue se instaló en las rodillas de su tío y Ricky se montó a horcajadas en la baranda del porche, muy cerca de él, mientras los demás se apresuraban a rodearle.

—Tengo un amigo que se llama Skeets Packer —empezó tío Russ—. Es

una persona poco corriente; es arqueólogo y fotógrafo.

—Arque... ¿qué? —preguntó Ricky, rascándose la cabeza.

—Ya sabes lo que es un arqueólogo —le dijo Pam—. Descubre ruinas y cosas antiguas, y así se entera de la historia.

—Chisst —ordenó Sue, impaciente—. Tenemos que oír el secreto.

Tío Russ prosiguió:

—Pues bien; hace dos años, aproximadamente, mi amigo Skeets descubrió la pirámide de un templo maya en la jungla del Yucatán.

—¡Carambita! ¡En la jungla! —se

admiró Ricky.

—La que os digo es muy intrincada, y el templo es tan viejo que tiene un gran valor histórico.

Añadió que Skeets Packer había fotografiado parte del templo, pero sin permitir en ningún momento que nadie conociese su localización.

—¿Por qué? —preguntó Holly.

—Porque los buscadores de tesoros podrían encontrar ese lugar y robar las piezas antiguas.

—¡Qué intrigante! —exclamó la señora Hollister—. ¿Hay muchos templos así en el Yucatán, Russ?

—Sí. Docenas de ellos, y muchas

personas han robado objetos de allí, antes de que el gobierno mejicano pudiera impedirlo.

El señor Skeets había dado a su descubrimiento el nombre de Templo del Ídolo Risueño, porque en la parte delantera había una figura de piedra, sonriendo.

Pete preguntó:

—Y ¿qué es lo que hará ahora tu amigo Skeets?

—Skeets Packer está enfermo — contestó el tío—, y se encuentra descansando en un balneario de montaña, en California. El otro día estuve visitándole. Me dio un mapa que

indica cómo se puede encontrar la vieja pirámide del templo.

—¿Y vas a ir allí, tío Russ? —quiso saber Pam.

—Esa idea tengo. —El tío Russ buscó su billetero y de él extrajo un mapa—. Voy a buscar ese lugar, haré unos cuantos bocetos para las historietas del periódico y luego pasaré toda la información al gobierno mejicano. —Mirando uno tras otro, a todos sus sobrinos, añadió—: Tía Marge, Teddy y Jean están en Chichén Itzá, esperándome, con un guía maya que se llama Balam. Es el indio que antes mencioné.

Ricky saltó al suelo, desde la baranda.

—¡Canastos! ¿Teddy y Jean van a ir a la jungla contigo?

—Sí. Creo que les resultará muy divertido.

—¿Y no podemos ir también nosotros? —preguntó Holly.

—Eso sería lo más estupendo del mundo —afirmó Pete, mientras sus padres se miraban.

El tío siguió hablándoles sobre Chichén Itzá, el nombre de una ciudad donde se habían hecho importantes descubrimientos de templos.

—Cerca hay un gran pozo, llamado

cenote —siguió diciendo el tío Russ—, y en los tiempos antiguos, cuando no llovía, se arrojaban allí jóvenes doncellas, como sacrificio al dios de las lluvias.

Ricky miró al brillante cielo, y sus ojillos se iluminaron con una gran idea. Entre dientes empezó a tararear una cancioncilla, sin prestar ya atención a lo que se hablaba.

Una vez que Pam hubo llevado los vasos vacíos a la cocina, ella y Pete buscaron varios tomos de una enciclopedia para leer más información sobre el Yucatán.

Holly y Sue, entre tanto, marcharon

con Ricky al embarcadero, situado detrás de su casa.

—Ya sabes, Holly, que nos está haciendo mucha falta la lluvia —empezó a decir el pecoso, meneando la cabeza.

La traviesa Holly comprendió al instante:

—Y ¿estás pensando en sacrificar a alguien?

Bajando la cabeza de manera que la barbilla le tocara la garganta, con lo cual adquiría un aire de gran importancia, Ricky contestó:

—¿Qué te parece si sacrificamos a una doncella en el cenote del Lago de los Pinos?

—¿Quién, por ejemplo?

—Por ejemplo, tú —repuso Ricky.

Y sin más, arrastró hacia sí a Holly por las trenzas y..., ¡la empujó fuera de los tablones del embarcadero!

¡PLAFFF!

Con playero y todo, Holly desapareció bajo la superficie, para asomar un momento después escupiendo y nadando hacia la orilla.

—¡Ricky, eres malísimo! —gritó.

—Pero ¿qué está ocurriendo ahí? —preguntó la señora Hollister, desde la puerta posterior de la casa.

—¡Me han sacrificado! —explicó Holly, a voces, y atravesó el césped,

chorreando por todas partes.



—¡Ese Ricky!... —murmuró la señora Hollister, mientras Holly subía a

su dormitorio a cambiarse, dejando tras sí un reguero de gotitas.

—¡Ahora yo! —solicitó Sue.

Pero Ricky había quedado inmóvil en el embarcadero, mirando al cielo con la boca abierta. Una gran nube grisácea se extendía sobre el Lago de los Pinos, ocultando el sol.

Un momento después, el pequeño corría a la casa, seguido por Sue, para contarles a Pam y Pete lo que acababa de suceder.

Cinco minutos más tarde, cuando bajaba Holly con un vestido seco, un terrible estruendo se escuchó en el Lago de los Pinos, seguido por una serie de

relámpagos y truenos.

—¡Qué cosas pasan! ¡Ha dado resultado! —dijo Pete.

Pero Pam, muy sensata, repuso:

—Ya sabes que eso no puede ser. Más pronto o más tarde, tenía que acabar lloviendo.

En lo más álgido de la tormenta, cuando tío Russ, sentado en la salita, reía al enterarse de la extraña coincidencia del «sacrificio» de Holly con la llegada de la lluvia, sonó el teléfono. Pete, que acudió a contestar, llamó en seguida:

—¡Tío Russ, conferencia desde California!

El dibujante acudió a toda prisa al teléfono.

—¡Hola, Skeets! ¿Eres tú?... ¿Cómo va todo por California?

Al momento, el rostro de tío Russ se frunció en un gesto preocupado. Después de escuchar durante unos momentos, dijo:

—Está bien. Andaré con cautela. Gracias, Skeets.

—¿Qué pasa, Russ? —preguntó el señor Hollister.

—Malas noticias, John. ¡Skeets Packer piensa que un malhechor anda siguiéndome!

¡UNA ADVERTENCIA MUY ESPECIAL!



Truenos y relámpagos amarillentos inundaban los cielos. Caía la lluvia con más fuerza que nunca, pero los Hollister ni siquiera se fijaban en ella. Se miraban unos a otros, perplejos, pensando en la llamada telefónica.

—¿De verdad te siguen? ¿Por qué

motivo piensa eso Skeets? —preguntó Pete.

—Le han registrado su apartamento, en Los Ángeles.

Tío Russ añadió que a su amigo le habían robado monedas mayas antiguas, que Skeets había tomado de Chichén Itzá y otros lugares del Yucatán.

—Skeets piensa que el ladrón estaba buscando el mapa que muestra la manera de llegar al Templo del Ídolo Risueño.

—Pero ¿cómo podía saber el ladrón que tú lo tienes, Russ? —preguntó la señora Hollister.

—Skeets ha vuelto a casa hoy, desde el balneario, y ha descubierto que su

apartamento ha sido saqueado, mientras él se encontraba ausente. Al no encontrar el mapa, puede haber seguido la pista de Skeets hasta el balneario.

—¡Y os vio a los dos! —adivinó Pete.

—Exactamente —replicó tío Russ—. Puede que nos haya oído hablar de mi viaje al Yucatán y me haya seguido para apoderarse del mapa.

Pam estaba extrañada.

—Pero ¿cómo podía haber alguien en Los Ángeles que conociera algo sobre el mapa de Skeets?

Su tío explicó que alguien había intentado robar el mapa, el día antes de

que él saliera del Yucatán.

—Skeets me dijo que un hombre flaco y tostado le detuvo en una calle desierta y le exigió que le diera el mapa. Pero Skeets empezó a forcejear y a gritar, y el hombre huyó corriendo.

—¿Y ahora tu amigo piensa que el hombre le siguió la pista hasta Los Ángeles? —preguntó Pam.

Tío Russ asintió.

Pete dio un silbido.

—Ese ladrón debe de tener unas tremendas ganas de apoderarse del mapa.

—¡Canastos! Será que hay muchos tesoros en el templo —opinó Ricky.

—Es muy posible —asintió el tío—, ya que nadie lo ha explorado antes.

John Hollister preguntó a su hermano si había advertido algo sospechoso en el avión.

—Había un hombre delgado y moreno, sentado al otro lado del pasillo, detrás de mí —repuso Russ Hollister—. Noté que no cesaba de mirarme.

—¿Y ese hombre bajó en Shoreham? —preguntó Pete.

—No lo sé.

—Bien. Pues yo creo que debemos salir a averiguarlo —dijo Pam, muy nerviosa.

—No hay que ser tan impetuoso —

declaró el tío Russ, sonriendo—. Skeets no puede estar seguro de que el ladrón ande tras de mí. En cuanto al hombre del avión... Puede no tener nada que ver conmigo. Mejor será esperar y ver qué sucede.

Por entonces, la lluvia había cesado y los truenos sonaban en la distancia, pues la tormenta se iba alejando de Shoreham.

Caían aún algunas gotas de lluvia, cuando los Hollister se quitaron los zapatos y corrieron, con los pies descalzos, a chapotear en el lodo del patio.

—¡Canastos! ¡Qué divertido! —

gritaba Ricky, intentando salpicar más alto que nadie.

Sue fue a la casa para regresar con «Matilde».

—La «probecita» también quiere jugar —dijo.

—Podemos jugar a que es una boa y la colgamos de un árbol —dijo Pete, cogiendo a la serpiente y suspendiéndola de la rama de un arce.

En aquel momento se oyó un vozarrón que decía:

—¡Eh, mirad lo que tengo!

Los niños se volvieron para encontrarse frente a un chico de aspecto antipático, de la edad de Pete,

que avanzaba hacia ellos.

—Ya tenemos lío —pronosticó Ricky.

El chico era Joey Brill, el camorrista de la población, que tiraba de un perro moteado, atado con una gruesa cuerda. El animal, muy huesudo, tenía grandes y torpes patas y un rabo muy peludo.

—Mirad a mi guardaespaldas. Se llama «Tigre».

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Pete.

—Lo he encontrado. Estaba perdido. Cuidado, que es muy fiero.

Pam miró los tristes ojos del can.

—Pues no me parece muy fiero —
declaró.

—No te dejes engañar —dijo Joey
—. Es hijo de perrazos de raza. La
verdad es que casi tiene «pedigree»^[1].

—«Pedigree» de perro sin raza,
querrás decir —se burló Ricky.

Joey frunció el ceño y miró la
serpiente de color púrpura.

—¿Qué es esa ridícula cosa? —
preguntó.

Mientras él hablaba, el perro dio un
gruñido al juguete y, de súbito, se
desprendió de Joey. Dio un gran salto,
se llevó del árbol la serpiente y echó a
correr con ella por el patio.

Mientras Sue daba grititos de alarma y Holly se precipitaba a recobrar a «Matilde», «Zip» llegó, a la carrera, por la esquina de la casa.

Dando grandes ladridos, se unió a la persecución, tomó a la serpiente por la cola y corrió en dirección contraria al otro perro.

—¡«Zip»! ¡Déjala! —gritó Ricky, viendo que la serpiente quedaba tirante entre los dos perros.

Ya era demasiado tarde. ¡RIHP! Empezaron a saltar trocitos del relleno del juguete.

Pete agarró a «Zip» por el collar y le obligó a que dejase su presa, mientras

Pam se encargaba del otro perro, sacándole el juguete de las mandíbulas.

—¡«Matildita»! —sollozó Sue—. Se te ha rajado el «estógamo».

—No es más que la costura, hijita — la consoló Pam—. Podemos arreglarlo.

Pam enroscó la serpiente y la puso en manos de su hermanita.

Joey hizo una mueca despectiva.

—Todo esto demuestra que no entendéis ni una palabra de perros. Ya os advertí que era muy fiero. ¡Anda con ellos, «Tigre»! ¡Ataca!

Y el chico señalaba a Pam.

El animal se acercó a la niña y le lamió la mano. Pam le acarició la

cabeza. Mientras los Hollister reían, Joey agarró la cuerda y arrastró al perro.

—¡Os creéis muy graciosos! — masculló, al alejarse—. Pero ¡ya os enseñaré yo!



Sin hacerle caso, Pam recogió del suelo los trocitos de relleno y, llevando de la mano a Sue, fue a casa, buscó hilo y aguja en el costurero de su madre, y empezó a coser la serpiente.

Entre tanto, Holly había ido al embarcadero.

Después de la tormenta, el lago había quedado quieto y transparente como un espejo.

La niña se arrodilló, se inclinó de manos y rodillas, y miró al agua.

—¡Mira, Ricky! —dijo, llamando al pecoso—. ¡Ven en seguida! ¡Qué cara tan rara he visto en el agua!

—¿Dónde? —preguntó Ricky,

encaminándose al embarcadero a saltos, como si fuera una pelota de goma.

—Aquí —indicó apoyando las manos en las rodillas.

—¿Dónde? Yo no veo nada.

—¡Ahí!

—Ése soy yo —contestó Ricky, contemplando su reflejo en el agua—. Y yo no soy raro.

Holly, que se había ido irguiendo, lentamente, sonrió, traviesa y dio a su hermano un empujoncito.

—¡Oooh!

¡PLAF! ¡Glub! ¡Glub!

Ricky había ido a parar al agua. Un momento después sacaba su cabeza

rojiza, chorreando.

Holly se frotó las manos y dijo:

—Ahora estamos en paz, Ricky —y añadió, riendo—: en Shoreham sacrificamos también a los «doncellos».

Cuando Ricky llegó nadando a la orilla, procuró deslizarse a la casa, para cambiarse de ropa, sin que nadie le viera ni le hiciese preguntas.

—¡Canastos! ¡Embromado por una niña! —musitó el pequeño.

Poco después, durante la cena, la señora Hollister hizo comentarios sobre lo limpio y bien peinado que estaba Ricky. El pelirrojo dirigió una mirada a Holly y luego hundió la cara ante el

plato de estofado que tenía delante.

La conversación no tardó en girar en tomo al misterio del tío Russ y al lugar en que el maletín podría encontrarse entonces.

La respuesta a esto llegó al sonar el teléfono. Llamaban desde el aeropuerto de Nueva York. El maletín desaparecido había sido hallado en un rincón del avión, cuando éste aterrizó en el Aeropuerto Kennedy.

—Envían el maletín hacia aquí en el próximo vuelo —informó tío Russ—. Llegará a las ocho.

—Puede que el maletín quedase allí descuidado, por casualidad —dijo la

señora Hollister, esperanzada.

Pero Pam movió, negativamente, la cabeza.

—Yo creo que se lo llevó ese hombre y lo dejó abandonado después de buscar el mapa y no encontrarlo.

—Estoy de acuerdo con Pam — declaró el tío que, a pesar de todo, añadió, alegremente—: Pero pronto tendremos el maletín en nuestro poder, y podré enseñaros una fotografía del Templo del Ídolo Risueño.

A Holly los ojitos le despedían chispas.

—¿Qué aspecto tiene el ídolo? ¿Es muy grandote y terrible?

—¿Con un millón de dientes? ¿Así?
—preguntó Ricky, metiéndose los dedos en la boca para tirar de los labios y dibujar con ellos una descomunal y horrenda sonrisa.

—¿Qué horroroso te pones, Ricky! Puede que el ídolo tenga una risa más agradable —dijo Pam.

—¡Apuesto a que no! —respondió el pecoso—. Tío Russ, dinos, ¿es feo?

El dibujante se echó a reír y alborotó el cabello del pequeño, contestando:

—Ya lo veréis.

Holly dio un salto de alegría.

—Estoy deseándolo —dijo.

Aunque Sue tenía los ojos cargados de sueño, todos los Hollister y «Zip» entraron en la furgoneta y se dirigieron al aeropuerto. El avión de Nueva York ya había tomado tierra y un empleado se apresuró a llevar el maletín a tío Russ, al edificio terminal.

—Muchas gracias —dijo el dibujante.

—No hay de qué. Más vale que mire si falta algo —fue la respuesta del empleado.

Mientras los niños observaban, el tío abrió el maletín y revisó su contenido. Finalmente ahogó una exclamación:

—Sí. Falta algo: la fotografía del Ídolo Risueño.

En su lugar había un papel y el tío lo miró con extrañeza. Prorrumpió en un silbido y levantó el papel, mostrando la calavera que llevaba dibujada.

—¡Zambomba! ¡Esto es un aviso, tío Russ! —dijo Pete.

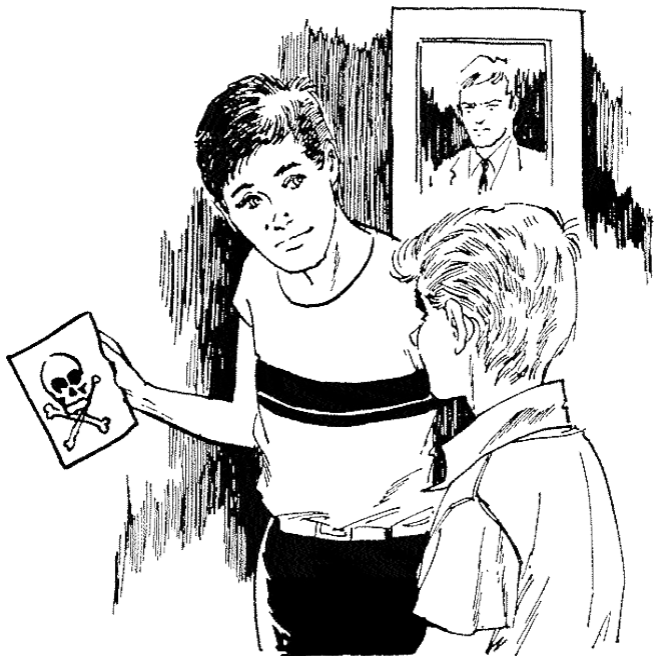
Y Ricky opinó:

—Será mejor que no vayas al Yucatán.

—Pero tiene que ir. ¡Allí están sus hijos! —reflexionó Holly, muy apurada.

—Holly tiene razón —dijo tío Russ—. Debo ir. Pero me temo que esto sea una seria advertencia. La calavera es

muy similar a la que se encuentra esculpida en una roca de Chichén Itzá, cerca del Templo de Kukulcan.



—¡Kukulcan! —exclamó Pete—.

Hemos leído algo sobre eso esta tarde.

Viendo la expresión de asombro de Holly, explicó que se trataba de una de las mejores muestras de un templo maya, restaurado.

Entre tanto, el empleado del aeropuerto dijo al tío Russ que la compañía haría todo lo posible por averiguar lo ocurrido con la fotografía desaparecida.

Los Hollister regresaron a casa, muy preocupados por la calavera dibujada. De repente, Pam dijo:

—Debimos preguntar en el aeropuerto si el hombre flaco tomó allí

algún avión.

—Tienes razón —admitió el padre—. Pero podemos telefonar, en cuanto lleguemos a casa.

Ya estaba todo oscuro cuando entraron en el camino del jardín, todavía húmedo después de la lluvia. Al detenerse, la señora Hollister prorrumpió en una exclamación de extrañeza:

—¡Mirad! ¡Hay luz en la habitación de los invitados! Russ, ¿la dejaste encendida, cuando salimos?

—Estoy seguro de que la dejé apagada.

—Entonces, ¿alguien ha estado en

casa! —dijo el señor Hollister.

Salió del vehículo, abrió la portezuela de atrás y «Zip» saltó al suelo. El perro corrió a la puerta posterior de la casa y el preocupado John Hollister a la puerta de la fachada.

—¡Está entreabierta! —dijo.

Con los hombres en cabeza, todos corrieron escaleras arriba hasta la habitación de los invitados. El señor Hollister abrió la puerta de par en par y todos contuvieron el aliento, ante el espectáculo que se apareció a sus ojos.

—¡Zambomba! ¡Todo está peor que si hubiera estallado una bomba aquí dentro! —exclamó Pete.

UNA BUENA PISTA



La habitación estaba hecha un verdadero desbarajuste. Incluso la maleta de tío Russ estaba abierta y las ropas desparramadas por todas partes.

—Alguien sigue buscando el mapa —declaró el tío.

Y Ricky añadió:

—¡Seguro que ha sido el hombre

flaco!

Un pensamiento repentino acudió al cerebro de Pam.

—¡Puede que ese hombre siga en la casa!

—Vamos. Hay que registrarlo todo. Pero con mucho cuidado —aconsejó el señor Hollister.

Ricky abrió la puerta de rejilla de la cecina para que entrase «Zip» y, con el perro ladrando de estancia en estancia, los Hollister registraron la casa de punta a cabo.

Por fin llegaron todos al sótano, donde «Morro Blanco», la gatita, se encontraba cómodamente enroscada en

una gran cesta, con sus cinco hijitos.

—«Morro Blanco», ¿has visto un ladrón? —preguntó Holly.

La gata madre se irguió, enderezó el lomo y, con un suave runruneo, frotó su cabeza contra la pierna de Holly.

—Ha dicho que no —tradujo, muy convencida, Holly.

Pete revisó la puerta del sótano, que seguía cerrada, y la familia acabó convenciéndose de que el ladrón había huido de la casa.

—Será mejor que llamemos a la policía —aconsejó la señora Hollister, mientras subían desde el sótano, a la cocina.

—Puede que el oficial Cal esté de guardia esta noche —dijo Pete.

Se acercó al teléfono y marcó el número de la policía. Después de explicar al sargento de guardia lo que había sucedido, preguntó si su amigo Cal Newberry estaba de servicio aquella noche.

—Sí. Lo está —le respondieron—. Se halla en su coche patrulla. Le enviaremos allí en seguida.

Cal Newberry, el joven policía que con frecuencia ayudaba a los Hollister a resolver misterios, llegaba a la casa pocos minutos más tarde. Pete y Pam le estaban esperando. Todos entraron en la

casa. Cal llevaba el equipo para tomar huellas digitales.

Después que le relataron lo que había sucedido, el policía inspeccionó pomos de puertas y otras superficies brillantes, pero no encontró más huellas que las pertenecientes a los Hollister.

—Llevaría guantes, como en la televisión —dijo Sue, bostezando. Y frotándose los ojos informó—: Me voy arriba, mamita. Si me necesitas, estaré en la cama.

Sonriendo, la señora Hollister dio las buenas noches a la pequeña con un beso. Los demás hermanos estaban demasiado nerviosos para pensar en

dormir.

—Venga. Puede que encontremos alguna pista fuera, Cal —sugirió Pete.

El policía tomó su enorme linterna y, seguido por los cuatro niños, revisaron el patio de extremo a extremo.

Nada.

Pero luego, cuando el oficial buscó por el camino, delante de la casa, se detuvo en seco, diciendo:

—¡Mirad esto!

—¡Huellas de neumáticos! ¡Aquí ha estado un coche aparcado!

—Y las huellas se alejan en dirección al aeropuerto —observó Holly.

Los investigadores corrieron a informar de lo que habían averiguado. Luego, tío Russ puso a Cal al corriente de todo su secreto.

—Haremos averiguaciones sobre ese hombre flaco —dijo el policía—. Llamaré al aeropuerto.

Como tío Russ recordaba el número de su asiento, no llevó mucho tiempo identificar al pasajero en cuestión.

—Se llama Águila, Quinto Águila —dijeron en el aeropuerto—. Sí... Ya ha salido de Shoreham. Hace media hora ha tomado un avión para Nueva York.

El oficial Cal tomó nota de toda la información y prometió seguir con

interés todos los incidentes del caso, en cuanto hiciese referencia a Shoreham.

En cuanto el oficial se hubo marchado, Pam corrió a la librería.

—Vamos a leer más información sobre el Yucatán—dijo.

—Ahora no, hacedme el favor—pidió la señora Hollister—. Es muy tarde y hemos tenido un día muy largo y lleno de emociones.

Pronto en casa de los Hollister no hubo más luz que el brillo de la luna sobre el tejado.

A media noche, un estrépito inesperado despertó a Pete, que se sentó en la cama, de un salto, y escuchó.

—¡Zambomba! ¡Hay alguien abajo!

Sigilosamente, salió de la cama, se puso las zapatillas y bajó, de puntillas, las escaleras. De la sala llegaba una ligera claridad.

Pete decidió echar un vistazo, antes de avisar a su padre. Bajó el primer peldaño, que crujió un poco, pero siguió descendiendo, tan silencioso como un gato. De pronto, respirando profundamente, dijo:

—¡Pam! ¿Qué estás haciendo aquí?

En el suelo, cerca de la librería, iluminándose con una linterna, y abocada a una enciclopedia, se encontraba Pam.

—¡Me has asustado, Pete!

—¡Y tú a mí!

—Tenía los libros apilados y se me han caído. Perdona. Es tan interesante...

—concluyó Pam, recogiendo los volúmenes.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, Pam dijo:

—¿Sabíais que los antiguos mayas tenían meses de veinte días?

—No —replicó tío Russ—. ¿Y cuántos meses tenían en un año?

—Dieciocho. ¡Y oíd qué nombres! Pop, Mol, Zac, Mac...



Holly estalló en risillas.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Y cada uno tiene un

dibujito representativo. Se llama un «glif» —sonrió Pam—. Hasta hay un mes que se llama Zip.

Pete, riendo, declaró:

—Entonces, ese mes debería llevar el dibujo de nuestro perro.

—¡Canastos! Un mes de veinte días. ¡Qué de prisa les debía de pasar el tiempo! —razonó el pecoso.

La señora Hollister calculó rápidamente, de memoria, y dijo:

—En ese caso, tendrían años de trescientos sesenta días. ¿Qué pasaba con los otros cinco días?

—Ah, me alegra que me lo preguntes —contestó Pam—. Ésos se llamaban los

días de la mala suerte.

—Como ayer —comentó el tío Russ, dejando sobre la mesa la servilleta y retirando su silla. Pero sus ojos brillaron cuando al ponerse en pie, añadió—: Anoche estuve pensando que este viaje puede resultar demasiado peligroso para tía Marge y los niños.

—Pero ahora no puedes dejarles sin ir —protestó Ricky—. Los Hollister no renuncian nunca a una empresa. ¿Verdad, papá?

El padre sonrió y Russ dijo:

—A eso se llama tener espíritu. Tienes razón, pelirrojillo.

Pete, medio en broma, medio en

serio, declaró:

—Lo mejor que podríamos hacer es que nosotros os acompañáramos al Yucatán. A mayor cantidad de personas, más seguridad.

Los mayores se echaron a reír y el padre de los Hollister informó a su familia:

—Como sabíamos que llegaríais a esa conclusión, ya hemos hablado de ello.

Los niños adivinaron una buena noticia en la expresión de los rostros de sus padres.

—¿Te refieres a que podremos ir?
—exclamó Pam.

—Sí —asintió la señora Hollister —. Aprenderéis mucho con ese viaje.

Los niños empezaron a dar alaridos y a bailotear alrededor de la mesa, igual que si fueran indios salvajes.

—Seremos exploradores de la jungla —dijo Ricky, abriéndose ya camino entre imaginarias lianas.

—¿Tú también vienes, mamita? —preguntó Sue, tomando a su madre de la mano.

Sonriendo, la madre replicó:

—Naturalmente. Soy tan buena exploradora de la selva como pueda serlo cualquiera.

Holly quiso saber:

—Y ¿cómo iremos allí?

La familia de tío Russ iba a trasladarse en un avión, propiedad del sindicato de los periódicos.

—Veré si puedo arreglarlo todo — prometió el tío, y a continuación explicó que tenía que ir antes a Nueva York en viaje de negocios.

—Pero ¿y el mapa que llevas encima? —dijo Pete—. ¿Crees que el señor Águila no intentará robártelo?

—Lo dejaré confundido —repuso tío Russ, buscando en su billetero, de donde sacó el mapa, que entregó a Pete—. Nadie pensará encontrarlo en ti. ¿Quieres guardármelo?

—Claro que sí —contestó, señalando el grueso cinturón deportivo que llevaba—. Guardaré aquí el mapa, y no lo encontrará nadie.

El señor Hollister llevó a su hermano en la furgoneta al aeropuerto, antes de encaminarse a la parte central de la población, donde dirigía el Centro Comercial. Aquel establecimiento era una combinación de ferretería, juguetería y artículos deportivos.

Cuando los dos hombres estuvieron fuera, los niños extendieron las enciclopedias en el suelo y Pam leyó en voz alta, mientras Holly tomaba nota de los «glifs» de los días y las noches, en

dos trozos de papel.

Había varios dibujos de antiguos mayas.

—¡Qué narices tan grandes tenían!

—observó Ricky.

Y Holly añadió:

—¡Y qué frentes tan inclinadas!

—¡Serpentinas! ¡Qué ganas tengo de llegar a Chicha en Liza! —exclamó el pecoso.

Oyendo aquello, Pam y Pete se echaron a reír.

—No es Chicha en Liza, sino Chichén Itzá —aclaró la hermana mayor—. Mira. Aquí dice que eso significa: ¡la boca del pozo de la tribu Itzá!

Mientras Pam seguía leyendo, Pete telefoneó a la policía. El oficial Cal no había entrado todavía de guardia, pero Pete averiguó que, tal como él sospechara, Águila había llegado a Nueva York y se escabulló discretamente, sin que la policía hubiera podido interrogarle.

Pete dio la noticia a los otros y luego empezó a hablar sobre las huellas de neumáticos que habían visto la noche anterior.

—Pam, apuesto algo a que podremos encontrar el coche —dijo el muchachito, de pronto.

La niña cerró el libro, para mejor

escuchar.

—¿Cómo lo harías?

—Si podemos llegar pronto a la compañía de alquiler de coches, que hay en el aeropuerto, creo que lo conseguiremos. Ven. Vamos a preparar las bicicletas en seguida.

Pete y Pam explicaron a su madre a dónde querían ir, y luego sacaron las bicicletas. Pero, antes de emprender la marcha, Pete colocó en la rueda delantera de su máquina un aparatito que servía para medir la cantidad de kilómetros que la bicicleta recorriera. El muchacho situó el aparato a cero. Durante el camino, Pete explicó su plan

a la niña. Media hora más tarde se detenían ante el edificio del aeropuerto, y estacionaban sus bicicletas en una pared.

Antes de entrar en el edificio, Pete comprobó el kilometraje de su odómetro.

—Cinco millas y cuarto.
Recuérdalo, Pam.

Se encaminaron al mostrador de la firma de alquiler de coches, donde les saludó una amable joven.

—¿En qué puedo servirlos? — preguntó.

—Nos gustaría comprobar el kilometraje hecho por un cliente que

tuvieron ustedes ayer —dijo Pete.

—Vaya; ¡parecéis detectives!

—La verdad es que lo somos. Y esto es muy importante. ¿Puede usted ayudarnos? —pidió Pete.

—Lo procuraré. —La simpática empleada buscó en un archivo y sacó unas hojas—. Ocho de ellos fueron devueltos ayer.

—¿Alguno de ellos hizo un total de diez millas y media?

La joven volvió a consultar los papeles, mientras Pam sonreía, complacida por la sagacidad de su hermano.

De repente, una expresión de

asombro se dibujó en el rostro de la joven empleada.

—¿Cómo lo sabías? Aquí hay un coche que hizo, exactamente, diez millas y media.

—¿Quién alquiló ese coche? —inquirió Pete.

—Un tal señor Smith.

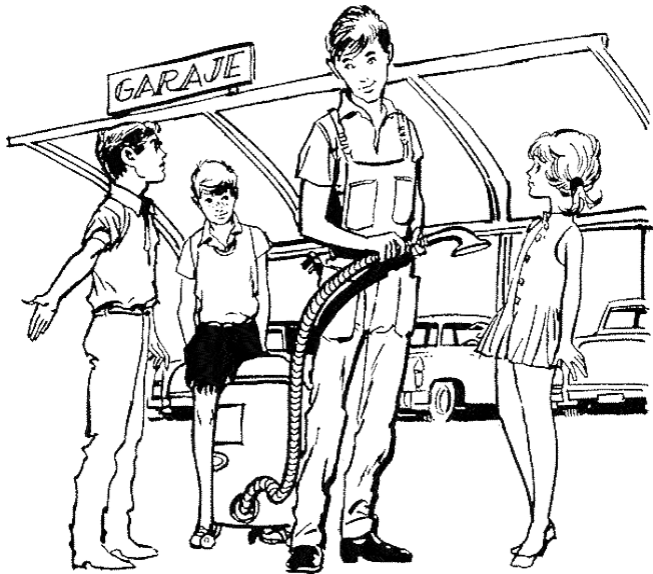
—Es un nombre falso —opinó Pam—. Seguro que fue Águila.

—Querría pedirle un favor más —dijo Pete—. ¿Puedo examinar ese coche?

—Pues... realmente debéis de ser detectives —dijo, sonriendo, la empleada—. Ese coche todavía no ha

sido alquilado hoy. Lo encontraréis en un lateral del edificio, junto a nuestro cartel anunciador. Es el sedán más nuevo.

Los dos hermanos dieron las gracias a la empleada y corrieron al lugar que ella les había indicado. Un mozo estaba acabando de limpiar el sedán con una aspiradora manual.



—Quisiéramos examinar este coche
—dijo Pete.

El hombre, al principio, les miró,
algo burlón, y preguntó:

—¿Qué estáis buscando?

—No lo sabemos todavía —repuso

Pam.

—¿Tenéis permiso?

—Sí —dijo Pete.

—Entonces, adelante. Y si encontráis algo, es que valéis más que yo.

Los niños abrieron las cuatro portezuelas del coche y buscaron por el suelo. Pam levantó la esterilla de goma. No pudo encontrar nada.

—¿Qué pistas estás buscando? —preguntó al chico.

—No lo sé. Pero se le pudo caer algo al señor Águila.

El chico deslizó una mano entre el

respaldo del asiento y el cojín. Nada.

—¿Le importa que levantemos el asiento? —preguntó Pete al empleado.

El hombre se alzó de hombros.

Los dos hermanos empujaron con fuerza y el asiento quedó levantado.

—Mira, Pam. Aquí hay tres monedas: un penique, diez centavos y... ¡Una moneda extraña con una cabeza de serpiente!

CHICHA EN LIZA



Pete recogió las tres monedas y se las mostró al empleado.

—Mire lo que hemos encontrado — dijo.

—Tenéis suerte —declaró el hombre, ayudando a los niños a colocar el asiento en su sitio—. Ese dinero no estaba ayer aquí, porque yo limpié

debajo de los asientos.

Pete y Pam dieron las gracias al hombre y se encaminaron al mostrador del «Rent-A-Car».

—¿Habéis encontrado lo que buscabais? —preguntó la joven.

Pete asintió, enseñando las monedas.

—Hemos encontrado esto, debajo del asiento.

—Y ¿cómo sabíais que estaban allí?

—No lo sabíamos. Fue sólo una corazonada. Será mejor que le entreguemos los once centavos, pero ¿podemos quedarnos con la moneda de cabeza de serpiente?

—Pues... —empezó a decir la

joven, indecisa.

—Si alguien viene a reclamarla, se la devolveremos —añadió, inmediatamente, Pam.

—En tal caso, de acuerdo —replicó la empleada.

Pam escribió su nombre y dirección en un papel y se lo dio a la joven. Al salir del edificio, los dos hermanos se detuvieron junto a sus bicicletas, para examinar la moneda. Era de la medida de medio dólar y la serpiente tenía cabeza de hombre.

—Mira que larga es la nariz —observó Pam, muy emocionada—. Y la frente es hundida. Es un indio maya,

como los que vimos dibujados en la enciclopedia.

—Todo esto encaja —dijo Pete—. Smith es el señor Águila, y apostaría algo a que ha vuelto al Yucatán para esperar a tío Russ.

Pam sintió un escalofrío.

—Conviene tener los ojos bien abiertos.

Cuando Pete y Pam llegaron a casa, encontraron a Ricky, Holly y Sue muy nerviosos, hablando de una llamada telefónica de tío Russ.

—Nos vamos dentro de dos días —anunció Holly, dando a Sue un abrazo de entusiasmo.

—¡Sí! —concordó Ricky—. En el avión de la compañía donde trabaja tío Russ. Viene a buscarnos a Shoreham el domingo.

En los dos días siguientes reinó una gran emoción, a causa de los preparativos del viaje. Eran tantas las veces que los Hollister habían salido de Shoreham, que todo se iba arreglando a las mil maravillas.

Como de costumbre, Ann y Jeff Hunter, que vivían en la misma calle, algo más abajo, se ofrecieron para quedarse con «Morro Blanco» y sus mininos.

Dave Meade, el amigo de Pete, se

sintió contentísimo de poder tener consigo a «Zip», durante los días en que los Hollister estuvieran ausentes. «Domingo», el burro de la familia, había sido prestado al granjero Johnson, quien lo utilizaría durante varias semanas.

—Mamá —dijo Pam, la víspera de salir de viaje—, ¿podemos ir Holly y yo a la biblioteca, a buscar algunos libros que hablen del Yucatán?

—Desde luego, hijita. Pero estad aquí a la hora de cenar. A las seis en punto.

—Yo también «quero» ir —declaró Sue.

—La cuidaré bien, mamá —

prometió Pam.

La hermana mayor colocó a Sue en la cesta, delante del manillar de la bicicleta, y ella y Holly montaron y se alejaron, pedaleando.

Al pasar ante la casa de Dave Meade, las niñas vieron a Joey Brill que avanzaba en su dirección, sacudiendo una vara contra los árboles.

Tan pronto como vio a las niñas Hollister, Joey dio un alarido escalofriante y efectuó una danza ante las ruedas de las bicicletas, intentando introducir la vara entre los radios.

—¡Cuidado! —gritó Holly.

Pam efectuó un viraje.

¡CRASH!

La bicicleta chocó contra un árbol y Sue saltó de cabeza, por encima de la cesta y fue a parar al césped.

Como la pequeña prorrumpió en llantos, Dave Meade la oyó, salió de su casa y atravesó el jardín a todo correr.

—¡Qué importante te sientes, atacando a unas niñas que no te han hecho nada! —gritó Dave—. ¡Te voy a dar un puñetazo en la nariz, Joey!

—Y yo te ayudaré —se ofreció Holly, saltando de su bicicleta.



Joey dejó caer la vara y corrió hacia el jardín más próximo.

—¡Ja, ja! ¡Antes tendréis que pillarme! —contestó, retador.

De un salto, cruzó un seto de poca

altura y, un momento después, daba un grito estridente.

Cuando Dave y Holly llegaron a su lado, le encontraron hundido hasta las rodillas en un charco de lodo y musgo.

Holly contuvo un grito.

—¡Oh! —murmuró—. El nuevo lecho de rosas del señor Ferguson. ¡Sí que la has hecho buena!

Desde la casa sonó un grito furibundo, y un hombre de expresión agresiva apareció, corriendo. El señor Ferguson agarró al chico por el cuello, le sacó del lodo y le dio un buen golpe en la parte posterior de los calzones.

Cuando Joey se alejó, disimulando

el llanto, Dave le dijo, a gritos:

—¡Hasta la vista, Joey! ¡Ya has visto que la vida es un lecho de rosas!

Riendo alegremente, Holly y Dave volvieron junto a las bicicletas. Allí encontraron a Sue, sentada de nuevo, en la cesta de la bicicleta de Pam, con las lágrimas secas.

—Muchas gracias por tu ayuda, Dave —dijo Pam.

—No tiene importancia. ¿Sabéis lo que ha pasado con el perro de Joey?

—Me da pena ese animal —declaró Pam—. ¿Qué le ha pasado?

—Que cuando Joey se empeñó en enseñarle a morder a la gente, su madre

lo regaló a unos amigos de Stone Point.

Las niñas reanudaron la marcha y, por el camino, Pam comentó:

—Dave es un gran chico.

Holly sonrió y dirigió a su hermana una traviesa mirada de reojo.

Hacia las cinco y media, las tres niñas regresaban de la biblioteca, muy contentas con lo que habían averiguado.

—¡Mamá! —exclamó Sue—. Pam sabe más cosas sobre la pista.

—Se refiere a la moneda que encontramos —explicó Pam—. Es, realmente, una figura de Kukulcan, el dios serpiente de los mayas.

—Acordaos —añadió Holly—. Es

el dios del templo de Chichén Itzá.

—Muy interesante —repuso la madre, antes de volver a la cocina, en donde estaba preparando la cena.

Las niñas fueron tras ella, y Holly dijo:

—Mírame, mamá.

La señora Hollister volvió la cabeza hacia su hija, que había puesto los ojos bizcos.

—Qué rara estás, hija.

—No. Estoy hermosa.

Pam se apresuró a explicar a su madre que los antiguos mayas consideraban los ojos cruzados o bizcos un signo de belleza.

—Pero estoy segura de que nadie piensa así ahora —declaró, sonriendo, la señora Hollister.

Cuando la chiquitina Sue empezó a ponerse pesada, cruzando los ojos una y otra vez, la madre tuvo que acabar diciendo:

—¡Basta, niñas! ¡Me estáis poniendo nerviosa! Se me acabará quemando el estofado de cordero.

Las dos pequeñas, conteniendo la risa, corrieron a la sala, para mostrar a los chicos lo hermosas que podían presentarse las doncellas.

—Bah. Eso no es nada —dijo, despectivo, Ricky.

Torció la vista, hundió los pulgares en los oídos y sacudió los otros dedos a modo de alas. Las dos niñas rieron a carcajadas.

—Vamos, hijos. A lavarse todos para la cena —dijo la madre.

Los niños se aprestaron a obedecer.

A la mañana siguiente, los Hollister colocaron sus pertenencias en la furgoneta. Sue dio a «Matilde» un beso de despedida, antes de subir al vehículo. Por fin el señor Hollister condujo hacia el aeropuerto. Pete llevaba su amplio cinto, con el mapa de tío Russ bien escondido. Cuando llegaron ya les esperaba un pequeño avión bimotor a

reacción, para vuelos particulares.

El piloto, un hombre alto y robusto, con ropas de vuelo, dijo que se llamaba Tom Mulvey.

—Vamos —dijo, abriendo la marcha hacia el aparato—. Les dejaré a todos en plena jungla del Yucatán, en muy poco tiempo.

Varias horas más tarde, cuando los niños miraron por las ventanillas, vieron una gran ciudad que se extendían abajo.

—Es Nueva Orleáns —informó el piloto—. Ahora estamos cruzando el Golfo de Méjico. Dentro de poco tomaremos tierra en Mérida, la capital del Yucatán.

Al poco rato, los niños experimentaron una extraña sensación en los oídos y el aparato empezó a descender.

—¡Canastos! ¡Qué ciudad tan pequeñaja! —dijo Ricky, mirando la ciudad que iba quedando a la vista bajo el ala izquierda.

—Aquí, a la derecha están las junglas —dijo el piloto.

Mientras el aparato iba descendiendo, los viajeros contemplaron una densa selva con mucho arbolado.

—¿Dónde están los indios? —se interesó Ricky de inmediato.

—Allí, precisamente. Veréis muchos —prometió la señora Hollister.

Por fin las ruedas rozaron la pista, el aparato rugió y no tardó en detenerse ante un edificio bajo, pintado de blanco.

—¡Zambomba! ¿Ésta es la estación terminal? —preguntó Pete.

—Sí —replicó el piloto, ayudando a la familia a bajar a tierra—. Ni siquiera es tan grande como la de Shoreham, ¿verdad?

La señora Hollister llevó a sus hijos a la aduana, donde un hombre uniformado revisó su documentación.

—Que disfruten en su visita a Méjico —dijo.

Apenas había transcurrido un minuto cuando Holly prorrumpía en penetrantes gritos, diciendo:

—¡Teddy! ¡Jean! ¡Tía Marge!

Sus primos les aguardaban, sonrientes, a la salida, y los recién llegados corrieron a saludarles.

—¡Hurra! ¡Ya estamos empezando una aventura! —gritó el escandaloso Ricky.

La tía Marge era esbelta, bonita, de cabello oscuro y un alegre brillo en los ojos. Su hija Jean, de nueve años, tenía el cabello castaño, lacio, y graciosos hoyuelos cuando sonreía.

Teddy se parecía algo a su primo

Pete. Tenía un año menos, el cabello negro, los ojos grises y se hubiera dicho que era incapaz de estar quieto un instante.

Las dos madres se abrazaron muy emocionadas y hablaron de aquel viaje.

—Russ llegará dentro de pocos días —explicó tía Marge, que llevaba una gran bolsa de labor—. Hay mucho que ver en Chichén.

Cuando el mozo se llevó sus equipajes, los primos Hollister y las dos señoras se encaminaron a una vieja furgoneta.

Un hombre delgado, que vestía pantalones azules y una camisa abierta,

de color gris, saludó cordialmente a los viajeros. Bajo su sombrero blanco, flexible, se veía su faz curtida por el sol y muy arrugada; su gran nariz delataba que era de ascendencia maya.

—Balam es un viejo amigo de Skeets —explicó tía Marge— y también cuidará de nosotros.



Entre risillas discretas de unos, y alegres carcajadas de los otros, los niños subieron a la furgoneta, mientras Balam iba colocando las maletas en el portaequipajes. Luego las sujetó debidamente.

—¿Vamos a Mérida? —preguntó Pete.

—No. Directamente a Chichén —contestó Balam, sonriendo.

La carretera, estrecha y de superficie negruzca, bordeada de bosques, conducía hacia el este por un terreno lleno de desniveles.

¡Qué diferente era todo allí, comparado con Shoreham, y con todos

los Estados Unidos! ¡Y qué calor hacía!

—Estaréis mucho más cómodos en la hacienda de Chichén Itzá —aseguró tía Marge—. Está sólo a unas dos horas de camino de aquí.

El vehículo pasó ante un grupo de casuchas que se levantaban a un lado del camino, y los niños de tez morena que jugaban a la entrada se apresuraron a esconderse, tímidamente, en los portales.

—¿Son indios? —preguntó Pam al conductor, con evidente curiosidad.

—Sí. Indios mayas.

—Marge —dijo la señora Hollister—, creo que debes saber lo que sucedió

en Shoreham, poco antes de que saliéramos.

En un momento, entre la madre y los hijos, los Hollister de Shoreham contaron a los demás lo ocurrido con el maletín.

En aquel momento, una camioneta cargada de cestas apareció a toda velocidad, en dirección opuesta a la furgoneta.

—¡Mirad qué montón de gallinas! — comentó Holly.

Entonces se le ocurrió cruzar la carretera a un perro huesudo. La camioneta se desvió hacia el lado por donde llegaban los Hollister.

—¡Cuidado! —gritó Ricky.

¡Pero ya era demasiado tarde! ¡Con un horrendo estrépito metálico, los dos vehículos sufrieron un encontronazo lateral!

JOLI-STER



Cuando la camioneta pasó velozmente, después del choque, una de las cestas de gallinas aterrizó con estrépito sobre el vehículo de los Hollister.

Luego, rebotó a un lado, se abrió un lateral y cuatro gallinas, cacareando estrepitosamente, corrieron hacia la

jungla.

Balam se apresuró a detener la furgoneta y todos los Hollister salieron a comprobar con exactitud lo ocurrido. El conductor de la camioneta aceleró la marcha y desapareció muy pronto de la vista.

Balam miró con tristeza el lateral de la furgoneta. Estaba llena de abolladuras y arañazos.

—Un conductor nunca debe abandonar el escenario de un accidente —dijo, reprobativa, la señora Hollister.

—¿Podría usted identificar la camioneta, Balam? —preguntó Pete.

El indio se encogió de hombros y

con un amplio ademán, repuso:

—Ha aparecido tan de prisa... Todo lo que puedo decir es que era una camioneta verde y polvorienta.

Holly y Ricky, entre tanto, descubrieron la cesta. Luego vieron una de las gallinas picoteando el suelo, al borde de la jungla.

—Vamos, Holly. Hay que atraparla.

Los dos hermanos avanzaron de puntillas, primero. Luego corrieron entre la maleza.

—Mira —dijo Ricky—. Veo cuatro gallinas.

Tres de los animales parecían muy animosos al correr hacia las

profundidades de la jungla, pero el cuarto cojeaba. Holly pudo atraparlo fácilmente y volvió a la carretera con el ave bajo el brazo.

—Las otras se han escapado — notificó Ricky.

—Pero ¿qué vamos a hacer con esa gallina? —murmuró tía Marge.

—Quedarnos con ella. ¡Claro! — repuso Holly, muy convencida.

—Podemos llevarnos ese animal hasta Chichén Itzá. Tal vez podamos dársela a alguno de los nativos de allí —opinó la madre de Holly.

La niña hizo un pucherito y contestó:

—La he atrapado yo y es mía.

Jean, con una risilla, comentó:

—Holly encuentra animalitos caseros en cualquier parte a donde va. ¿Qué nombre vas a ponerle?

—La que sabe mucho sobre eso de bautizar animales, es Sue —dijo Pam, mientras volvían a la furgoneta.

Todos miraron a la linda pequeña, que se instaló en su asiento e hizo girar las pupilas vertiginosamente, mientras meditaba.

—Creo que un buen nombre sería «Tan-Tan» —dijo, por fin.

—Qué nombre tan raro —comentó tía Marge, mientras Balam se colocaba al volante.

—¿No se llama una cosa así este país? —preguntó la pequeña que con frecuencia entendía los nombres al revés.

Todos reían de la ocurrencia de la pequeña cuando se oyó gritar a Pete, que se había alejado un trecho por la carretera. Ahora corría hacia la furgoneta, enseñando algo que parecía una pelota de tenis.

—¡He encontrado algo! ¡Yo diría que es algo muy antiguo!

Hasta la gallina alargó el cuello para contemplar el hallazgo de Pete. Era una especie de pelota esculpida en piedra. Una porción de la superficie estaba

áspera, como si aquella bola hubiera sido arrancada de alguna parte.

Balam tomó la bola en sus manos y le dio vueltas y más vueltas, examinándola con interés. Por fin anunció:

—Es un pendiente del dios de la lluvia.

—¡Canastos! ¿Qué quiere usted decir?

Pacientemente, Balam explicó que aquella bola había constituido un adorno esculpido en el ídolo de piedra.

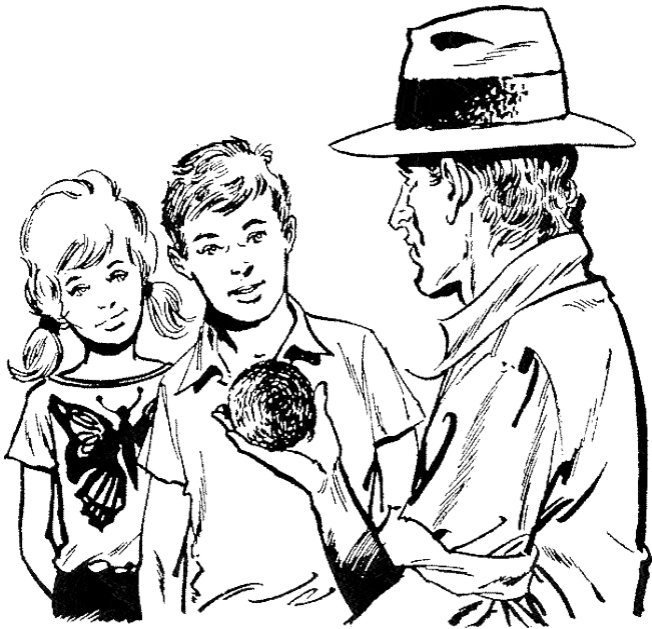
—Pero ¿cómo habrá sido arrancada de allí? —preguntó Pam.

El guía sacudió la cabeza, diciendo

que no había ningún templo en aquellos alrededores.

—Puede que se haya caído de la camioneta de las gallinas —sugirió Pam.

—Pero ¿qué haría eso en una camioneta de gallinas? —preguntó Teddy.



—En cualquier caso, lo que hay que hacer es ponerlo en manos de las autoridades —opinó tía Marge.

Balam concordó con ella y explicó

que muchos de los objetos antiguos de las pirámides eran sacados ilegalmente del país.

—Cualquier cosa que uno encuentre, debe ser devuelta para que ocupe su debido lugar cuando las pirámides sean reconstruidas.

Mientras Balam conducía, Pete examinó la piedra. Los demás fueron hablando de Chichén Itzá.

—Fue fundada hacia el año cuatrocientos de la era cristiana —explicó tía Marge—, pero ya habían mayas aquí antes de esas fechas.

—Una cosa curiosa —agregó Teddy—: Chichén estuvo ocupada durante

unos doscientos años. Luego quedó abandonada hasta el año mil. La tribu Itzá volvió y reconstruyó la ciudad.

—¿Y por qué hicieron todas esas pirámides? —preguntó Pete.

Ahora fue Balam quien habló, diciendo que, una vez el pueblo maya hubo plantado su maíz y recolectado la cosecha, los jefes decidieron ocupar a todos los habitantes en la construcción de los templos.

Tía Marge agregó:

—Situándoos en un lugar elevado, podréis ver elevaciones que surgen por todo el bosque. Son las pirámides, no descubiertas, en las que han arraigado

árboles y maleza.

—Una de ellas es el Templo del Ídolo Risueño —se le ocurrió decir a Ricky, dándose mucha importancia.

A lo que Balam repuso:

—Está en las profundidades de la jungla. ¡No sé si llegaremos a encontrarlo!

—Pero tenemos un... —Pete se mordió instantáneamente la lengua. Incluso entre amigos, era preferible guardar silencio sobre el mapa que llevaba en el cinturón.

Pam se apresuró a cambiar de tema, hablando de la llegada de los españoles al Yucatán. Jean dijo que los mayas

fueron conquistados en el año 1697, por una expedición al mando de Martín D. Urzia.

Hablando sobre Méjico el tiempo pasó para todos muy de prisa y pronto el vehículo se detuvo a un lado del camino. Allí, entre floridos arbustos, se levantaba una bella hacienda.

—Éste es vuestro hospedaje —dijo Balam a los niños, y empezó a bajar las maletas.

—¿Vosotros también vivís aquí? —preguntó Pam a sus primos.

—No. En la hacienda siguiente, bajando un poco por el camino.

Todos, menos los más pequeños,

ayudaron a llevar los equipajes al soleado patio, y a dejarlos junto a una susurrante fuente.

—El sitio donde nosotros vivimos es más agreste, más selvático —susurró Teddy—. ¡En cuanto acabéis con las maletas, venid! Está carretera abajo. Hay que cruzar una verja.

—Hasta luego —contestó Pete, cuando Teddy y Jean se alejaban con su madre.

El director del hotel llevó a los Hollister hasta las dos amplias y frescas habitaciones que iban a ocupar. Al ver la gallina que Holly llevaba bajo el brazo, arqueó las cejas y dijo con

cortesía:

—Me temo que no podremos permitir que este animal se aloje aquí.

—«Tan-Tan» tiene una pata enferma —protestó Sue.

—Entonces, os mostraré un buen sitio para ella —dijo el director.

Tomando a Sue de la mano, el hombre condujo a la pequeña y a Holly a través de un patio, bajó un tramo de escaleras de piedra, que llegaban a una piscina y luego fue a la parte posterior de la hacienda donde, bajo un árbol frondoso, había una jaulita.

—«Tan-Tan» puede hospedarse aquí —dijo el hombre, sonriente—. Esta

jaula la ocupaba un palomo, pero ya no está.

Sue quedó satisfecha. Levantó la tapa de la jaula, hecha de estrechos, listones de madera, y Holly metió la gallina.

—«In seguida» te traeremos comida —prometió la pequeña.

Y las dos hermanas volvieron con su familia.

En cuanto tuvieron desocupadas las maletas, Pete y Pam dijeron a su madre que se iban a visitar a Teddy y Jean.

Cruzaron la carretera, recorrieron unos metros y se encontraron ante una verja que llevaba a una especie de

poblado. Varias casas nativas, con techumbre de cañas, estaban en primera línea, cerca de la carretera y, más allá, había cuatro casitas de tipo más moderno. De una de ellas salió Teddy y Jean, que corrieron a saludar a sus primos.

—¡Zambomba! ¡Vaya sitio estupendo! —exclamó Pete.

—Pues ya veréis qué iglesia tenemos aquí —dijo Jean, abriendo la marcha por un caminito en el que dejaron atrás un árbol seco, en el que se hallaban posados varios pájaros.

—Son buitres —dijo Teddy—. ¿No os parecen muy lúgubres?

Algunos de los negros pajarracos extendieron sus alas y emprendieron el vuelo. Siguiendo el camino, entre los altos arbustos, los niños encontraron dos cabras que mordisqueaban las hierbas.

Entonces apareció ante sus ojos la iglesia. Era de tipo español, muy antiguo, con tres campanas de hierro pendientes de las arcadas del techo. De la campana de mano derecha pendía una larga cuerda que casi llegaba al suelo.

—Tienen un sonido maravilloso — dijo Jean—. Las oímos por la mañana.

—Y, a veces, también por la noche —añadió Teddy—. Algunos nativos dicen que estas campanas están

encantadas.

—Imposible —dijo Pete, echándose a reír.

—Entonces, ¿cómo se explica que suenen a medianoche? —insistió Teddy.

—Puede ser alguien que quiere gastar una broma —fue la opinión de Pam.

Jean movió de un lado a otro la cabeza.

—Aquí la gente es muy tranquila —dijo—. No creo que a nadie se le ocurriera hacer semejante cosa.

Los niños caminaron alrededor de la antigua iglesia, que se encontraba en los límites de la jungla. Luego entraron en la

húmeda y fría nave, buscando alguna explicación al misterioso repique de las campanas. Como no encontraron nada, corrieron a la casita, donde tía Marge les esperaba, en la puerta.

—Sí estáis preparados, podemos ir todos a comer y luego visitaremos la pirámide de Kukulcan.

Toda la familia se sentó en torno a una larga mesa de la hacienda, a saborear una apetitosa ensaladilla de frutas frescas y grandes vasos de leche helada.

Luego, con Teddy y Jean al frente del grupo, todos echaron a andar carretera adelante y pronto penetraron en la gran

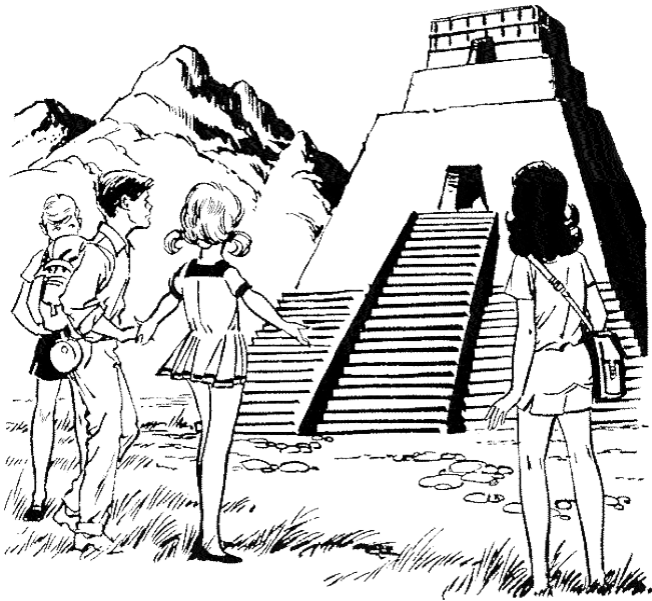
plaza del Templo de Kukulcan.

—¡Es fantástico! —se admiró Pam.

Ante ellos se levantaba una gigantesca pirámide. En la parte central de cada uno de los cuatro laterales, que llevaban a la plataforma superior, se veían los numerosos escalones de unas largas escaleras.

—Subamos en seguida —propuso Pete.

—No. Espera, Quiero enseñaros un sitio mejor —dijo Teddy.



—Sí —concordó la hermana—. ¡El campo de pelota! ¡Venid!

Dejando a sus madres admirando la pirámide, los niños echaron a correr

detrás de Jean y Teddy, hasta llegar a una gran extensión cubierta de césped, flanqueada por altos muros.

—Aquí es donde los mayas jugaban a pelota —informó Teddy.

Ricky se apresuró a preguntar:

—¿Dónde están las porterías?

Echándose a reír, el primo repuso:

—No habían porterías. ¿Ves eso de arriba? —Teddy señalaba un gran aro de piedra incrustado en uno de los paredones—. Bastaba con que hiciesen pasar la pelota una sola vez, por ese agujero, para ganar el partido.

—¡Zambomba! ¡No debía de ser muy difícil pasar la pelota por allí! —opinó

Pete.

—Es que no la arrojaban con las manos —explicó Jean—. Tenían que hacerlo con los codos, las rodillas o el cuerpo.

Entonces Ricky hubo de admitir:

—Pues sería muy difícil conseguirlo, ¡canastos!

—Pero lo peor de todo es lo que sucedía al capitán del equipo que perdía —prosiguió Teddy.

—¿Qué le sucedía? —inquirió Holly.

—¡Se quedaba sin cabeza! —declaró Teddy.

—¡No vengas con bromas! —replicó

Ricky.

—Es verdad —dijo Jean—. El capitán del equipo que perdía tenía que dejarse cortar la cabeza por el capitán del equipo ganador.

—Venid. Os enseñaré un dibujo de cómo lo hacían —ofreció Teddy.

Los niños se encaminaron a una gran piedra esculpida, de un lado del patio. Los jugadores, que se adornaban la cabeza con plumas, aparecían entrelazados con serpientes, pero Jean les mostró al capitán del equipo ganador y a su víctima.

—¡Uggg! —masculló Holly.

—Hay otra cosa muy curiosa en este

campo —dijo Teddy—. Se puede oír hasta un susurro de un extremo a otro.

Los siete niños se encaminaron al fondo del patio. Allí se detuvieron y, al volverse, vieron a dos hombres que caminaban, lentamente, hacia el extremo opuesto.

—Anda, Ricky, ve hasta donde están esos hombres y di algo en voz muy bajita. Verás cómo podemos oírte. Nosotros también te hablaremos en murmullos.

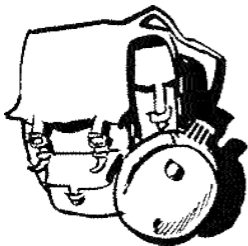
Pero aún no habían hecho ningún movimiento, cuando las voces de aquellos hombres llegaron a oídos de los niños.

—¿Veis lo que quiero decir? —
preguntó Teddy.

Todos escucharon atentamente y, de pronto, una expresión de asombro asomó a sus rostros.

—Dicen: Joli-ster. Jolister...
Apuesto algo a que se refieren a nosotros —dijo Pete.

LOS HOMBRES MISTERIOSOS



—¡Joli-ster! —repitió Pete—. ¡Sí!
Es como se diría Hollister con acento
español.

—Qué cosa tan rara está pasando —
dijo Ricky, haciéndose sombra en los
ojos con la mano, para ver mejor a los
dos hombres.

Las raras condiciones acústicas de aquel patio de juego de pelota, transmitían las palabras de un extremo a otro, y los hombres se volvieron apresuradamente. Al ver a los niños, los dos corrieron tras el muro del patio.

Los Hollister salieron tras ellos, pero no tardaron en convencerse de que los hombres habían desaparecido.

En aquel momento, Balam se acercó a los visitantes con una amplia sonrisa en su faz. Ricky le dijo que les habían hablado del antiguo juego de pelotas, Balam repuso:



—¡Ah! Te refieres al «po-a-tok», ¿verdad? Por cierto, ¿en vuestra tierra se cuentan historias de brujas?

—¿De brujas? Sí, sí. Sobre todo en la fiesta de Halloween, la de Todos los Santos, quiero decir —replicó Holly.

—¿Os gustaría escuchar una historia sobre una bruja maya?

—Claro que sí —dijo Pam, y se sentó en la hierba, con las piernas cruzadas, mientras miraba a todas partes, buscando a Sue.

—Yo creo que se ha ido con nuestras madres —opinó Jean.

Con una risilla, Pete dijo:

—Probablemente, le habrá asustado este campo de pelota.

Los niños escucharon con gran interés cuanto Balam les contaba sobre

la Bruja de Cabah. Aquella hechicera tuvo un hijo, nacido de un huevo de iguana. Al abrirse el huevo, salió un enano con espina dorsal de iguana.

—¿Una de esas lagartijas pequeñas como las que vimos una vez en Puerto Rico? —interrumpió Ricky.

Balam contestó que las iguanas del Yucatán eran grandes. Y con sus manos indicó una criatura de más de sesenta centímetros de largo.

—Aquel enano era muy listo — prosiguió Balam— y pocos años más tarde sintió deseos de ser rey. Pero, primero, tenía que pasar una prueba.

—¿Qué prueba? —preguntó Holly.

—Cualquiera que quisiera ser rey tenía que permitir que partieran un coco en su cabeza. Así que la bruja fabricó un casco de cobre para su hijito. Cuando el coco fue abierto sobre su cabeza, el enano no sufrió daño alguno. En cambio, la cabeza del monarca reinante se abrió con el golpe, el pobre hombre murió y el enano se convirtió en rey.

—¡Canastos! ¿Es verdad eso? —preguntó Ricky con ojos muy redondos.

—¿Quién sabe? —dijo Balam, encogiéndose de hombros—. El caso es que existe una estatua de la hechicera en una pequeña gruta de la jungla, en Cabah.

—¿Podremos verla alguna vez? — preguntó Jean.

—Creo que sí. Tal vez cuando vayamos a Uxmal —dijo Balam, dando al nombre una pronunciación muy distinta a la que habrían dado los Hollister, de tratarse de una palabra inglesa.

Cuando Jean le hizo preguntas sobre aquello, Balam les explicó algunas variantes de pronunciación entre el inglés y el lenguaje maya.

En aquel momento, la señora Hollister y tía Marge aparecieron desde el otro lado del muro. En seguida se detuvieron con expresión de inquietud.

—¿Dónde está Sue? —exclamó la señora Hollister, corriendo hacia los niños.

Pam, sobresaltada, repuso:

—Yo creí que había ido a buscarte, mamá.

—Nosotras no la hemos visto —replicó la tía.

Los niños miraron por todo el campo de pelota, pero no pudieron encontrar a la pequeña.

—Puede que haya ido al cenote —apuntó Jean, con voz asustada.

—¿Está cerca de aquí? —preguntó la señora Hollister.

—Sí. Por aquí. ¡Venid, de prisa! —

repuso tía Marge.

Descendieron por un camino polvoriento que avanzaba entre espesos bosques. Varios turistas caminaban lentamente hacia ellos.

—¿Ha visto usted pasar a una niña pequeña, que iba sola? —preguntó Pam a la primera señora que vio.

—Sí. Hemos visto una. Una pequeñita de unos cinco años, de cabello corto y claro...

—¡Es Sue! —exclamó Holly—. ¡Nuestra hermanita se ha perdido!

—Ojalá lo hubiera sabido. La habría traído conmigo —dijo la señora—. Cuando pasé junto a ella, se encontraba

muy cerca del cenote.

Ahora todos los Hollister echaron a correr con un mismo pensamiento inquietándoles. ¡Si la chiquitina Sue se acercaba demasiado al borde, podía caer en el profundo pozo!

Por fin llegaron a un gran espacio abierto y Pete, que iba delante, distinguió en seguida a Sue. La niña se encontraba de pie, en el borde del cenote, inclinándose para contemplar el agua.

El muchacho redujo el paso, para no asustarla; en seguida la agarró por una de las gordezuelas muñecas, y la arrastró lejos de la orilla.

—Sue, nunca debes marcharte sola, nunca —dijo, mientras los demás se acercaban.

La señora Hollister abrazó con fuerza a su hija pequeña.

—No te asustes. No me iba a caer dentro, como las doncellas de Tan-Tan —aseguró Sue.

Mientras Balam les daba alcance, toda la familia retrocedió unos pasos para contemplar, con asombro, el gigantesco cenote. Era relativamente circular y, según Balam les dijo, medía más de sesenta metros de diámetro. El limo poroso, que es la tierra característica del Yucatán, en aquella

zona se había hundido, dejando a la vista la gran extensión de agua que se encontraba bajo la superficie.

—No hay ríos en el Yucatán —añadió Balam—. Toda el agua se encuentra bajo tierra.

Pam contempló los lados, verticales, y dijo:

—Parece muy hondo.

Con un cabeceo de asentimiento, Balam repuso:

—Unos dieciocho metros de hondo, al nivel del mar.

—Y el agua, ¿qué profundidad tiene? —preguntó Ricky.

—Unos doce metros, pero en el

fondo, además, hay una capa de lodo, de tres metros de hondo.

El guía explicó que, en las últimas semanas, una expedición de una universidad norteamericana había estado dragando en el lodo, buscando preciosas reliquias del pasado.

Cuando se alejaban del cenote, Pam habló a su madre y a su tía de los dos hombres misteriosos.

—¿Estás segura de que mencionaron nuestro nombre? —preguntó tía Marge.

—Completamente segura —repuso la niña—. Espero que volvamos a verlos.

La señora Hollister asintió,

diciendo:

—Podremos interrogarles sobre eso.

Ricky, entre tanto, se había adelantado, levantando una polvareda a su paso.

«¡Cómo me gustaría pescar en ese pozo!», iba pensando.

Aquella idea se desvaneció por completo cuando la pirámide gigantesca apareció a su vista.

—Ahora, vamos a subir hasta lo alto de Kukulcan. Los peldaños son demasiado altos para Sue, así que la llevaré en hombros.

Al llegar al pie de la gran pirámide, los viajeros miraron a lo alto. Sus

dimensiones, su grandiosidad, hacía de ella el monumento más imponente de todo Chichén Itzá.

Balam dijo que la pirámide tenía casi veinticinco metros de altura, nueve terrazas y una base cuadrada. Cada uno de sus laterales medía casi sesenta metros de longitud.

Empezaron a subir los altos peldaños. Tía Marge les dijo que eran noventa y uno los peldaños que había en cada una de las cuatro escalinatas, lo que hacía un total de trescientos sesenta y cuatro peldaños.

—Esto, más la plataforma superior, que constituye un peldaño más, suman

trescientos sesenta y cinco, es decir, el número de días que tiene nuestro año.

—Es muy misterioso, ¿verdad? Debían de saber mucho sobre el sistema solar —razonó Ricky.

Sue se divertía más que nadie. Reía y reía, y sus bracitos regordetes se abrazaban con cariño al cuello del guía. Por fin llegaron a lo más alto y desde allí contemplaron la jungla.

—Cualquiera diría que les han hecho un igualado de pelo a estos bosques —dijo Pete, con una sonrisa burlona.

El chico tenía razón porque todos los árboles que se veían tenían,

aproximadamente, la misma altura: unos nueve metros.

De pronto, Pam vio dos hombres que caminaban cerca de la base del templo. Agarró a Pete por el brazo y exclamó:

—¡Mira! ¡Son aquellos que hablaban de nosotros!

—¡Tienes razón! —asintió Pete—. Vamos a alcanzarles.

Él y Teddy echaron a andar hacia el otro lateral de la pirámide, para aproximarse a los hombres por la espalda, mientras Balam descendía con Pam y Jean, seguidas por las madres y los más pequeños.

Pete y Teddy saltaban como jaguares

de peldaño en peldaño, hasta llegar al pie de la pirámide. Una vez allí, distinguieron en seguida la situación de los hombres y corrieron hacia ellos.

—¡Esperen! —les gritó Pete.

Los hombres se volvieron, con expresión de sorpresa. Uno de ellos era bajo y ancho, y llevaba bigote negro. El otro era ligeramente más alto, con el rostro delgado y rugoso, lo que daba la impresión de que estuviera mordiéndose la parte interior de las mejillas.



—Hola —dijo el bigotudo—. ¿Me hablabais a mí?

—Sí —repuso Pete, que luego hizo la presentación de su primo y de sí

mismo—. Les oímos a ustedes mencionar nuestros nombres en el campo de pelota. ¿Nos buscaban ustedes?

Las negras cejas del hombre se arquearon en un gesto de sorpresa. Luego habló con fuerte acento español:

—Yo soy el señor Punto —dijo, y dedicando una ligera inclinación de cabeza a su compañero, añadió—: Éste es el señor Vargas, un amigo al que no había visto desde hace muchos años.

—Pero ¿por qué mencionaron nuestro apellido? —fue la pregunta que hizo Pam, al llegar con los otros por el lado opuesto.

El señor Punto giró en redondo. Al principio pareció algo agitado, pero, en seguida, recuperó la compostura.

—Estoy buscando a un hombre que se llama Russell Joli-ster.

—Es mi padre —contestó Teddy—. ¿Qué quiere usted de él?

Punto se frotó las manos, al contestar:

—Se trata de algo relativo al señor Skeets Packer, de los Estados Unidos. Me ha escrito para que esté pendiente del señor Joli-ster.

UN MERODEADOR A MEDIANOCHE



Entonces intervino tía Marge, preguntando:

—¿Para qué quiere usted ver a mi marido?

—Para ayudarle en la búsqueda del templo perdido —fue la rápida respuesta de Punto.

—Cuando él llegue, se lo diremos
—ofreció la esposa de Russ Hollister
—. ¿Dónde se hospeda usted, señor
Punto?

—He venido de camping, pero
estaré cerca. Me encontrarán ustedes
fácilmente.

Cuando los dos hombres estuvieron
lejos y ya no podían oírles, Pam dijo:

—No confío en ese señor Punto.
¿Habéis visto lo nervioso que estaba?
Seguro que no decía la verdad.

—Nuestro viaje a la jungla era
secreto —recordó Teddy—. ¿Cómo se
ha enterado de ello el señor Punto?

Todos los Hollister estuvieron de

acuerdo en que había algo misterioso en aquello, y más teniendo en cuenta que Balam aseguró no haber visto ni oído hablar jamás del señor Punto, ni de su amigo.

—Ese Vargas me pone los pelos de punta —confesó el pecoso.

Y a Pam se le ocurrió decir:

—Puede que los dos tengan algo que ver con Águila.

—Podría ser —concordó Pete.

Los Hollister de Shoreham volvieron a su pequeño hotel y prometieron reunirse con sus primos una hora más tarde, para cenar.

Con las manos y caras bien lavadas,

los niños y sus madres se sentaron a la mesa.

A cada uno le fue entregada una minuta por una bella camarera maya, que vestía un blanco vestido largo. Durante un rato, todos estuvieron silenciosos, revisando las palabras del menú, escrito en español y en inglés.

—Yo querría tomar sopa de tomate —dijo Pam, en castellano, relamiéndose ante la perspectiva de la sabrosa sopa.

—¡Canastos! Si eso sólo tiene tomate —comentó el tragón de Ricky.

—Yo también tomaré esa sopa —dijo Pete, con un guiño.

Cuando oyó que su prima Jean pedía

en español «camarones a la mejicana», Holly, que no entendía ni una palabra, dijo:

—Yo también tomaré camareras.

La camarera maya iba y venía, sin apenas hacer ruido, sirviendo a los Hollister con gracia y rapidez.

—¿Cómo creéis que se llamarán esos vestidos? —dijo Ricky.

—¿Y para qué quiere un chico saber eso? —bromeó Holly.

—Porque parecen camisones —repuso el pecoso, poniéndose colorado, sin saber bien por qué.

—Está bien; lo preguntaremos —dijo la señora Hollister.

Y llamó a la camarera, la cual le dijo que aquellas prendas se llamaban «hipils».

—Es el traje típico de las mujeres mayas. Las uniones del cuello están bordadas a mano, en muchos colores.

—¿Ya estás satisfecho, Ricky? — preguntó Pam.

—Lo mismo da que se llamen «hipils» que «pipils»; son igual que camisones —insistió el pecoso.

Cuando estaban acabando la cena, tanto Ricky como Holly se guardaron unos trozos de pan en el bolsillo; y al levantarse de la silla, Holly cogió su vaso, con agua hasta la mitad y se

encaminó a la jaula de «Tan-Tan». La niña puso el pan y el agua a la cacareante gallina, diciendo:

—Toma, guapina. Para que comas y bebas.

En aquel momento, por una esquina apareció Ricky.

—He visto que también te llevabas pan —dijo Holly—. ¿Vas a dar de comer a «Tan-Tan»?

—No. Estoy buscando una cuerda. ¿Has visto tú alguna por ahí?

—No. Pero tía Marge tiene una bola muy grande de hilo en su bolsa de labor.

Ricky corrió por toda la hacienda, hasta dar con su tía, que se encaminaba a

su apartamento, con la señora Hollister.

—¿Puedo tomarte un poquito de tu hilo de labor? —preguntó el pequeño.

—Claro que sí. La bolsa está en el porche, junto a mi silla.

Ricky se adelantó a las señoras y se apropió de todo el ovillo de hilo. Luego, al salir del hotel, pasó ante la pirámide y siguió camino abajo hacia el cenote.

Al llegar a la orilla del agua, Ricky ató una aguja imperdible en un extremo del hilo. Luego fabricó una bola, con un poco de pan, y la colocó en el improvisado anzuelo, que luego hizo bajar por el lateral del cenote. Fue soltando hilo y más hilo y, por fin, notó

que el anzuelo llegaba al agua.

«Apuesto a que ahí dentro hay un pez gigante», pensó el pequeño, agarrando con fuerza el ovillo de hilo.

Pero, aunque esperó pacientemente, nadie mordió en su anzuelo.

«Puede que haya elegido mal el sitio», se dijo y echó a andar, alrededor del cenote, teniendo cuidado de mantenerse apartado un palmo o más del borde.

¡De repente notó un ligero tironcito en la cuerda!

—¡Ya tengo algo! —gritó el pequeño, sin poder dominarse.

Y empezó a tirar del hilo, alternando

continuamente de mano.

¡Qué desilusión! No fue ningún pez lo que encontró al final del hilo, sino un pequeño anillo.

Varios turistas, que habían oído la exclamación de Ricky, acudieron a ver qué era lo que había encontrado.

—Debe de ser muy valioso —dijo una señora.

Y su marido, después de examinar la pieza, declaró:

—Parece de cobre. Pueden haberlo arrojado al agua los antiguos mayas.

Ricky se sintió muy orgulloso, mientras sostenía en una mano el ovillo de hilo y, en la otra, el anillo. Echó a

correr hacia la hacienda y, a medio camino, se encontró con el señor Punto.



—¿Qué tienes ahí? —le preguntó el hombre, con amable tono.

—¡Un anillo viejísimo, de los tiempos antiguos! —dijo el chiquillo.

El señor Punto se acercó más, tomó el objeto en sus manos y lo examinó, atentamente.

—Es un verdadero tesoro. Yo, en tu lugar, no informaría de ello a las autoridades.

—Tengo que hacerlo. No sería honrado que me callase.

El señor Punto sonrió al pequeño siniestramente, le devolvió el anillo y desapareció.

Cuando circuló por la hacienda la noticia del descubrimiento de Ricky, fue mucha la gente que acudió a ver el

anillo.

—Se desprendería del lodo, durante las investigaciones de los universitarios —opinó Balam.

El director del hotel proporcionó un limpiador de cobre y Pam lo aplicó al anillo, hasta que quedó resplandeciente.

—Ya hemos dado noticia a las autoridades —dijo el director—. Probablemente vendrán a buscar el anillo por la mañana.

—Se pueden llevar el pendiente de piedra, al mismo tiempo —dijo Pete.

Cuando oscureció, Ricky y Holly suplicaron que les dejasen ir a pasar la noche con Teddy y Jean, en, el anejo.

—¿Es que te da miedo la campana encantada? —bromeó Pam, dirigiéndose a Ricky.

—Claro que no. No hay encantamientos en Yucatán.

A los hijos de tío Russ les agradó tener compañía. Ricky dormiría con Teddy, y Holly con Jean.

En cuanto las madres hubieron dado permiso, los niños fueron a buscar sus pijamas y los cepillos de dientes. Ricky se metió el anillo en el bolsillo y Holly acudió a dar las buenas noches a «Tan-Tan».

Mientras caminaban carretera abajo, los niños pudieron ver el viejo árbol

muerto, recortándose grotescamente en el cielo. Sus ramas estaban invadidas por los buitres. Tras el árbol, los contornos de la iglesia se distinguían ligeramente en la oscuridad.

Ricky se puso el pijama y Teddy y él estuvieron hablando un rato, antes de dormirse.

En plena noche, los dos despertaron, repentinamente. A través de las sombras, llegaba a sus oídos un suave ding-dong.

—¡Ooooh! El fantasma está tocando la campana de la iglesia —dijo Ricky.



—No creo que sea eso —declaró Teddy—. Vamos a ver qué pasa. Pero sin encender la luz. No debemos despertar a los demás.

Los chicos se vistieron, a toda prisa, y de puntillas, salieron de la casa. Cuando los dos recorrían el camino que llevaba a la iglesia..., ¡una sombría silueta surgió ante ellos!

Los dos primos quedaron como helados por el miedo, incapaces de gritar, mientras un hombre les tapaba la boca con la mano.

—¡Ugg! ¡Uff!

Los dos chicos, atónitos, lucharon por libertarse y Teddy no tardó en conseguirlo.

En seguida atacó, pero su golpe dio en el vacío, porque el hombre se había ladeado, luchando con Ricky.

Por fin, el atacante dejó al pequeño y se perdió en las sombras.

YO «TAM HAI»



Los dos chicos quedaron temblorosos, en la oscuridad. Aparte del dulce repicar de la campana, todo estaba en silencio.

De pronto Ricky buscó en su bolsillo y exclamó:

—¡Mi anillo! ¡No está! ¡Ese hombre me lo ha robado!

—Estoy seguro de que pensaba robarlo mientras dormíamos —dijo Teddy—. Pero cuando ha visto que salíamos... ¡Zas!

Al comprender que no podrían encontrar al ladrón en la oscuridad, los chicos dirigieron de nuevo su atención a la campana.

—Seguro que es una señal. ¡Vamos a averiguarlo, Ricky! —apremió Teddy.

El más pequeño apretó los dientes, que le castañeteaban y siguió a su primo. Ya podían ver perfectamente el contorno de la iglesia y los chicos miraron, primero, la oscilante campana y, luego, la cuerda que pendía hasta el suelo.

Súbitamente, Ricky se echó a reír a carcajadas.

—¡Mira, Teddy! ¡Una cabra!

Al aproximarse más, vieron al animalito que mordisqueaba el extremo de la cuerda y, por ello, sacudía y hacía sonar la campana.

—¡Vete de ahí! —ordenó Teddy—. Vas a despertar a toda la vecindad.

Teddy le dio una palmada en el flanco y el animal huyó en la oscuridad.

Los dos chicos volvieron al apartamento y se metieron en la cama. No informaron de su aventura hasta la mañana siguiente.

Todos quedaron pasmados al

enterarse de tan descarado robo.

—Es una pena que hayan robado ese anillo —dijo el oficial en mal inglés—. Muchos de nuestros tesoros van desapareciendo en manos de los ladrones.

Pete entregó al policía la bola de piedra y el hombre no tardó en asegurar que pertenecía al dios de la lluvia.

—Probablemente, fue robado cerca de Uxmal.

Pam habló del cargamento del camión de gallinas, y expuso su pensamiento de que aquella piedra había caído de aquel vehículo.

El policía se encogió de hombros,

diciendo:

—Lo dudo. Los nativos de aquí no roban las pirámides.

Poco después de haber salido el oficial, el director del hotel acudió a tía Marge con un papel en la mano.

—Un telegrama para usted, señora Hollister. Lo han dado por teléfono desde Mérida.

Tía Marge leyó el mensaje y exclamó:



—¡Vaya por Dios!

—¿Pasa algo malo? —preguntó

Jean.

—Nada. Pero papá no puede venir

todavía. El telegrama aconseja que los Hollister nos traslademos a la hacienda Copal, próxima a Uxmal. Está más cerca de donde debemos buscar el Templo del Ídolo Risueño. Papá se reunirá con nosotros tan pronto como pueda.

Antes de comer, los Hollister hicieron las maletas, que luego fueron colocadas en la furgoneta de Balam.

Hasta «Tan-Tan», la gallina, protestando con leves cacareos, fue asegurada a lo alto del vehículo, dentro de su jaula.

Después de haber comido, los viajeros se despidieron de todas las personas de la hacienda y la furgoneta

embocó el camino que se adentraba en las junglas del Yucatán.

—Confío en que el señor Punto y su amigo no nos vea marchar —dijo Pam—. Porque podrían seguirnos y causarnos problemas.

Desde luego, los hombres misteriosos no estaban entre los curiosos con quienes se cruzaron por el camino.

El viaje a la hacienda Copal resultó muy agradable. Una suave brisa acariciaba los rostros de los Hollister, que la recibían agradecidos, pues no estaban acostumbrados a aquellas temperaturas, superiores a los treinta

grados centígrados.

Cuando se aproximaban a la hacienda, Balam les dijo que Copal era la palabra maya con que se designaba el incienso.

—Debe de resultar un lugar muy dulce para vivir —bromeó Teddy.

Y Pete dio a su primo un pescozón, añadiendo:

—¡Ya lo creo que debe de ser dulce!

Ante ellos, medio oculto por exuberantes palmeras, había un hotelito de dos pisos, formado por dos alas en forma de ángulo.

En el centro, como una hermosísima turquesa verde, se veía una piscina, con

una entrada de agua que gorgoteaba en un extremo.

—¡Esto sí que es una bendición! — declaró Pam.

Y en cuanto la furgoneta se detuvo, corrió junto a la piscina, seguida de Jean y Holly.

—¿Qué es aquella cabaña de allí, Pam? —preguntó Jean.

En una elevación del terreno, a unos veinte pasos de la piscina, había un refugio, hecho de cañas de bambú, con techumbre de paja. A través de las puertas abiertas, las niñas pudieron ver a varias personas sentadas en banquetas bajas.

—Están haciendo algo —dijo Holly.

—¡Es un taller de artesanía! —
exclamó Pam.

Una mujer vestida con «hipil», y un hombre con blanca camisa desabotonada y calzones remangados, estaban pintando de alegres colores rojo, verde y azul unas figurillas.

Los dos sonrieron al ver a las niñas, que les observaban tímidamente. Entonces, Pam se dio cuenta de que, a unos metros de distancia, detrás de la cabaña, el terreno descendía bruscamente y daba paso a un pueblecillo nativo.

—¿Qué es aquello? —preguntó Pam,

al hombre, con la esperanza de que supiese hablar inglés.

Él sonrió y, dejando el pincel, levantó la vista hasta la niña.

—Allí viven la mayoría de las gentes que trabajaban en la hacienda.

—¿Podemos ir allí? —preguntó Holly.

Ahora fue la mujer quien sonrió, diciendo que sí.

—Nosotros somos el matrimonio Rico. Nuestra casa es la primera del pueblo. ¿Veis? Cuando vayáis, preguntad por Tomás y Yotam.

—¿Son sus hijos? —preguntó Pam.

—Sí. Ellos os acompañarán a verlo

todo.

Las tres niñas descendieron por una larga escalera de cemento y se encontraron en un angosto caminillo que llevaba al poblado. Además de las chozas, había pequeños trechos de jardín o huerto, y en ellos, cabras, perros y pavos, cuyo plumaje resplandecía a la luz del sol.

Cuando llegaron a la cabaña indicada por la esposa del artesano, Pam se adelantó y asomó la cabeza por la abierta puerta.

Dentro, una niña de unos seis años jugaba con una muñeca, y un chico que tendría la edad de Pam, se mecía en una

hamaca sujeta entre dos postes.

—Hola —saludó Pam.

Al momento, el chico dejó de mecerse y la niña se aproximó a su hermano.

—¿Sois Tomás y Yotam Rico? —preguntó Jean.

Los rostros de los dos hermanos se iluminaron con una sonrisa.

—Sí. Soy Tomás. Y hablo muy bien el inglés.

—Es verdad —admitió Pam—. ¿También Yotam habla inglés?

La pequeñita levantó la cabeza con la curiosidad reflejada en sus ojos castaños.

—Un «piquito» —dijo.

Entonces Holly comentó:

—Yotam es un nombre muy gracioso.

Tomás se echó a reír.

—Es un apodo. Es que mi hermana dice muy a menudo «yo tam hai», que quiere decir, yo también. Por eso la llamamos Yotam.

Mirando el interior de la cabaña, las niñas Hollister pudieron ver mantas de vivos colores, colgadas de varas horizontales. Arrimada a la pared, una mesa y unos bancos, y una alacena de madera para platos, cazuelas y sartenes.

Fuera, junto a la puerta, un fogón al

aire libre, donde se veía madera carbonizada y algunas brasas todavía encendidas.

—¿Quieres mostrarnos el poblado?
—preguntó Jean a Tomás, que dijo que sí, con una sonrisa.

—Yo «tam hai» —dijo la pequeña.



Todos juntos atravesaron los pequeños prados del pueblo.

Las mujeres, vestidas con «hipils», les decían adiós desde sus casas, y una

les hizo señas para que entrasen y les ofreció una rebanada de pan tostado con miel.

—Tenemos muy buenas abejas en Yucatán —dijo Tomás—. No nos pican.

—Cuanto me alegra saberlo —dijo Holly, que tenía horror a sentir abejas zumbando cerca de sí.

Las niñas dieron las gracias a la india y se comieron el pan con miel.

—Huuuumm —murmuró Holly, lamiéndose la punta de los dedos.

Cuando volvieron a la cabaña de los Rico, Pam miró con curiosidad la hamaca. Estaba hecha de un material que se parecía a las redes de pesca.

—No veo camas —observó la niña.

—Dormimos en las hamacas —
repuso el chico—. ¿Quieres probar la
mía?

—No sé si...

—No tengas miedo. No te caerás.

Mientras las otras niñas la
observaban, Pam trepó a la hamaca y
empezó a balancearse.

—No está mal —dijo—. Mejor
dicho, está muy bien...

Holly se irguió sobre las puntas de
los pies y dio a su hermana un buen
empujón. La hamaca se sacudió con
fuerza y Pam dejó escapar un grito.

Pero la traviesa Holly no hizo caso y

dio otro empujón.

¡Flip!

La hamaca se dobló y Pam quedó cazada dentro, igual que un incauto pez.

EL VIEJO FERROCARRIL



—¡Socorro! ¡Sacadme de aquí! —
gritó Pam.

Pero cuanto más se contorsionaba más se iba enredando en la hamaca de malla. Holly reía sin cesar y nada podía hacer en favor de su hermana, pero Jean dijo:

—Estate quieta, Pam, y nosotros te

sacaremos.

Ella y Tomás metieron los dedos entre el tejido y fueron haciéndolo girar con cuidado.

—Ahora te están desabrochando —rió Holly. En seguida, procuró ponerse seria y añadió—: Perdona, Pam, pero ha sido tan gracioso.

—No para mí —protestó la hermana mayor que, de todos modos empezó a sonreír mientras se alisaba el cabello.

Luego habló con Tomás de sus dos hermanos y su primo Teddy.

—¿Por qué no vienes a la hacienda con nosotros? Sé que a los chicos les gustará salir a explorar contigo.

Pero, de repente, Tomás se tornó muy misterioso y dijo que tenía otras cosas que hacer. Sin decir ni una palabra más cruzó la puerta y se alejó.

—¿Adónde va? —preguntó Holly, sorprendida.

Yotam señaló por la ventana, y todos pudieron ver al chico corriendo hacia la jungla que se extendía detrás de la casa.

—¿Se ha enfadado con nosotros? —preguntó Jean a Yotam.

La pequeña levantó la cabeza, con expresión tristonca, y dijo:

—No. Pero a mí me parece que mi hermano está embrujado.

—¿Embrujado! —repitió Pam—. ¿Y

por qué piensas eso, Yotam?

La niña dijo que su hermano marchaba diariamente a la jungla y no decía a nadie adónde iba, ni lo que hacía.

—Yo le seguiría un día a la jungla —aconsejó Holly—. Seguramente es que hay un gran secreto allí, y no quiere que nadie lo sepa.

—Pero es que yo no puedo entrar en la jungla —objetó la niña, explicándose en inglés con muchas dificultades. Con los ojos llenos de lágrimas, añadió—: Tomás dice que allí vive una bruja. Y tengo miedo de que un día Tomás no vuelva.

—Nosotros somos detectives y averiguaremos adónde va tu hermano — prometió Pam—. Así que no sigas preocupándote.

—¿La bruja no os hará daño? — preguntó, tímidamente, Yotam.

Pam sonrió y acarició la cabeza a la pequeña.

—Nosotros podemos entendérnoslas con las brujas —aseguró.

—Sí. Pero antes será mejor que vayamos a casa, a ordenar las cosas de las maletas —recordó Jean.

Después de decir adiós a la niña maya, las niñas Hollister regresaron a la hacienda.

En cuanto tuvieron ordenado todo el contenido de las maletas, las niñas buscaron a sus hermanos, pero no pudieron encontrarles por ninguna parte.

En el vestíbulo hallaron a sus madres que hablaban con un hombre alto y simpático, de bigote y patillas grises. Las señoras Hollister le presentaron a sus hijos, diciendo que era el señor Cortez, director del hotel.

—Perdona, mamá —dijo Pam—, pero ¿no sabes adónde han ido los chicos?

—Sí. Han salido a explorar.

En aquel momento, Pete, Teddy y Ricky se habían internado unos cien

metros en la jungla, que principiaba junto a la carretera.

—¡Canastos! No conviene que nos perdamos —dijo Ricky con gran sensatez.

—¡Mirad! ¡Rieles ferroviarios! — anunció, de pronto, Pete.

Los otros corrieron a su lado y miraron al suelo. Casi ocultos por la vegetación, distinguieron dos raíles de acero, para tren de vía estrecha.

—Sigamos por las vías —propuso Teddy—. Así no podemos perdernos.

Los primos avanzaron, lentamente, por la jungla. A veces los rieles quedaban ocultos completamente por la

verde hierba y los chicos se veían forzados a arrancar maleza para encontrarlos.

—Esto tendría que llevar a alguna parte —razonó Ricky, cuando llevaban recorrido un kilómetro y medio.

—Puede que lleve a un puerto —dijo Teddy—. Pero, creo, Pete, que ya hemos ido bastante lejos. Será mejor volver a la hacienda y preguntar adónde llegan estos rieles.



Estas palabras fueron interrumpidas por el extraño grito de un ave, procedente del bosque, frente a ellos.

Parecía tratarse de un cuervo, pero a dos graznidos largos siguieron otros dos cortos.

—Vámonos. Volvamos —cuchicheó Ricky, dando tirones de la mano de Pete.

Cuando se volvían, Teddy vio un resplandor en la hierba, frente a ellos. Se inclinó a ver qué era y, en seguida, sus ojos se desorbitaron. ¡El resplandor lo producía el sol, al centellear en la punta de una flecha!

—¡A tierra! —dijo Teddy, sin aliento.

Y los chicos se tendieron de bruces, sobre la hierba.

Súbitamente, entre los árboles,

vieron surgir a cuatro guerreros, ataviados como los antiguos mayas. Las plumas de su cabeza se sacudían con fuerza, mientras corrían detrás de un quinto hombre, con las armas en alto, como dispuestos a atravesarles.

—¡Zambomba! ¡Estamos en plena guerra! —cuchicheó Pete.

Alguien gritó entonces:

—¡Corten!

Y los guerreros se detuvieron en seco.

—¡Si están filmando una película! —tartamudeó Pete.

Los chicos se pusieron en pie, lentamente, y miraron, a través de la

jungla, a los guerreros que se alejaban arrastrando con descuido sus armas.

Pero, apenas se habían recobrado los chicos de un susto, cuando un grito escalofriante sonó a sus espaldas. Con la boca abierta, los Hollister giraron sobre sus talones y se encontraron frente a un furibundo guerrero, de rostro contraído por la cólera.

—¿Quién... quién es usted? — preguntó Pete, que apenas podía articular palabra, porque la garganta se le había quedado reseca.

—¡Soy Alexis Regente! —dijo el hombre—. Y estáis sin permiso en mi propiedad. ¡Fuera de aquí!

—¿Es usted... actor? —preguntó

Pete, retrocediendo poco a poco.

—¿Actor, dices? ¡Soy el protagonista!

—Nosotros no sabíamos que estaban filmando —se defendió el pecoso.

Antes de que el actor tuviera ocasión de contestar, otro hombre, vestido con pantalones cortos, camisa deportiva, gorra y gafas del sol, apareció en escena.

—No seas tan rudo con estos chiquillos —dijo, y dirigiéndose a los Hollister les informó de que su nombre era Víctor Grattan—. Soy el director de esta película. ¿Qué os parece si os

quedáis un rato a ver todo esto?

—Pero... —masculó Regente.

—No te sientas tan «prima donna», Alexis —dijo el director—. Además, tenemos una hora de descanso.

—Muchas gracias —dijo Teddy—. Le aseguro que no queríamos hacer ningún daño.

—Ya lo sé, hombre —fue la respuesta del director.

Y él mismo les acompañó hasta un claro de grandes dimensiones, en medio del cual se levantaba un templo, en forma de pirámide, ruinoso y medio oculto por la esplendente vegetación.

Por allí se paseaban varios hombres,

con el antiguo atuendo maya, y dos cámaras, montadas sobre elevadas plataformas, se inclinaban hacia aquella escena.

—Alexis es un hombre muy temperamental —dijo Grattan, disculpando a su estrella de la película. Y contó a los Hollister que aquella compañía procedía de Hollywood y estaban haciendo tomas de exteriores en escenario real, para una película titulada «El misterio de los Mayas».

—Según el guía, descubrimos un templo antiguo, lleno de gemas y preciosas y valiosas reliquias.

—Pues eso es lo mismo que

nosotros... —empezó a decir Ricky, que guardó silencio al instante, al fijarse en la mirada desaprobadora de su hermano y su primo.

—¿Qué decías? —preguntó el director.

—No... Nada —masculló Ricky.

Pete se fijó en que varias personas, con ropas actuales, entraban y salían por una puertecilla del pie de la pirámide. Unos llevaban cestos en la cabeza; otros, grandes sacos.

—Están preparándolo todo para una nueva escena —explicó el director, y condujo a los chicos hasta un trecho en que se encontraba una pequeña grúa,

sobre un orificio abierto en tierra.

—Es un antiguo pozo de almacenaje —dijo Grattan—. Hemos estado explorándolo. ¿Os gustaría bajar y echar un vistazo?

El director hizo un guiño a Pete, que preguntó, en seguida:

—¿Podemos?

—Naturalmente —afirmó el señor Grattan.

Hizo señas a un hombre que se sentaba en la grúa y no tardó en hacer descender un cable junto a los chicos, en cuyo extremo iba atada una correa.

Antes de que Pete hubiera podido responder sí o no, el director le ató la

correa alrededor de la cintura e hizo señas al hombre de la grúa.

El motor se puso en marcha y, de pronto, Pete se sintió levantado del suelo. Luego el operario de la grúa hizo descender al muchacho a través del orificio. Pete descendió, descendió a la profundidad de las sombras.

«Debí haber traído una linterna —se dijo el muchacho—. No veo nada».

Por fin sus pies descansaron en algo pegajoso.

—¡Estoy en el fondo! —gritó, levantando la cabeza hacia el pequeño punto de luz que se veía por encima de su cabeza.



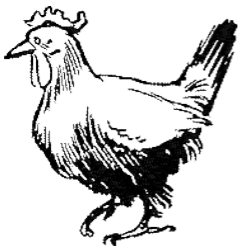
Intentó dar un paso, pero resbaló y estuvo a punto de caer en el cieno.

«Espero que me saquen pronto de aquí», se dijo.

Pero nada sucedió. Y unos minutos después, una voz gritaba:

—¡Lo siento! ¡La polea se ha roto!
¡No podemos sacarte!

UÑAS ESMALTADAS DE ROJO



Un escalofrío recorrió a Pete. ¿Es que iba a quedar prisionero en aquel pozo?

—Nos llevará todo un día arreglarlo
—añadió la voz.

Pete se movió a un lado, para ver mejor el punto de luz de arriba y sintió

algo resbaladizo en su pie derecho. Luego se quedó sentado en el suelo.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó, muy alarmado—. ¡Sáquenme de aquí!

En seguida notó tirantez en el cinturón. Se sintió levantado del suelo de la vieja cisterna y fue ascendiendo, con lentitud, pozo arriba.

Cuando llegó arriba entornó los ojos, afectados por el resplandeciente sol. Con gran sorpresa, oyó reír al director.

—Has tenido un buen susto, ¿no? —preguntó el hombre—. No ha sido más que una broma.

—Pues no ha tenido gracia —

protestó Pete.

—Claro que no —concordó Teddy —. No ha debido usted hacer eso.

En aquel momento, se presentó, sonriendo, Alexis Regente, que se había librado de su tocado de plumas.

—Nosotros siempre gastamos bromas prácticas. Ya os iréis acostumbrando, si estáis lo bastante por aquí —dijo.

—Pero me temo que estos chicos no van a quedarse ya mucho hoy —dijo el director—. La verdad es que no solemos permitir que vengan mirones.

—¿Eso quiere decir que no podemos volver? —preguntó Ricky, contrariado,

pues le habían entusiasmado los vistosos atuendos de los actores.

—Bueno... Teniendo en cuenta que sois norteamericanos, creo que podréis volver —sonrió el director—. Tal vez pasado mañana.

Los primos retrocedieron hasta los bosques, siguieron los rieles y regresaron a la hacienda. Al llegar al camino vieron a sus madres, con trajes de baño, junto a la piscina; las niñas ya chapoteaban en el agua.

Ricky corrió delante.

—¡Ah, cuando sepáis lo que nos ha ocurrido! —gritó—. ¡Ha sido muy serio!

—¿Qué ha pasado? —preguntó

Holly, saliendo de la piscina.

Las otras niñas corrieron tras ella.

—Estás muy nervioso —observó Pam—. Anda, cuéntanoslo todo.

Los ojillos de Ricky despidieron un brillo travieso.

—Hay que tener paciencia, señoritas —dijo, lentamente.

Holly se puso en jarras, exigiendo:

—O nos lo cuentas ahora mismo o te damos un remojón.

—Está bien. Está bien —repuso el pecoso, retrocediendo, mientras llegaban Pete y Teddy—. Escuchad.

Los tres chicos contaron su aventura y el resto de la familia quedó muy

sorprendida.

—Y una cosa rara —dijo Pete—. No había mujeres en las escenas que filmaban.

Pam recordaba haber leído detalles sobre las danzas rituales en las que, al parecer, sólo bailaban los hombres mayas.

—Puede que por eso no hayáis visto mujeres.

Las nadadoras se vistieron para cenar. Las cuatro niñas compartían una gran habitación al fondo del pórtico, al lado del dormitorio de los chicos que, a su vez, dormían en la habitación inmediata a sus madres.

Jean fue la primera en acabar de vestirse, y se entretuvo mirando al camino, por la ventana.

—A lo mejor papá llega esta noche —dijo—. ¡Vamos a esperarle!

Con los frescos y limpios vestidos de algodón, las primas fueron a la verja y esperaron, ilusionadas; pero tío Russ no llegó.

Después de cenar se encontraron con Balam en el vestíbulo. También él estaba impaciente por iniciar la búsqueda del Templo del Ídolo Risueño. Sí. Había oído hablar de la compañía cinematográfica, pero a los nativos no les agradaban los actores.

—Dan órdenes a todo el mundo, como si fuesen los amos del Yucatán — se lamentó Balam.

Un poco más tarde, Pam y Jean marcharon hasta la casa de Yotam. Tomás no se encontraba allí y la pequeña estaba jugando con un vecinito, que se marchó en cuanto vio a los visitantes.

—¿Dónde está Tomás? —preguntó Pam.

La niña levantó los ojos, llenos de tristeza y señaló la jungla.

—Vamos a ver adónde ha ido — propuso Jean.

—Yo «tam hai» —dijo Yotam,

haciendo reír a las dos primas.

La niña maya tomó a Pam de la mano y la condujo por un caminillo que llevaba a la jungla. Altísimos árboles ocultaban por completo la luz del sol. Las niñas se fueron internando en las sombras.



De repente, alguien saltó tras ellas, haciendo que Jean diera un grito de miedo.

Era Tomás. Estaba furioso.

—¿Por qué me seguís? ¡Volveos en seguida!

—Estamos dando un paseo —dijo Pam.

—Esto es peligroso. Cerca de aquí hay una bruja —afirmó Tomás.

Jean sacudió una mano.

—¡Bah! No hay brujas.

El chico no dio respuesta; giró sobre sus talones y desapareció otra vez.

—Se está haciendo demasiado oscuro para seguirle —dijo Pam, sugiriendo que regresaran.

Habían dado unos cuantos pasos cuando oyeron un repiqueteo,

procedente del bosque.

Yotam se agarró con fuerza de la mano de Pam y corrió cuanto pudo hasta llegar a su casa. Las dos primas le dijeron adiós y regresaron a la hacienda.

—Ese Tomás trama algo —afirmó Pam, mientras se preparaban para meterse en la cama.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Holly.

Las dos niñas mayores le hablaron de su paseo por el bosque.

—Yo sé que, si hay un misterio, Pam lo resolverá —declaró Jean.

A la mañana siguiente, cuando los Hollister terminaban de desayunar, la

pequeña Yotam apareció en la puerta del comedor, buscando a Pam.

—Mira. Te traigo un regalo.

Levantó la mano, para ofrecer su obsequio. Parecía una abeja de madera, que pendía de una hebra de hilo, con un imperdible en el otro extremo. Yotam prendió el adorno en la blusa de Pam.

Sue se acercó a mirar, mientras Pam preguntaba a Yotam:

—¿Lo has hecho tú?

En aquel momento, Sue dio un grito:

—¡Esa abeja está viva!

Pam bajó la vista y vio que el animalito se movía sobre su blusa.

—¡Ugg! ¡Quítamelo de aquí!

Yotam miró a Pam, muy sorprendida.

—Pero si la abejita no va a hacerte daño —dijo.

—¿No me picará? —preguntó Pam, haciendo una mueca de desagrado al mirar al oscuro insecto.

En aquel momento, la camarera asomó la cabeza y, sonriendo divertida, dijo:

—El insecto es inofensivo. Es costumbre que nuestros niños se los cuelguen como adorno.

Al oír aquello, Pam dio las gracias a la pequeña Yotam por su regalo y fue a mostrar a toda su familia el nuevo adorno.

—Déjame llevarlo un ratito —pidió Sue.

Pam dio a la pequeña el alfiler, y Sue se marchó al lugar en donde Holly había dejado la jaula de «Tan-Tan», bajo un arbusto. Se inclinó, abrió la jaula y tomó en brazos al ave.

—Mira lo que tengo, «Tan-Tan» —dijo la pequeña.

«Tan-Tan» miró al insecto. Pareció alegrarse mucho y alargó el cuello.

¡Pic, pic! ¡El insecto desapareció!

Sue se echó a llorar. Y corrió junto a su hermana, todavía con la gallina en sus brazos.

—¡Ay, Pam, Pam! ¡Tu adorno se ha

estropeado!



Pam tuvo que contarle a Yotam lo que había ocurrido. La pequeña maya dijo tranquilamente:

—Yo te haré otro.

Y se marchó de la hacienda.

Al enterarse del triste fin de la abeja decorativa, la señora Hollister dijo:

—Sue, ¿qué prefieres hacer: venir a nadar con nosotros o jugar con «Tan-Tan»?

Aunque la pequeñita estaba un poco indignada por los hábitos comilones de «Tan-Tan», resolvió quedarse a jugar con la gallina. Mientras los demás, con los trajes de baño ya puestos, marchaban a divertirse en la piscina, Sue se fue con la gallina a la habitación de su madre.

Sobre el tocador vio un frasquito de esmalte para uñas, con una etiqueta que

decía «Rojo Melocotón».

«Ya sé lo que haré —pensó la chiquitina, mirando fijamente las patas amarillas de “Tan-Tan”—. Voy a pintarte las uñas».

Le costó mucho destapar el frasquito, pero acabó consiguiéndolo. Entonces, sentada en el borde de la cama, sujetó fuertemente a la gallina con el brazo izquierdo.

—¡Qué bonita estás! —murmuró, entusiasmada—. El rojo y el amarillo quedan muy bien juntos.

Entonces corrió hasta la piscina, para enseñar a todos lo hermosa que estaba «Tan-Tan» con las uñas pintadas.

—Pero Sue... —exclamó la señora Hollister, saliendo chorreante del agua—. ¡Qué has hecho!

Pam asomó la cabeza por el borde de la piscina, se echó el cabello hacia atrás y rió de buena gana.

—¿Por qué no le has pintado también el pico?

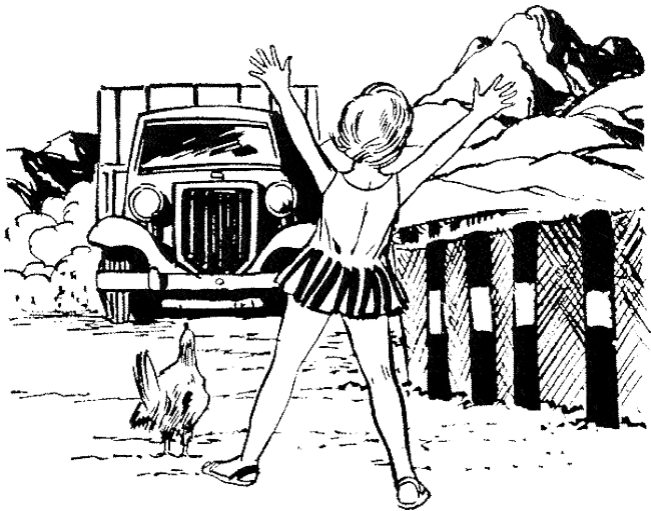
—Voy a hacerlo «in siguida» —decidió Sue.

—¡No! —gritó la madre—. ¡Sue, vuelve aquí inmediatamente! No vas a pintar nada más a ese pobre animal.

Sue dejó a «Tan-Tan» en el suelo y la gallina picoteó entre las hierbas, buscando algún insecto que devorar.

Después de la comida, Sue siguió jugando con «Tan-Tan». Ella y Holly se sentaron a un lado del patio, junto al camino, intentando conseguir que la gallina saltase sobre sus manos.

De pronto, oyeron que un camión se aproximaba, armando gran estrépito.



Llevando a «Tan-Tan» fuertemente sujeta bajo el brazo, Holly se puso en pie, para mirar. Y un momento después exclamaba:

—¡Sue, es el mismo camión que chocó con nosotros!

Indudablemente, era el mismo camión verde y cubierto de polvo, también en aquella ocasión cargado de cestas hasta los topes. El conductor les resultaba igualmente familiar.

—Hay que devolverle la gallina — dijo Sue que empezaba a sentirse un poco aburrida de «Tan-Tan».

Corrió al centro de la calzada y levantó muy altas sus dos manitas, para que el camión se detuviera.

¡El conductor dio un grito, al tiempo que chirriaban los frenos!

PAN EN LA CABEZA



El camión se detuvo, con una sacudida, a poco más de tres palmos de Sue.

Holly agarró de la mano a su asustada hermanita y la arrastró lejos de la calzada.

—Sue, no vuelvas a hacer eso nunca. ¡NUNCA! —reprendió.

A la pequeñita le temblaba la barbilla.

—Lo siento.

—Mamá te lo ha dicho mil veces — dijo Holly, severa.

—Se me había olvidado —murmuró Sue.

—¡Pues eso no se debe olvidar! — siguió diciendo Holly, regañona.

Mientras hablaba, empezó a apercibirse de unos murmullos de protesta. Con el susto, había olvidado que seguía con la gallina bajo el brazo.

—Le has «hacido» daño —dijo Sue, entre hipidos.

—Lo siento. Apretaba mucho porque

estaba muy asustada. —Se dio cuenta, entonces, de que el camión se alejaba y gritó—: ¡Espere! ¡Llévese su gallina!

Arrastrando a Sue de la mano, echó a correr tras el camión, pero éste no se detuvo.

—¿Lo conducía el señor Punto? —preguntó Holly, sin aliento.

—Parecía él —asintió Sue.

Las dos hermanas siguieron corriendo un trecho, con la esperanza de que el conductor se detuviera y reclamase su gallina.

—Mamá querría que la devolviéramos, porque eso es lo honrado —razonó Holly, muy seria.

Pero el camión seguía su camino y pronto desapareció a mano derecha.

Holly dejó de correr.

—No va a detenerse —dijo, con disgusto—. Debe de ser un señor malo. Aunque no me haya oído llamarle, tiene que habernos visto por el espejo retrovisor.

—Pam dijo que el señor Punto podría ser un hombre malo —recordó Sue.

Holly entornó los ojos.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Veremos si podemos averiguar a dónde ha ido.

Colocó la gallina en una posición

más firme, bajo su brazo y, con Sue de la mano, avanzó camino arriba, hasta el lugar por el cual había desaparecido el camión. Un caminillo estrecho, con amplitud para un solo vehículo, las llevó hasta la intrincada jungla, llena de ramas y maleza. Las dos niñas se detuvieron y miraron a su alrededor.

—¿A dónde llevará esto? — preguntó Holly, retorciéndose, pensativa, una de sus trenzas.

Las niñas siguieron adelante, mirando cautamente a derecha e izquierda. A unos quince metros del camino principal, el sendero bifurcaba. Como la parte de la izquierda era más

estrecha, las dos hermanas eligieron el camino de la derecha, pensando que el camión podía haber seguido por allí. Cada vez se internaban más en la selva e iban acelerando la marcha.

—Sue, lleva un ratito a «Tan-Tan»
—pidió Holly.

Y alargó el ave a su hermana, pero en ese momento la pequeña tropezó en unos matojos y cayó de bruces.

«Tan-Tan» cacareó, sacudió las alas y corrió al interior de la jungla.



Sue continuó tendida en el suelo, sin hacer intención de levantarse.

—¿Qué pasa, Sue? ¿Te has hecho daño? —preguntó Holly, inclinándose.

La pequeña no respondió. Siguió con la cara muy próxima a un trecho arenoso entre las altas hierbas.

—¡Mira lo que estoy viendo! —
cuchicheó, al fin.

Holly se echó al suelo, sobre manos y rodillas, para observar un pequeño agujero, en forma de cono, en la arena. Un pequeño insecto estaba excavando en él y no tardó en desaparecer.

—Me gustaría saber a dónde ha ido:
—dijo Sue.

Mientras ella hablaba, una incauta hormiga se aproximó al agujero y... De pronto, ¡ham, ham!; el insecto oculto asomó la cabeza y se la comió.

Las niñas observaron, en silencio, durante varios minutos, durante los cuales otras dos inocentes hormigas se aproximaron a la trampa y fueron devoradas prontamente por el otro insecto.

Sue frunció el entrecejo.

—Es «tirrible» —afirmó—. «Tan-Tan» se ha comido el insecto de Pam, y ahora este insecto se come a los más pequeñines.

Holly se encogió de hombros, filosóficamente.

—Todo el mundo tiene que comer —declaró, sentenciosa.

Fascinadas, las niñas siguieron

observando unos minutos más. Estaban a punto de ponerse en pie cuando oyeron voces de hombre. Holly hizo gestos a Sue para que estuviese quieta y callada.

—Puede ser el señor Punto —
cuchicheó la hermana mayor.

Las dos se arrastraron hasta las altas hierbas y quedaron inmóviles.

—Pero si no puedo ver nada —
protestó Sue.

Entonces se incorporaron tras un grueso tronco.

—¡Chiiist! Escucha lo que están diciendo.

Las palabras eran pronunciadas en buen inglés y, al parecer, por dos

hombres. Uno de ellos decía:

—Hemos buscado por todas partes, sin poder encontrarlo.

—Ya lo sé. Y si uno de esos chicos se entera de esto, el juego está perdido.

Reinó el silencio durante unos instantes. Luego, el primero de los hombres, dijo:

—¡Por eso insisto en que hay que dar con ese Hollister y su mapa! ¡Es preciso que encontremos el Ídolo Risueño antes que él!

Las voces de los hombres dejaron de ser comprensibles.

Las niñas se apresuraron a levantar la cabeza para ver quiénes eran los

hombres, pero tan solo pudieron verles de espaldas, mientras desaparecían en las profundidades de la jungla.

—¡Oh! —murmuró Holly—. Esos hombres hablaban de tío Russ. ¡Y saben todo lo del Ídolo Risueño!

—¿Qué hacemos? —preguntó Sue.

—Volver a casa lo más de prisa que podamos —dijo Holly.

Tomó a Sue de la mano y juntas echaron a andar por el camino por el cual habían llegado.

—Ya teníamos que estar en la carretera —dijo Sue, al cabo de un rato, mirando las copas de los árboles, que se extendían, como un dosel, sobre sus

cabezas.

Siguieron caminando durante otros diez minutos, pero a cada instante se iban sintiendo más seguras de una cosa: ¡Estaban perdidas!



—¿Qué haremos? —preguntó Sue, con vocecilla temblorosa.

Holly se mordió el labio inferior, sin

contestar. ¡Quizá tendrían que pasar la noche entera en la jungla!

De repente oyeron ruidos en la espesura y no tardó en aparecer una niña, de irnos ocho años, vestida con un «hipil» y llevando un gallina en los brazos.

—Es «Tan-Tan» —observó Holly, fijándose en el esmalte de las patas.

La niña desapareció como una sombra, y Sue se echó a llorar. Entonces la niña india reapareció y les hizo señas.

—Nos hemos perdido —dijo Holly—. ¿Quieres decimos por dónde podemos volver a la hacienda?

La niña nativa movió de un lado a

otro la cabeza, dando a entender que no comprendía el inglés, pero les hizo señas de que la siguieran.

Las tres recorrieron cerca de medio kilómetro, hasta llegar a un poblado indio, en un claro.

Las pequeñas chozas de color marrón parecían bombones gigantes.

La niña entró en una de las chozas más grandes, a la entrada de la cual jugaban nueve niños pequeños, y no tardó a salir acompañada de una mujer gruesa y sonriente, llevaba el cabello recogido en un moño alto y tirante, y también vestía un «hipil». A su lado iba un hombre delgado y bajo.

La niña nativa dijo, por señas, que aquella pareja eran su madre y su padre, y los nueve pequeñitos sus hermanos. Luego mostró la gallina de las uñas pintadas y los niños la rodearon, llenos de curiosidad, prorrumpiendo en exclamaciones y tocando las pintadas patas.

—Puede que nunca hayan visto esmalte de uñas —cuchicheó Holly a su hermana. Y dirigiéndose a la mujer maya, le preguntó—. ¿Nos ayudará a llegar a casa?

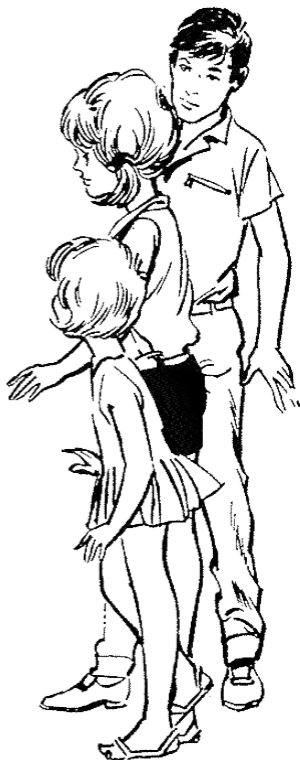
Pero la india no comprendió. Una y otra vez intentaron las hermanas Hollister conseguir que el matrimonio

les explicase cómo podían llegar a la Hacienda Copal, pero ninguno de los dos hacía otra cosa más que encogerse de hombros y sonreír.

Por fin la mujer les dio a entender, por señas que podían quedarse a dormir en la choza, aquella noche.

—No podemos —dijo Holly—. Mamá se preocuparía mucho.

Entonces varios niños corrieron hacia un hombre que entraba en el poblado. Llevaba sandalias, arrugados calzones azules, camisa deportiva blanca, un sombrero de paja... ¡Y en su cabeza llevaba la cosa más cómica que las niñas vieran nunca!



Era un gran recipiente metálico, de unos sesenta centímetros de diámetro, con una tapadera en forma de cono.

El hombre caminaba muy erguido, balanceando aquel recipiente como si le resultase la cosa más sencilla del mundo.

Holly y Sue corrieron hacia él, preguntando a gritos:

—¿Sabe usted inglés?

—Sí. Un «poca» —contestó el hombre en español. Mostró sus dientes blanquísimos en una sonrisa, y añadió —: Manuel sabe un «poca» de inglés.

—¿Qué es lo que lleva usted en la cabeza? —preguntó Sue.

El hombre se quitó de la cabeza el recipiente para dejarlo en el suelo, quitó la tapa y las niñas pudieron ver que estaba lleno de pequeños panes redondos.

—Soy el panadero —explicó Manuel—. Lo amaso y cuezo, y lo vendo a las gentes del pueblo.

—Entonces, ¿sabe usted dónde está la Hacienda Copal? —preguntó Holly—. Nosotras venimos de allí, pero nos perdimos.

Mientras los nativos se inclinaban para ir tomando el pan que pensaban comprar, el vendedor movió de un lado a otro la cabeza, mirando a las niñas

Hollister.

—Estáis a mucha distancia, pero yo os llevaré allí.

—¡Olé! ¡Vivaaa! —gritó Sue, empezando a dar saltos y palmoteos.

—¿Queréis comer un poco de mi pan? —ofreció el panadero.

Las niñas miraron con verdadera ansia los panecitos de dorada corteza. Sonriendo, el hombre añadió:

—Vamos. ¡A comer! Es un regalo.

—Muchas gracias —dijeron Holly y Sue a un tiempo.

Después de haber comido un panecillo, Holly declaró:

—Estaba riquísimo. Oiga, señor

panadero, ¿puede hacerme otro favor?

—Sí, sí —contestó en español, el hombre.

—Me gustaría tener un ratito en mi cabeza esa cosa de hojalata. ¿Es muy difícil?

—No —fue la respuesta del hombre, que se inclinó, recogió el amplio recipiente y lo colocó sobre la cabeza de la niña.

Holly hizo girar vertiginosamente las pupilas, mientras se esforzaba por permanecer erguida y, al propio tiempo, caminar.

—¡Ji, ji! ¡Tienes cabeza de hojalata!
—dijo Sue.

—No me hagas reír —pidió Holly, aguantando las carcajadas.

En aquel momento el gran recipiente metálico se ladeó y se deslizó de la cabeza de la niña.

PATATAS SOSPECHOSAS



Antes de que Holly hubiera tenido tiempo de hacer un movimiento, un chico indio saltó hacia ella y logró impedir que el recipiente cayese al suelo.

Sonrió el chico, mostrando sus dientes blancos y, tras colocarse el gran contenedor de metal sobre su propia cabeza, empezó a pasear en círculo,

sacudiendo los brazos como si fueran las alas de un ave.

Todo el mundo rió alegremente.

—¡Estupendo! —aplaudió Holly. Y se volvió al panadero para pedirle—: Dígale que lo hace muy bien.

Con Manuel haciendo las veces de intérprete, Holly y Sue no tardaron en entablar una animada conversación con los niños del poblado.

Holly dijo a la pequeña que les había llevado allí que podía quedarse con la gallina. Los maya se mostraron complacidos. Entonces Holly recordó por qué Sue y ella se habían perdido, y preguntó a los nativos si habían visto a

un hombre como el señor Punto.

El padre de la pequeña miró asustado a su mujer, que dio una breve respuesta. Manuel dijo:

—A ella no le gusta hablar de eso. Es un signo de mala suerte.

Como las niñas se mostraron confundidas, Manuel les contó una extraña historia. Uno de los niños mayas había visto una serpiente verde por la mañana. Era muy larga y tan delgada como un lápiz.

—Pero no habría mordido a nadie —añadió Manuel.

—Entonces, ¿por qué indica mala suerte? —preguntó Holly.

El panadero explicó:

—Si alguien ve una de esas serpientes verdes en martes, debe seguirla, cazarla, y cortarla en nueve trozos.

—¡Aggg! —masculló Sue, cubriéndose los ojos con ambas manos.

—El nueve es un número mágico para nosotros —aclaró Manuel—. Si no se mata a la serpiente y no se la corta en nueve secciones, el que la ha visto morirá al cabo de dos años.

—No lo creo —declaró Holly—. Pero ¿qué tiene que ver eso con los hombres que andan por los bosques?

Manuel dijo que la serpiente había

desaparecido cerca da donde habían sido vistos dos forasteros.

—Eso indica que aquellos hombres trajeron mala suerte.

Holly miró a los silenciosos indios.

—Pero... —empezó a decir.

—No vale la pena insistir —le atajó el panadero—. No hablarán.

Luego levantó la vista al cielo y añadió:

—Vamos; se está haciendo tarde. Os llevaré a la Hacienda Copal.

Las niñas dijeron adiós a los indios mayas, y, a buen paso, emprendieron el regreso a través de la jungla, por un caminito que el panadero conocía bien.

Las dos hermanas estaban ansiosas por hacer preguntas. Cuando Sue habló del extraño animalito que se comía las hormigas, Manuel se echó a reír y dijo:

—Sería una hormiga león. Por cierto, ¿no habéis oído hablar nunca de las hormigas guerreras?



—¡Hormigas guerreras! —repitió Holly, que caminaba con mucho cuidado de no tropezar en raíces ni matojos, que

apenas se distinguían a tan escasa claridad.

Manuel dijo que, antes de que se iniciase la estación de las lluvias, todo un ejército de hormigas recorría la jungla. Desfilaban a millones, devorando a otros insectos, ratones, lagartijas, cualquier cosa que encontraban a su paso.

—¿Y qué pasa en los pueblos? ¿Se comen, también, a los pobres niños? — preguntó Sue.

—Los habitantes se quitan de su camino y permiten que las hormigas pasen por sus chozas. Ellas se comen hierbas, insectos, todo, y cuando se

marchan, dejan los pueblos limpios.

—Igual que cuando en casa se hace una limpieza de primavera —comentó Holly, y de pronto guardó silencio. Acababa de oír un ruidillo entre los árboles—. ¡Escuchen!

Los tres quedaron un momento quietos, en el sombrío bosque. De nuevo se produjo un ruidillo y unas hojas se agitaron.

Holly respiró profundamente y separó las hojas. Dos rostros morenos, de aspecto asustado, la miraron.

—¡Son chicos! —exclamó Sue.

Cada chico llevaba a la espalda un saco, sujeto a sus frentes por una correa.

Como conejos sorprendidos, los dos chicos se volvieron y empezaron a internarse en la maleza.

—¡Esperad! —gritó Holly—. ¡Manuel, de prisa! ¡Haga que vuelvan! Deles un poco de pan.

El hombre les llamó y los chicos se detuvieron. Un momento después, regresaban tímidamente. Holly, que tenía una moneda de un centavo en el bolsillo, se la dio al panadero, quien por su parte, ofreció a cada chico un panecito.

—Pregúnteles por qué se esconden —pidió Holly a Manuel.

Pero los chicos no quisieron responder a tal pregunta.

—¿Qué llevan en los sacos? —quiso saber Sue.

—«Papas» —dijo uno de los chicos.

—Parecen patatas —comentó Holly.

—Sí. «Papas», patatas... Es la misma cosa —explicó Manuel.

Mientras los chicos se comían el pan, Holly seguía preguntándose por qué se esconderían, y por qué habían querido huir.

«A lo mejor llevan otra cosa en los sacos», se dijo, e intentó averiguar qué había dentro de los sacos de harpillera.

Los chicos retrocedieron, repitiendo «Papas, papas», y desaparecieron en la jungla.

Las dos niñas y su guía aceleraron la marcha y pronto llegaron a un camino, no lejos de la Hacienda Copal. Pete fue el primero en ver llegar a sus hermanas. Notificó a gritos la noticia y todos los de la hacienda acudieron a saludar a las niñas perdidas, quienes contaron cómo Manuel las había llevado hasta allí.

—Se merece usted una recompensa —dijo la señora Hollister al panadero.

Pero él levantó una mano y movió, negativamente, la cabeza.

—No. Me basta con haber podido ayudar a las niñas.

Cuando el hombre se hubo marchado y los demás de la hacienda fueron a

cumplir con sus obligaciones, la señora Hollister se llevó a las dos niñas a su habitación, les hizo sentarse en la cama y, mirándolas severamente, dijo:

—Todo el mundo ha estado preocupadísimo por vuestra culpa.

Sue inclinó la cabeza.

—Mamá, no riñas a Sue —pidió Holly, armándose de valor—. Fui yo la que tuvo la culpa.

—Las dos deberíais haberlo pensado bien, antes de marcharos lejos, sin permiso. Pero, sobre todo tú, Holly, porque eres la mayor y te lo he advertido mil veces.

Sue miró de reojo a su hermana, que

se había puesto roja como un tomate maduro.

—No volveremos a hacerlo —dijo Holly.

—De acuerdo —asintió la señora Hollister, y oprimiendo a las dos niñas contra su corazón, dio un beso a cada una—. Ahora iremos al comedor. Todo el mundo ha cenado, pero el cocinero ha guardado para vosotras un poco de cena especial.

Mientras las niñas comían con gran apetito, el resto de la familia se sentó a su alrededor para hacerles preguntas.

Cuando oyó hablar de lo que dijeron los dos desconocidos, tía Marge

exclamó:

—¡Dios mío! ¡Andan buscando a Russ! Confío en que llegue pronto.

Poco después de terminar la cena, Sue y Holly, muertas de sueño, se fueron a su habitación y se quedaron dormidas casi al momento.

En cambio Pete, Pam, Ricky y sus primos se sentaron en el patio, a la luz de la luna, para hablar sobre el misterio. Balam había vuelto a Chichón Itzá para pasar el día. ¿Creerían él y tío Russ que era demasiado peligroso seguir buscando el Ídolo Risueño?

—No lo creo —declaró Pam—. Los dos son hombres valientes.

Viendo como la luz de la luna se reflejaba en las tranquilas aguas de la piscina, Pete tuvo una idea:

—¿Por qué no nos damos un baño a la luz de la luna?

—¿Tú crees que podemos? — preguntó Pam.

—Claro que sí. Mientras no hagamos ruido... —opinó Teddy.



Los niños se fueron, sigilosamente, a sus dormitorios. Pete dejó caer sus amplios calzones en el suelo y se ajustó

el bañador. En seguida volvió a la piscina, donde los otros ya le esperaban. Uno a uno se sumergieron en el agua y nadaron en silencio.

—¡Zambomba! ¡Qué bien se está! — comentó Pete.

Ricky nadó de espaldas, proyectando hacia arriba bocanadas de agua como si fuera una ballena.

Llevaban un buen rato nadando cuando, de pronto, Pam dijo:

—Mirad. ¿Quién pasa por nuestra habitación?

Todos levantaron la vista y contemplaron una blanca silueta que desapareció por un extremo del pórtico.

—No lo sé —repuso Jean.

—Pues, fuera quien fuese, salía de nuestras habitaciones, Pete.

De repente, un escalofrío recorrió la espina dorsal de Pete. ¡Se había dejado los pantalones y el cinto con el compartimiento secreto, abandonados en la habitación!

Salió a toda prisa del agua y corrió hacia el pórtico. Los demás le siguieron, secándose vigorosamente con las toallas.

A la luz de la luna, Pete entró en el dormitorio y buscó con la vista los calzones.

¡Habían desaparecido!

—¡El mapa! ¡Han robado el mapa!

—exclamó Pete, sin aliento.

UN ESCORPIÓN. ¡QUÉ SUSTO!



La exclamación de alarma de Pete hizo que los otros nadadores corrieran al dormitorio. Y no tardaron en presentarse la señora Hollister y tía Marge, desde la habitación inmediata. Con los calzones de baño todavía chorreando agua, Pete explicó,

atropelladamente cómo habían desaparecido sus pantalones y el cinto con el mapa secreto.

Su madre y su tía quedaron anonadadas.

—Es terrible. ¡Este misterio se va volviendo más intrincado cada vez! —se lamentó tía Marge.

—Nosotros te protegeremos, mamá —dijo, valerosamente, Teddy.

—¿Estás seguro de que tus pantalones no habrán ido a parar debajo de la cama? —sugirió Jean.

—¿Vamos a mirar? —propuso Pam, en seguida. Y se agachó a cuatro pies para mirar bajo la cama—. Ahí veo

algo.

—¿Los calzones de Pete? — preguntó Ricky, muy nervioso.

—No —repuso Pam, metiendo la cabeza bajo la cama y alargando una mano hacia un objeto negro—. Parece un animal.

Pam se arrastró para aproximarse al objeto oscuro.

De repente, una voz de mujer gritó:

—¡No lo toques!

Pam, estremecida, salió de debajo de la cama y se encontró frente al ama de llaves de la hacienda. Era una mujer maya, muy gruesa, que hablaba español e inglés tan bien como su propia lengua.



—Chicos —dijo, dirigiéndose a Pete y Teddy—, ayudadme a retirar la cama.

La cama fue apartada de la pared y quedó bien visible la criatura, que a los

niños les pareció una especie de cangrejo.

—Es un escorpión —dijo el ama de llaves—. Lamento muchísimo que se haya metido en su dormitorio.

—¿Puede morder? —preguntó Holly.

—Los escorpiones son muy peligrosos.

La mujer salió a toda prisa, y volvió al poco con una bolsa de papel oscuro y una escoba. Pronto el peligroso arácnido quedó capturado.

Entonces Pete volvió a recordar que debía seguir buscando sus pantalones. Cuando explicó al ama de llaves lo

ocurrido, ella replicó:

—Esa silueta blanca que habéis visto pasar puede haber sido la doncella. Estaba llevándose las ropas a la lavandería. Ya saben que aquí nos ocupamos de eso por la noche.

—¡Iremos allí en seguida! —decidió Pete.

—Yo te acompañaré —se ofreció Teddy.

—Está bien —dijo la señora Hollister—, pero es mejor que los demás os pongáis los pijamas y os vayáis a dormir.

El ama de llaves envió a los chicos a un pequeño edificio, detrás de la

hacienda. En la distancia se podía oír el runruneo de las máquinas lavadoras y se veía un penacho de vapor que salía por la chimenea del techo.

Cuando los dos primos corrían por el camino de hormigón hacia la lavandería, Teddy miró hacia el taller de artesanía y, en seguida, agarró a Pete por un brazo, para que se volviese.

Un hombre delgado, con el sombrero muy bajo sobre los ojos, se deslizaba por la puerta de la fachada, con una caja en la mano.

Sin titubear ni un momento, los dos chicos corrieron hacia él.

Pero el hombre huyó entre las

palmeras y arbustos tropicales.

—Debe de haberse encaminado a la carretera —dijo Teddy, y los chicos corrieron en aquella dirección.

Pero no vieron a ningún hombre; ni siquiera un coche en el cual pudiera haber huido.

—Será mejor que hablemos de esto en seguida con el señor y la señora Rico —opinó Pete, retrocediendo hacia la piscina para llegar, luego, al poblado indio. Al acercarse a la cabaña de los Rico, Pete les llamó en voz alta. Pronto el propietario del taller de artesanía y su esposa salieron a la puerta.

Al oír la información de los chicos,

los dos corrieron a su taller. Una vez allí, se encontraron con que el pestillo que aseguraba la ligera puerta, había sido arrancado. En seguida el matrimonio entró y encendió la luz. Al momento, la señora Rico dejó escapar un grito contenido:

—¡Los magos! ¡Nos han robado una caja entera de Magos!

—Tenían mucho valor —añadió el señor Rico, moviendo tristemente la cabeza.

Y explicó a Pete y Teddy que las pequeñas estatuillas de Melchor, Gaspar y Baltasar estaban delicadamente pintadas a mano y eran muy solicitadas

por los turistas.

Pete, por su parte, habló de la desaparición de sus calzones y el matrimonio se ofreció a ir con los primos a la lavandería.

Al entrar en el pequeño edificio se notaba un fuerte olor a jabón y a vapor de agua. Una doncella, uniformada de blanco, se inclinaba sobre una pila de ropas, seleccionándolas, antes de meterlas en la lavadora.

Hacia el fondo del edificio, otras tres mujeres trabajaban activamente, planchando. La doncella se irguió y miró a los chicos muy sorprendida.

—¿Se ha llevado usted unos

pantalones de mi habitación... la número seis? —preguntó Pete.

La mujer asintió, sonriendo:

—Sí, sí —dijo en español, y señaló la gran máquina lavadora.

—¡Los están lavando ya! —dijo Teddy.

—Pero ¿y el cinturón? —preguntó Pete—. ¿Lo ha visto usted?

La doncella asintió y acompañó a los muchachos a un armarito.

Lo abrió. De un gancho pendía el cinto de Pete.

—Muchas gracias —dijo Pete, cogiéndolo.

Se apartó a un lado y lo palpó, para

asegurarse de que contenía el mapa. Todo estaba en orden.

—¡Uff! —suspiró Pete, dirigiendo a su primo una sonrisa de alivio.

Entre tanto, Teddy había distraído la atención de la doncella.

—Muchas gracias —dijo el muchachito—. Es que es un cinturón muy valioso.

Los Rico también se alegraron de que el cinturón no se hubiera perdido.

Cuando los cuatro se volvían para marcharse, Pete, por casualidad, tropezó con una pila de ropa de la lavandería. Su pie chocó con un objeto duro y se pudo escuchar un gruñido apagado. ¡Y

alguien se movió, en el fondo de la pila de ropa!

Sorprendido, Pete dio un salto hacia atrás.

—¿Quién... quién hay ahí? — exclamó el chico, y los demás se volvieron a ver qué sucedía.



De repente, entre las camisas, pañuelos, pantalones y «hipils», apareció una mano. Un hombre delgado

se puso en pie. En la otra mano llevaba el estuche de las estatuillas robadas.

«¡Es Vargas, el amigo de Punto!», pensó Pete.

Por un instante, todo el mundo quedó como paralizado por la sorpresa. Entonces el ladrón dejó caer la caja entre las ropas y corrió a la puerta.

Pero se le había enredado un pie en un «hipil»; tropezó y cayó de bruces.

Pete y Teddy corrieron hacia él, pero el hombre se hizo a un lado. Se libró del vestido, dio un salto y arrojó la prenda a la cabeza de los chicos.

Por un momento, los dos primos quedaron cegados. Pero, luego de

deshacerse del vestido, corrieron tras el fugitivo.

Los tres recorrieron, en zigzag, los terrenos de la hacienda, a toda velocidad. Detrás se oían los gritos del matrimonio Rico y de las doncellas.

De repente, cuando pasaban alrededor de la piscina, Teddy resbaló en un trecho húmedo.

¡PLASS!

El chico fue a parar de cabeza al agua.

Pero Pete siguió corriendo, ganando distancia al hombre. Cuando se aproximaban a la carretera, ¡llegaba un vehículo! El fugitivo corrió hacia allí,

sacudiendo furiosamente las manos.

Medio cegado por los faros, Pete prosiguió su persecución, mientras pensaba:

«Está loco. Si detiene el vehículo, le atraparemos».

Mientras corría, Pete oyó un clamoreo por encima de su hombro y, al mirar atrás, vio a Teddy, chorreando agua, acompañado del director del hotel, dos doncellas y un huésped.

Se produjo un fuerte frenazo y el vehículo se detuvo.

¡Era el camión transportador de gallinas!

El hombre que iba al volante gritó

algo en español y el fugitivo intentó saltar al vehículo.

—¡No! —gritó Pete.

Y de un salto consiguió arrancar al hombre del camión. Los dos cayeron al suelo y rodaron por la cuneta.

El camión reanudó la marcha y casi había desaparecido de la vista cuando Teddy y los otros llegaron junto a Pete y su forcejeante cautivo. El señor Cortez obligó al hombre, violentamente, a ponerse en pie y le preguntó su nombre.

—Es Vargas —declaró Teddy, y dijo lo poco que sabían de aquel hombre.

Vargas miró a todos agresivamente, pero no pronunció una palabra.

—Le encerraremos en una de nuestras habitaciones, hasta que venga la policía, mañana por la mañana — decidió el director—. No vamos a molestar a las autoridades a estas horas.

Todos, en la Hacienda Copal, se habían despertado y hablaban, muy nerviosos, mientras el prisionero era atado de pies y manos y metido en un cuarto almacén del primer piso. No había allí más que una ventana alta y una puerta, que se cerró con llave.

Los chicos se llevaron a su familia a un lado y, a media voz, explicaron que habían recobrado el mapa.

—Oh, espero que eso permita que

nuestras preocupaciones se terminen ya —murmuró la señora Hollister.

Cuando la familia Hollister se iba a la cama, todos pudieron oír cómo los huéspedes elogiaban la valerosa actuación de los dos muchachitos, que tan eficazmente habían ayudado en la captura del ladrón.

—¡Canastos! ¿Por qué no me habéis llamado? —dijo Ricky—. Habría podido ayudaros a atrapar a ese ladrón.

—Pero no creáis que los conflictos se han terminado —dijo Teddy, que en compañía de Pete cruzaba el pórtico, detrás de la familia—. Yo creo que Vargas es algo más que un ladronzuelo.

Estoy seguro de que él y Punto están buscando el Templo del Ídolo Risueño.

Pete estaba de acuerdo con su primo.

Cuando llegaron a su dormitorio, Teddy se detuvo en seco, con la mano apoyada en el picaporte.

—Creo que he hecho una gran idiotez —dijo, en voz bajita.

—¿Qué quieres decir?

—En la lavandería... Cuando dije que tu cinturón era tan valioso. Vargas pudo oírme y adivinar que el mapa estaba allí. O puede querer robar el cinturón, sólo por el valor del objeto.

—No hay que preocuparse por él. Ahora está fuera de circulación —

razonó Pete.

—Pero puede encontrar la manera de pasar aviso a sus compañeros.

—Tendré más cuidado que nunca — prometió Pete, sonriendo—. Me acostaré con el cinturón puesto.

A la mañana siguiente, Pete fue despertado por Ricky, que le daba fuertes sacudidas. Se puso en pie y miró, parpadeante, a Teddy, que también había sido despertado por el pelirrojo.

Teddy bostezó, desperezándose.

—¿Por qué nos despiertas tan temprano, Ricky?

—Para enseñaros mis músculos.

—¿Cómo? ¿Nos despiertas sólo

para eso? —protestó Pete.

Ricky repuso que había hecho varios ejercicios la noche anterior y estaba seguro de que sus músculos se habían desarrollado mucho. En seguida se quitó la chaqueta del pijama, flexionó el brazo derecho y contempló sus bíceps. Los músculos se abultaron, pero sólo ligeramente.

—¡Vamos! ¡Arriba! —dijo Ricky, apremiando a sus músculos. Y volviendo la cabeza, contempló su brazo izquierdo—. Puede que sean los de este brazo los que han crecido.



Teddy y Pete no pudieron contener las carcajadas, pero el apuro de Ricky iba a durar poco rato.

Unas puertas más allá se oyó la

vocecilla estridente de Sue, llamando:

—¡Mami! ¡Ven aquí «in seguida»!

¡Tía Marge, ven de prisa!

UNA FLECHA AFILADA



Todos asomaron la cabeza por la puerta de la habitación, por si Sue tenía algún problema. Pero la pequeña sonreía, feliz. El sol de la mañana arrancaba destellos en su cabello, mientras la niña sacudía las manos, con nerviosismo.

—¡Es tío Russ! ¡Ya está aquí!

Sue corrió al lugar donde se aparcaban los coches. Los chicos se vistieron, apresuradamente, y la siguieron. Las dos señoras Hollister y las niñas llegaron a tiempo de ver a tío Russ sacando su equipaje de un reluciente coche rojo.

Balam estaba con Russ Hollister, y caminaba en torno al vehículo, admirándolo.

Cuando Teddy y Jean hubieron besado a su padre, tía Marge le abrazó con fuerza.

—¡Pensábamos que no llegarías nunca! —dijo, muy contenta.

—Me han retardado algunos

negocios —explicó tío Russ—. Al llegar a Mérida me encontré con Balam y decidimos alquilar este coche.

—¡Tío Russ! ¡Tío Russ! —gritó Holly, interviniendo—. Hemos atrapado a un malo.

—¿Cómo? ¿Es cierto?

Los niños, muy emocionados, explicaron cuanto había ocurrido.

—Se llama Vargas —dijo Pam—. Es alto y delgado y...

La niña se interrumpió, de pronto, porque acababa de ocurrírsele una idea.

—¡Tío Russ! ¡Puede que ese hombre sea Águila!

—Pronto os lo diré —repuso el tío

—. ¿Dónde está?

El dibujante fue llevado rápidamente hasta la habitación que había servido de celda aquella noche, y se avisó al señor Cortez. El director del hotel hizo girar la llave en la cerradura.

—Échele una mirada. Puede que reconozca usted a este hombre —dijo, mientras abría.

De repente, todo el mundo quedó sin aliento. ¡La habitación estaba vacía! Las dos cuerdas con que el hombre fue atado se encontraban en el suelo y, en la pared había huellas de zapatos, señalando que el prisionero había huido por la ventana.

—¡De prisa! —apremió Pam—.

Puede que acabe de marcharse y todavía le alcancemos.

Los niños corrieron por toda la hacienda. Bajo la ventana encontraron arbustos rotos, sin duda debido al salto del fugitivo. Pero al hombre no se le veía por parte alguna.

Pero sus huellas conducían a la carretera, lo que hizo comentar a Pam:

—Puede que el camión se escondiese cerca, en espera de que el hombre escapase.

—Lo más fácil es que el conductor volviera, subiese a la ventana y ayudase a Vargas a salir.

Jean exclamó:

—¡Apuesto lo que queráis a que el conductor era el señor Punto!

—¿Le conoces tú, tío Russ? —preguntó Pam, muy nerviosa.

—Nunca he oído hablar de tal persona —replicó el tío—. Mejor dicho, Balam sí me ha puesto al corriente de la aparición de ese hombre y de su compañero.

—¿Estás seguro de que Skeets Packer nunca te mencionó al señor Punto? —preguntó Pete.

Tío Russ reflexionó unos momentos.

—Estoy seguro de que no —dijo al fin.

En seguida se produjo una confusión

tremenda. Todos hablaban a un tiempo.

—¡Calma! ¡Calma! —pidió Russ Hollister—. ¿Qué os parece si nos sentamos en alguna parte y empezáis a explicarlo todo, desde el principio?

Cuando su equipaje estuvo recogido, tío Russ se sentó en una silla del patio, toda la familia le rodeó y empezaron a contarle todo lo sucedido desde su llegada al Yucatán.

—¡Es formidable! —dijo tío Russ, con un alegre brillo en los ojos—. ¡Esto va a ser un espléndido tema para una historieta de aventuras!

—¿Entrarás tú también? —preguntó Holly.

—Naturalmente, aunque todos, menos yo, tendréis diferentes nombres.

En aquel momento, Balam llamó por señas al tío Russ, quien se excusó con su familia y prometió seguir haciendo planes a la hora de la comida.

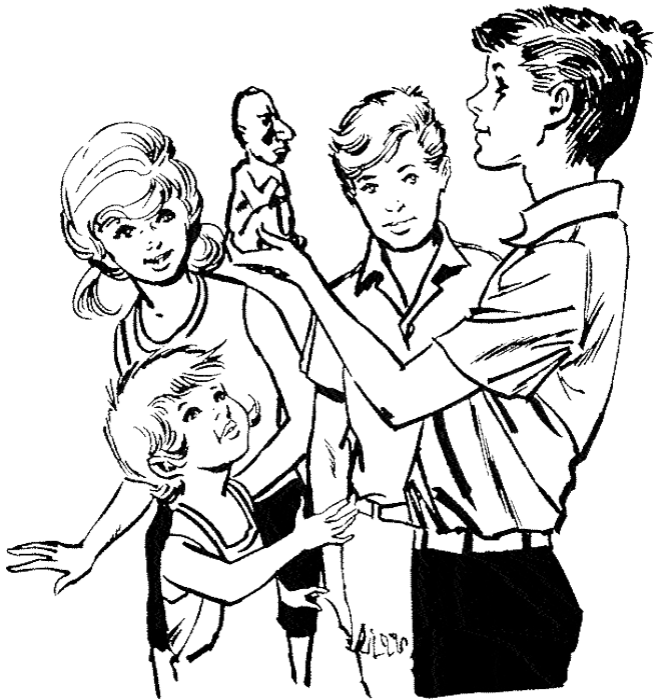
Luego se marchó con el guía maya para hacer los preparativos para el viaje a la jungla.

Los niños fueron al taller de los Rico, para verles pintar figurillas.

El señor Rico les dijo que había recobrado la caja de los Magos, en la lavandería, sin que ninguna figura hubiera sufrido desperfectos. Y tanto él como su esposa dieron calurosamente

las gracias a Pete y Teddy por su ayuda.

La señora Rico insistió en dar a cada niño la figurita de un indio maya.



Un poco confusos, los chicos dieron las gracias al matrimonio y fueron a

ponerse los bañadores, para meterse en la piscina.

A la hora de comer, tía Marge y la señora Hollister reservaron una gran mesa en un rincón del comedor. Tío Russ ocupó la cabecera de la mesa, y pronto la conversación versó sobre el misterio del Yucatán.

Tío Russ dijo que se había puesto en contacto con la policía y que aquel señor Punto era para las autoridades un misterio tan grande como para él mismo.

—No planea nada bueno. De eso estoy seguro —dijo el dibujante y añadió que la policía estaba alerta para detener a cualquiera que se llevase

objetos antiguos de los templos del Yucatán.

—Ese señor Punto confía en que tú le conduzcas al Templo del Ídolo Risueño —dijo Pam—. Entonces, él robará todo lo que pueda.

—Y si pudiera conseguir el mapa, iría por su cuenta —añadió Pete.

—Yo creo que esos dos hombres robarían cualquier cosa que no esté clavada en el suelo —dijo Ricky—. Seguramente uno de ellos fue quien me robó el anillo. Punto sabía que yo lo tenía.

Mientras la familia hablaba, entraron en el comedor dos hombres, que fueron

a sentarse cerca de los Hollister. Pete bajó inmediatamente la voz.

—Hay que tener cuidado —concordó Teddy—. Esos hombres pueden estar aquí con la intención de escucharnos.

—No, no —dijo Pam, con tono de compasión—. ¿No veis que están hablando con signos?

Los Hollister habían conocido en Shoreham a un muchacho sordo, que les había ayudado a resolver un misterio. Y, desde entonces, los niños sentían una simpatía especial por la gente que no oía.

Seguros de que aquellos comensales

no podían oír su conversación, tío Russ siguió hablando del viaje a la jungla.

—El mapa es muy importante —dijo—. Yo creo, Pete, que sería conveniente tener un duplicado. Yo llevaré el original en mi bolsillo y tú puedes guardar la copia en ese compartimento de tu cinturón.

Después de comer, Pete y Teddy consiguieron papel de calco en la oficina de la hacienda y, en poco rato, hicieron una copia del mapa y entregaron el original a tío Russ, que lo guardó en la billetera.

Pam y Jean, entre tanto, se encontraban sentadas a la sombra de un

árbol, con las cabezas inclinadas hacia una mesa. Ante ellas tenían una tabla con letras y números.

—¿Qué estáis haciendo? —les preguntó Pete, mientras se metía el duplicado del mapa en el cinturón.

Jean hizo señas a los chicos para que se aproximasen y en voz baja, explicó:

—¡Estamos haciendo una clave secreta!

—¿Para qué la necesitamos? —preguntó Teddy, inclinándose a mirar el papel.

Pam explicó que, puesto que el viaje por la jungla iba a ser peligroso, tal vez

tuvieran que enviar algún mensaje secreto.

—Interesa que nadie pueda comprenderlo.

—Es una buena idea —aplaudió Pete.

Los Hollister de Shoreham ya habían hecho, en otra ocasión, una clave secreta que usaban con frecuencia en sus trabajos detectivescos.

Sobre la mesa tenían las chicas un libro relativo al Yucatán, abierto en la página en que se daban los meses y los días.

—Aquí está lo que hemos hecho —dijo Pam.

Señaló los dieciocho meses. Había colocado las letras juntas, en cuatro líneas de dieciocho caracteres.

POPUOZIPZOTZTZE CXU

LYAXKINMOLCHENYAXZ

ACCEHMACKANKINMUAN

PAXKAYABCUMHUUAYEB

—¿Y cómo vais a hacer una clave con eso? —preguntó Teddy.

Su hermana replicó:

—Es muy sencillo. Tomemos, por ejemplo, el nombre de Pam. La P está en la primera línea y es, además, la primera letra. Por lo tanto, la representamos con un uno. La A aparece en la segunda línea y es la tercera letra. De modo que la

representamos como dos sobre tres. La M aparece en la segunda línea y es la octava letra; por lo tanto, es dos sobre ocho.

—Ya comprendo —dijo Pete—. Parece aritmética, pero no lo es, en realidad.

Pam se apresuró a añadir algunas letras que no aparecían en la clave.

—Así aún será más difícil que alguien lo adivine —dijo.

Pam y Jean hicieron cuatro copias, para los dos chicos y ellas. Más tarde ya hablarían de aquello a Ricky y Holly.

—Tomad cada uno un lápiz, también —dijo Jean, sacando un puñado de ellos

—. El señor Cortez ha dicho que podemos quedarnos con éstos.

Cuando hubieron devuelto el libro al director del hotel, salieron al patio. La señora Hollister se acercó a ellos para preguntar:

—¿No habéis olvidado algo, hoy?

—No. ¿Qué? —preguntó Pete.

—Creí que ibais a ir a ver el rodaje de la película.

—¡Zambomba! Han ocurrido tantas cosas que me había olvidado de eso.

—Puede que hoy filmen todo el día —comentó Teddy.

—Vamos. Hay que darse prisa, si queremos ver algo —decidió Ricky.

La señora Hollister y tía Marge decidieron quedarse, y a Sue le convenía hacer su siesta diaria.

—Pero yo me sentiría mucho más tranquila, si tío Russ os acompañase — dijo la señora Hollister.

Los niños encontraron al dibujante en su habitación, con Balam, afilando dos grandes cuchillos.

—Son machetes —explicó el tío—. Con ellos tendremos que abrirnos paso en la selva.

—Tío Russ, guapo, acompáñanos a ver cómo ruedan la película —pidió Holly.

Tío Russ repuso que él iría,

encantado, pero Balam se quedaría a reunir los suministros para su viaje a la jungla. Pocos minutos después salía el grupo, camino de los rieles que les llevarían hasta el lugar del rodaje.

Cuando llegaron a aquella zona, Pete quedó muy sorprendido al oír gritar al mismo pájaro de la otra vez.

—Debe de ser alguno que vive en las profundidades del bosque —dijo—. Nunca lo he oído, estando en la hacienda.

Pronto surgió de los bosques un actor, disfrazado de guerrero con escudo y todo, que les saludó levantando su extraña hacha de seis puntas.

—Os esperábamos —dijo a los niños—. Estamos a punto de hacer una toma interesante.

Los visitantes fueron conducidos a la gran extensión que se hallaba ante el templo antiguo. Funcionaban las cámaras, mientras unos «esclavos» cargaban sacos, llenos de escombros de la ruinosa pirámide.



Holly tiró del brazo de su hermano mayor, diciendo:

—¡Mira esos sacos! Son iguales a

los que llevaban aquellos chicos, cargados con patatas.

Antes de que Pete hubiera podido responder, Víctor Grattan se acercó al grupo.

—Llegan a tiempo de ver una escena maravillosa —dijo—. Los nativos atacarán a una pantera con arcos y flechas.

El director dio la señal y un hombre apareció, llevando atada de una correa una pantera amaestrada. Llevó al animal hasta delante del templo. Se dejó suelta a la pantera y las cámaras empezaron a funcionar.

De pronto, cuando el gran felino se

encaminó a la selva, desde todos los puntos del templo surgieron gritos de «los mayas». Y las flechas empezaron a cruzar el aire.

—¡Van a hacerle daño a la pobre pantera! —se lamentó Holly.

El director sacudió la cabeza y, riendo, dijo:

—Son flechas trucadas. Las puntas son de gomaespuma. No pueden herir a nadie.

—Ni siquiera caen cerca de la pantera —observó Pam, deseosa de tranquilizar a su hermana.

—¡Corten! —gritó el señor Grattan.

El «cameraman» interrumpió la

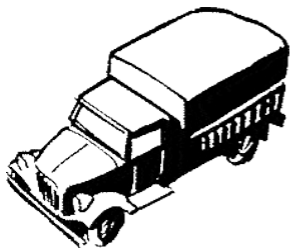
filmación y el domador puso el collar a la pantera.

—¡Canastos! ¡Qué emocionante! — exclamó Ricky.

Pero, de pronto, otra flecha surcó los aires, pasó rozando el brazo de tío Russ y se hundió en tierra.

—¡Papá! —gritó Jean, corriendo hacia donde estaba su padre, oprimiéndose el brazo—. ¡Ésa era una flecha de verdad!

UN ENEMIGO OCULTO



—¡Ya lo crea que lo es! —concordó tío Russ, mientras todos los actores y demás componentes del grupo cinematográfico le rodeaban para ver qué había sucedido.

La manga de la camisa que cubría el brazo izquierdo del dibujante quedó teñida de rojo. Teddy se apresuró a

subir dicha manga, con lo que quedó al descubierto el corte abierto en la carne por la afilada flecha.

Un grupo de obreros miraba a Russ Hollister y dejaba escapar nerviosas exclamaciones.

—¡Todo el mundo atrás! —gritó Víctor Grattan, abriéndose paso hasta Russ Hollister.

El director llamó en seguida a un ayudante, que se presentó con un botiquín. El mismo Grattan se ocupó de limpiar y vendar la herida.

Parecía enfurecerle que aquel accidente se hubiera producido en la zona en que ellos trabajaban.

—Esa flecha probablemente iba dirigida contra mí —dijo, mirando por todo el claro, como deseoso de descubrir al misterioso atacante.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Pete.

—Nuestros rivales siempre andan cerca, buscando complicaciones. No es la primera vez que tenemos una sorpresa desagradable.

—¡Canastos! —murmuró Ricky, mirando a su alrededor, más inquieto.

—¿Sabe usted quiénes son sus enemigos? —preguntó Teddy.

Grattan repuso:

—No con exactitud.

—¡Yo sí lo sé! —barbotó Alexis Regente, el protagonista—. Es John LaPoint.

—¿A quién se refiere? —preguntó Pam.

—A un agente de Pan Adventure Studios, de Hollywood —dijo Regente, sacudiendo los brazos en un gesto dramático—. Ellos desean que nosotros fracasemos, porque yo, Alexis Regente, rechacé un trabajo en su nueva obra.

—No puedes estar seguro de eso, Alexis —dijo el director. Y se volvió a Russ Hollister, para añadir—. Nuestro seguro cubre este accidente. Y no creo que haya sucedido nada irreparable; la

herida es leve.

—Lo que yo quisiera saber —dijo el dibujante— es quién disparó la flecha.

Tío Russ se inclinó, la arrancó del suelo y examinó la afilada punta.

—Yo he visto de dónde llegaba —dijo una voz gruñona.

Grattan identificó en seguida al hombre que había hablado.

—Es Matton, uno de nuestros tramoyistas. ¿Qué es lo que has visto, Joe?

El hombre se aproximó. Tenía el cabello negro y rizado, y una espesa barba, negra también.



—La flecha llegó de allí, del otro extremo del claro —dijo.

Los Hollister, en compañía de algunos componentes de la compañía

cinematográfica, penetraron en la jungla, camino del lugar indicado por Matton. Los árboles allí estaban lo bastante separados para que un tirador pudiera tener una buena visión de la zona de rodaje.

—¡Un momento! ¡Miren! —exclamó Pam, extendiendo los brazos para que nadie pudiera pisar el trecho arenoso que se extendía ante ella.

La niña se inclinó y leyó unas palabras garabateadas en la arena. Cerca había una ramita rota. En el suelo se podía leer este mensaje:

¡SALGAN DE MÉJICO!

—¿Ven lo que quiero decir? —

exclamó el actor—. ¡Mis enemigos otra vez!

—Quizá no —dijo Pam—. La advertencia podría ser para nosotros.

—Quien haya escrito eso lo hizo muy en serio —afirmó Regente.

Pam miró los preocupados rostros de las personas que les rodeaban, contemplando las palabras en la arena. Notó que Matton no estaba entre ellos. Al volver la cabeza, vio que el tramoyista se encontraba en el claro, examinando la flecha que había alcanzado al tío Russ.

«¡Qué raro!», pensó la niña. «Ha visto de dónde llegaba la flecha y, sin

embargo, no se ha acercado a mirar. ¿Es que no le interesa averiguar quién ha disparado?».

Pam, en un cuchicheo, se lo hizo observar a Pete. Cuando todos volvieron al claro, el chico miró a Matton, que dejó la flecha y se quedó jugueteando con una moneda en su mano derecha.

—Oiga —dijo Pete—, ¿cómo vio la flecha, si llegó desde la selva?

Ante aquella pregunta tan directa, Matton no hizo más que esbozar una semisonrisa. En aquel momento, la moneda resbaló de su palma abierta, y cayó al suelo.

¡Era otra moneda con una serpiente!

¡Parecía idéntica a aquella que Pete encontró en el coche alquilado del aeropuerto de Shoreham!

—¿De dónde la ha sacado? — preguntó Pete, inclinándose a recoger la moneda.

Pero Matton, moviéndose a la velocidad de un relámpago, se le adelantó, agarró la moneda y la guardó, a toda prisa, en su bolsillo.

—Estás lleno de preguntas hoy, ¿verdad, hijo? —dijo Matton, con una mirada dura y fría.

Pete sintió que le palpitaban con fuerza las venas próximas a sus orejas y esperó unos segundos, hasta recobrar la

serenidad.

—Es sólo curiosidad —dijo, procurando disimular su nerviosismo.

—Uno de los nativos me la dio — declaró Matton—. Dijo que era una moneda de la suerte, o algo así.

Sin más, el hombre se marchó para ayudar a colocar unos grandes reflectores ante la vieja pirámide.

—Podría ser que pertenezca a la banda de Águila —dijo Pam.

—Lo mismo pensaba yo —repuso Pete—. La moneda de la serpiente podría ser la insignia de todos los miembros de la banda.

Pete y Pam hicieron signos a sus

primos y a tío Russ para que se aproximasen. Luego, llamaron también la atención del director y el protagonista. Cuando estuvieron seguros de que Matton no podía oírles, Pete notificó sus sospechas: aquel hombre podía tener buenas relaciones con sus enemigos y, acaso también con los enemigos de la compañía cinematográfica.

—Matton se ha estado comportando de una manera extraña desde que vinimos aquí —cuchicheó Grattan—. Le observaré y les tendré a ustedes al corriente de cualquier novedad.

Los Hollister le dieron las gracias y

volvieron, por la jungla, hasta la hacienda. Allí, la señora Hollister y tía Marge quedaron anonadadas al enterarse del accidente.

—Russ, hay un médico en la hacienda —dijo tía Marge—. Quisiera que fueras a verle ahora mismo.

Aunque, de mala gana, tío Russ llamó a la puerta de la habitación del médico. El doctor Stein, un afable caballero de Nueva York, con el cabello gris en las sienes, dijo que examinaría la herida al momento.

—No es más que un rasguño. Ha tenido usted suerte, señor Hollister —dijo, al fin, aplicando un antiséptico,

antes de vendar de nuevo el brazo.

—Muchas gracias —dijo el dibujante, disponiéndose a pagar.

Pero el doctor Stein se negó a cobrar un solo céntimo.

—Voy a darle mi tarjeta —ofreció tío Russ—. Tal vez nos veamos alguna vez en Nueva York.

Buscó su cartera y quedó atónito. De inmediato empezó a palpar todos sus bolsillos.

—¡Mi cartera! ¡Ha desaparecido!

Teddy gritó, en seguida:

—¡Apuesto algo a que te la han robado, papá!

—¡Y yo sé quién ha sido! —añadió

Jean—. ¡Ese señor Matton, del cine!
Estaba entre el gentío, cerca de papá.

—Voy a ocuparme de esto ahora mismo —declaró tío Russ, colérico.

Pidiendo excusas a los demás, llamó a Pete y Teddy para que le acompañasen.

Después de una veloz caminata por la jungla, llegaron al claro, frente al viejo templo.

El tío Russ se acercaba, colérico, al director, cuando éste, sonriendo, acudió a su encuentro con un billeteo marrón en la mano.

—¡Es mío! —exclamó Russ Hollister.

—Lo sé —repuso el señor Grattan—. He visto a Matton registrándole. En seguida lo dejó caer al suelo y se marchó corriendo. ¡Y más vale que no vuelva por aquí, si, sabe lo que le conviene!

Russ Hollister tomó la billetera, reviso su contenido y en seguida, murmuró, furioso:

—¡El mapa! ¡Ha desaparecido!

—¡Conque eso es lo que buscaba Matton! —exclamó Teddy.

El muchachito imaginó que, en la conmoción siguiente al accidente de su padre, Matton le quitó la cartera. Más tarde buscó en dicha cartera, para

apropiarse del mapa.

—¡Seguro que él y Punto son compinches! —declaró Pete.

—¿Punto? —preguntó el director, arqueando las cejas—. ¿Conoces el significado de esa palabra?

—No. ¿Qué es? —preguntó Pete.

—Point, Punto y LaPoint pueden ser la misma cosa. ¡Seguro que son una misma persona!

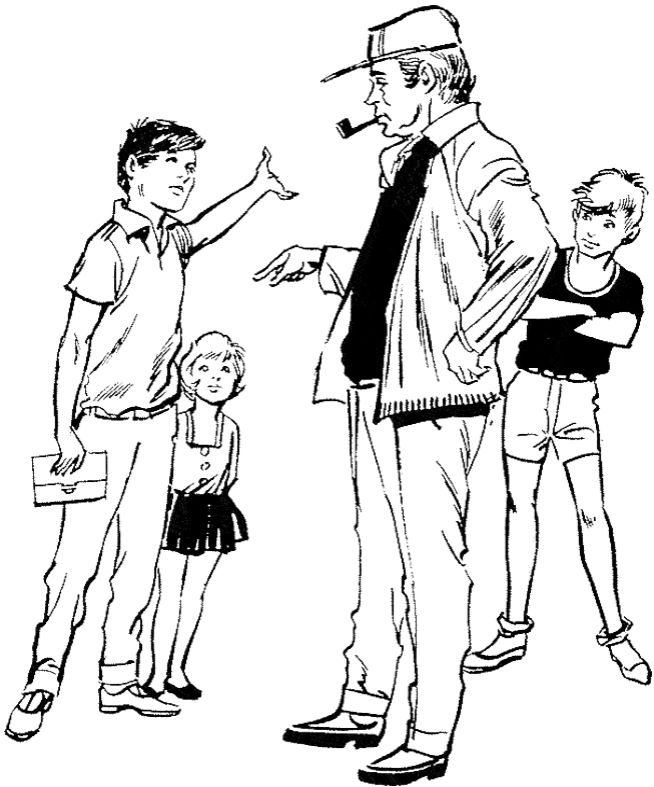
—¡Zambomba! ¡Tiene usted razón! —dijo Pete que, inmediatamente, hizo la descripción del mejicano bajo y moreno a quien había oído mencionar el nombre Hollister en el campo de pelota maya.

—Es él —exclamó el director—. Su

descripción se ajusta perfectamente con la de LaPoint.

—Y nosotros vamos a encargarnos de averiguar qué es, exactamente, lo que está ocurriendo —dijo tío Russ—. Gracias, señor Grattan.

Russ Hollister estrechó la mano del director, se guardó la cartera y dijo adiós.



—Señor Grattan, ¿podremos volver

mañana, para hacer investigaciones? — preguntó Pete.

—Será mejor que no, muchachos.

El director de la película dijo que daba aquella respuesta porque iban a utilizar serpientes vivas en las escenas siguientes.

—Y no quiero que nadie más vaya a resultar herido —concluyó, diciendo a todos adiós con la mano.

Al llegar a la hacienda, Russ Hollister y los dos chicos se encontraron con que la policía de la localidad estaba hablando con el director del hotel.

Cuando Russ Hollister dio su informe sobre la flecha y la

desaparición de su cartera, el oficial escuchó con atención.

—No cesamos de tener problemas con los ladrones —dijo, luego—. Primero, nos roban objetos de los templos, y ahora, el robo en el taller de artesanía y el de la cartera de usted. Lo lamento mucho, señor Hollister. Estaremos a la expectativa, por si podemos dar con ese señor Punto o LaPoint.

Después que se hubo marchado el policía, tío Russ sostuvo una conferencia con Balam, su mujer y su cuñada y los niños. Todos se reunieron en la habitación que él y tía Marge

ocupaban, Pete cerró la puerta con llave y el grupo habló en voz muy baja.

—Esto está resultando más peligroso de lo que yo pensara —dijo el tío—. Por fortuna, Pete tiene un duplicado del mapa, pero Matton tiene en su poder el mapa de mi cartera.

—Y, a estas horas, puede que ya lo hayan visto Punto y Vargas —le recordó Pam.

—Exacto —admitió el tío—. Lo que quiere decir que pronto se encontrarán sobre la pista, de no ser que ya estén abriéndose camino entre la jungla, hacia el Templo del Ídolo Risueño.

—Entonces, ¿cuándo saldremos

nosotros? —preguntó Pam, impaciente.

Balam tuvo algo que decir a eso:

—Me temo que el tiempo no va a ser bueno mañana. Sería mala cosa que nos encontrásemos con una tormenta en plena jungla.

—Entonces, ¿pasado mañana? —preguntó Pete.

Balam asintió.

—Yo estaré dispuesto. Saldremos todos, entonces. —El maya pidió a Pete su mapa, y explicó—: Lo estudiaré. Entonces el mapa se quedará aquí. —Balam señaló su cabeza con el dedo índice—. Balam podrá entonces llegar allí, aunque el mapa se pierda.

Cuando Pete le hubo entregado el mapa, el guía maya dijo adiós y se retiró a su habitación. Entonces, a Jean se le ocurrió preguntar a su padre:

—¿Y si el ladrón llegase al templo antes que nosotros?

—Balam dice que hay pocas posibilidades de que eso ocurra —replicó el dibujante—. La jungla es peligrosa y traidora, y él no conoce a ningún otro guía capaz de penetrar tan profundamente en ella, sobre todo ahora que está próxima la estación de las lluvias.

A todo esto, Pete adujo:

—Y suponiendo que esos ladrones

llegasen antes que nosotros, no podrían llevarse todo el contenido del templo en poco tiempo.

—Tienes razón —asintió Teddy, muy tranquilizado—. No había pensado en eso.

Pam propuso que, mientras continuasen allí, podían hacer indagaciones en Uxmal.

—A lo mejor podemos ayudar a Yotam, averiguando qué es lo que hace su hermano —opinó Holly.

Y Teddy declaró:

—Ese camión de gallinas es la clave de todo el misterio. Si Punto sigue conduciéndolo, y pudiéramos darle caza,

se resolvería todo.

A la señora Hollister y tía Marge les pareció una excelente idea.

—Pero dar caza a una persona tan escurridiza, sería toda una hazaña — declaró tía Marge.

Terminada la conferencia, los niños salieron a tomar el sol y a pasear junto a la piscina, hasta la hora de la cena. Luego, los chicos fueron a la oficina del director para estudiar el mapa de aquella área.

—Mirad —dijo Teddy, señalando con el índice sobre el mapa de pared—. Ésta es la única carretera buena de la zona. Punto y ese camión de gallinas

puede ser que vuelvan a pasar por aquí. A lo mejor averiguamos qué anda tramando.

—¿Cómo? —preguntó Ricky.

—Situando puestos de guardia en este camino —dijo Teddy—. Así podríamos seguirle.

Los chicos decidieron hacer guardia en turnos de una hora cada uno. Ricky hizo la primera guardia.

Pero era aburrido estar sentado junto a la verja, vigilando. Y todo lo que vio pasar fue un viejo caballo, que tiraba de una carreta en cuyo pescante iba un adormilado nativo. Tres niños mayas, que se sentaban detrás, dijeron adiós

con la mano al pecosó, mientras se alejaban.

Durante la guardia de Teddy llegó el crepúsculo, y Pete llegó a sustituirle cuando sobre la jungla empezaba a caer la completa oscuridad de la noche.

—En la próxima guardia, Ricky seguramente se quedaría dormido —dijo Teddy—. ¿Qué te parece si tú y yo, Pete, no nos acostamos esta noche y hacemos turnos de dos horas cada uno?

Pete estuvo de acuerdo.

Mientras su primo hablaba, en el pórtico, con el resto de la familia, Pete se sentó con la espalda apoyada en uno de los pilares de cemento de la verja,

para vigilar la carretera.

Aparecieron dos faros en la distancia y no tardó en pasar un coche, a toda velocidad. Pete volvió a reclinarsse en el pilar, en vista de que no había novedad importante, pero no había pasado mucho rato cuando un sonido familiar llegó a sus oídos.

¡El viejo camión se aproximaba!

Pete buscó la protección de unos arbustos y observó. Al acercarse a la hacienda, el conductor aumentó la velocidad y el vehículo pasó, traqueteante, con las habituales cestas y las cacareantes gallinas.

Pete echó a correr por el camino

hasta el pórtico.

—¡Tío Russ, de prisa! El camión de gallinas acaba de pasar. ¿Podríamos seguirlo?

Tío Russ se puso en pie de un salto.

—¡Vamos! Pero no cabéis todos. Sólo puedo llevar a cuatro.

—Los más mayores —dijo tía Marge, interviniendo.

—¡Qué mala pata! —murmuró Ricky, viendo a Pete, Pam, Teddy y Jean correr tras el tío Russ hasta el aparcamiento.

Los cinco montaron en el coche y pronto se encontraron devorando kilómetros por la carretera. El viento les

azotaba el rostro, mientras atisbaban ansiosamente le oscuridad, delante de ellos.

Al girar en una curva, vieron, en la distancia, una luz roja parpadeante.

—Si no sospecha de nosotros, ahora podremos ver a dónde va —dijo tío Russ.

Iban dejando atrás milla tras milla, bajo el susurro de los neumáticos del coche. El camión de gallinas continuaba sin detenerse, pasando veloz por los pequeños poblados y ante la oscura jungla.

Se acercaban a Mérida cuando, súbitamente, las luces del camión se

desviaron a la izquierda.

—¡Mirad! ¡Va hacia la orilla del agua! —dijo Russ Hollister.

Siguieron dejando atrás millas y millas. De pronto, el camión se desvió a la derecha de la carretera.

—¡Se marcha! —exclamó Teddy—. ¡Más de prisa, papá!

Tío Russ aceleró, hasta llegar al lugar en donde el camión se había desviado. Entonces redujo la marcha hasta quedar casi detenidos.

—No puedo ver ninguna carretera lateral —dijo, forzando la vista entre las sombras.

—¡Allí está! —exclamó Pam,

señalando una estrecha abertura entre los árboles.

—Debe de ser eso —asintió el dibujante.

Y condujo con mil precauciones, pues ramas y hojas rozaban continuamente el coche.

De pronto llegaron a una pequeña cala arenosa. Las olas lamían suavemente la orilla y la luna expandía su brillo sobre el Golfo de Méjico.

¡De súbito, como surgido de la nada, el haz luminoso de un proyector alcanzó al coche rojo y lo envolvió en un círculo de blanca luz!

EL TESORO DE LA JUNGLA



Cegados por el fuerte proyector, los Hollister tuvieron que llevarse las manos a la frente, a guisa de visera, para proporcionar sombra a sus ojos. Sólo veían a medias el grupo de hombres que había rodeado el coche.

—¡Somos de la policía! —dijo una áspera voz—. ¡Salgan!

El jefe gritó unas órdenes en español y el proyector quedó apartado.

Cuando sus ojos se fueron acostumbrado a la oscuridad, tío Russ y los cuatro niños pudieron ver que estaban rodeados por seis agentes de la policía.

—Son ustedes norteamericanos, ¿verdad? —preguntó el capitán, dirigiéndose a tío Russ.

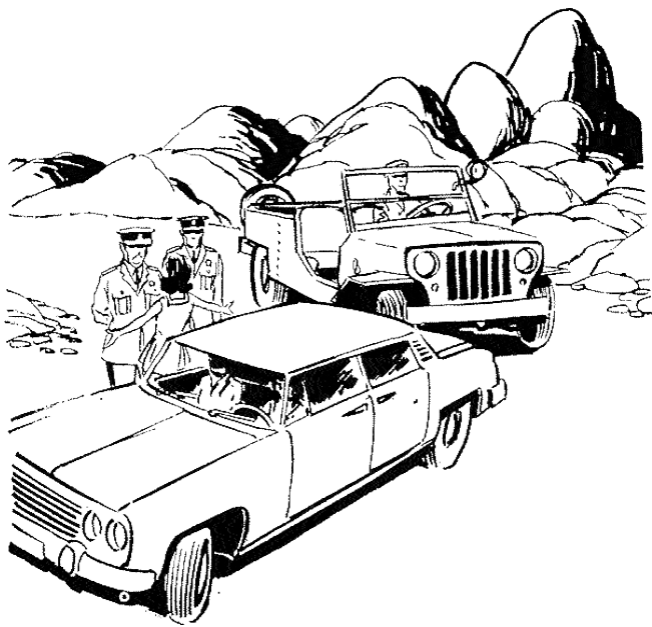
—Sí, pero... ¿Qué significa esto?

—¡Muéstrenos dónde lleva el contrabando! —dijo el jefe, con una nota de triunfo en la voz.

—¿El qué? —preguntó Pete.

—Ya saben... Las antigüedades. Los

objetos preciosos, sacados de los templos mayas.



Mientras el capitán hablaba, varios

de sus hombres empezaron a registrar el coche de los Hollister.

—Se equivocan ustedes —dijo Pam.

—Mejor sería que buscasen en el camión que ha pasado antes que nosotros —añadió Jean.

—¿Camión? —preguntó el oficial, frunciendo el ceño—. No hemos visto ninguno, pero es que no llevamos aquí más que unos minutos.

—Entonces, se les han escapado —dijo Pam—. ¿Por dónde han venido ustedes?

—A través de la jungla.

Los niños pudieron ver ahora un estrecho caminillo entre la arboleda.

Aparcado allí había un vehículo con un reflector lateral.

Mientras Russ Hollister sacaba la documentación de su bolsillo, para probar su identidad, los hombres que habían estado registrando el coche hablaron con el capitán, en español.

—Dicen que no llevan ustedes contrabando —notificó el capitán a los norteamericanos.

—Si algo hay que pueda considerarse contrabando, apuesto lo que sea a que se encuentra en el camión de las gallinas.

—¡Miren! —gritó Pam, señalando en las oscuras aguas del mar una luz

amarillenta que brillaba en el horizonte.

—¡Ajá! —exclamó el oficial—. Puede tratarse del barco que espera las mercancías robadas. Avisaré por radio a mis jefes.

El capitán echó a andar hacia el vehículo del proyector, pero no había dado ni tres pasos cuando, ante él, en el camino, se vio un resplandor, más allá de la curva.

Y de pronto en la oscuridad, brillaron dos faros semejantes a los fantásticos ojos de un monstruo.

—¡Es el camión de gallinas! —exclamó Pete.

A toda prisa, el policía bloqueó el

camino, pero el camión se desvió a un lado, y aumentó la velocidad.

—¡Cuidado! —advirtió Teddy—.

¡No piensan detenerse!

—¡Saltad! —gritó Pete.

Mayores y pequeños se apartaron de un salto, mientras el camión pasaba por su lado a toda velocidad. Pasó rozando el coche rojo y sufrió un encontronazo con el vehículo policial, antes de desaparecer carretera abajo.

Prorrumpiendo en comentarios incomprensibles para los Hollister, los policías corrieron hacia su coche, ansiosos de comunicar por radio con la central de policía. Los Hollister, muy

emocionados, les siguieron, para ver qué sucedía.

—Está rota. ¡Ese bandido ha roto nuestra radio! —masculló el capitán, sacudiendo los puños, enfurecido.

—¡Desde luego, es el hombre que nosotros sabemos! —declaró Teddy—. ¡Venid a ver esto!

Todos corrieron adonde estaba el muchachito, no lejos del coche rojo. En el suelo había varias cajas que se habían roto en la caída. Sólo una contenía gallinas; las otras dos estaban cargadas de objetos de piedra tallada. Entre ellos podía verse una cabeza del dios de la lluvia.

—Como imaginábamos —dijo el capitán—, alguien ha estado robando los templos y llevándose objetos hasta aquí cerca.

—¿Quiere usted decir que un barco viene a recogerlos? —preguntó Jean.

—Eso es lo que creemos —repuso el oficial.

Momentos más tarde, uno de sus hombres le llamaba, señalando algo que había descubierto.

Cincuenta pasos más allá se veía un saco lleno de objetos antiguos. En torno a él había esparcidas muchas patatas.

Pete hizo un chasquido con los dedos.

—¡Ahora ya sé lo que está ocurriendo! —dijo y explicó a los policías que sus hermanas habían visto, en la jungla, a unos chicos cargados con sacos—. Seguro que arriba iban las patatas, para disimular el contenido del fondo.

—¿Sabéis quiénes eran esos chicos y dónde viven? —preguntó el capitán.

Los primos respondieron que no.

—Pero podemos buscarles por la jungla —se ofreció Pete.

—A lo mejor Tomás podría ayudarnos, para que no nos perdamos —añadió Pam.

El jefe de policía dio las gracias a

Pete por su ofrecimiento y se disculpó con toda la familia, por haber pensado que eran ladrones.

Los cinco Hollister subieron al coche rojo y se encaminaron a Uxmal. Por el camino, Pete iba muy silencioso, reflexionando. Por fin, dijo:

—¿Y si luego resulta que Tomás está ayudando a los ladrones a llevarse los objetos antiguos?

—Pertenece a una familia tan buena... —objetó Pam—. Si hace eso, seguro que no se da cuenta de que está mal hecho.

Cuando llegaron a la hacienda, tía Marge y la señora Hollister les

aguardaban en el pórtico, muy preocupadas.

—¡Menuda noche hemos tenido! — exclamó Pete.

Y Teddy añadió:

—Por poco nos arrestan.

—Pero hemos estado a punto de atrapar a los ladrones —anunció Pam.

Entonces su tío se encargó de poner a las mujeres al corriente de todo lo sucedido.



Por la mañana, antes del desayuno, los niños mayores se ocuparon de contar a los pequeños cuanto les había

ocurrido. Al llegar al comedor se enteraron de que tío Russ ya había desayunado y salido con Balam para informar a las autoridades de su viaje a la jungla.

—Si saben en qué zona estaréis —explicó tía Marge—, podréis recibir ayuda, caso de necesitarla. Tío Russ llevará radio para ponerse en comunicación con la policía.

—¡Canastos! Eso me da escalofríos —declaró Ricky—. ¿Crees que algo puede salir mal, Pete?

—Estamos enfrentándonos con una banda de gente dura. Puede suceder cualquier cosa —dijo Pete, gravemente.

—Pete, lo mejor será ir a ver a Tomás en cuanto desayunemos — aconsejó Teddy, y luego, explicó a los demás las sospechas de Pete.

Con aquello, Holly quedó muy apurada.

—No es posible que Tomás esté haciendo nada malo — declaró.

—Eso es lo que deseamos todos — repuso Pam que, a continuación, dio a los chicos instrucciones para ir a la cabaña de los Rico.

—Yo quería proponer que las niñas pasaseis un día tranquilo en el taller de artesanía — dijo la señora Hollister, y tía Marge les informó de que la señora

Rico tenía una sorpresa para ellas.

Llevando a Sue de la mano, las niñas acudieron a la cabaña, donde el señor y la señora Rico estaban ocupados en pintar nuevas figurillas.

—Mamá ha dicho que tienen ustedes una sorpresa para nosotras —dijo Jean, mostrando sus graciosos hoyuelos al sonreír.

—Sí, sí —repuso, en español, la señora Rico y dejó su trabajo para sacar de debajo de un mostrador, una pieza de tela blanca—. Hoy haremos «hipils». Pam, Jean, ¿vosotras sabéis cortar patrones?

—Claro —contestó Jean—. Mamá

nos enseñó cuando éramos pequeñas.

—Sí. Lo menos hace un año — añadió Pam, echándose a reír.

Mientras las niñas Hollister se disponían a confeccionar los bonitos vestidos típicos, los tres chicos se encaminaron al poblado situado detrás de la hacienda.

En el patio de los Ricos encontraron a un muchacho que, provisto de una rama y un cuchillo, se ocupaba en hacerse un arco.

—Eres Tomás, ¿verdad? —le preguntó Pete, presentando a continuación a sus acompañantes y a sí mismo.

—¿Vas a salir de caza? —quiso saber Ricky.

—Cuando acabe de hacer el arco —respondió el chico maya.

Teddy comentó:

—Seguramente por aquí debéis de encontrar todos los animales salvajes imaginables.

—Muchos, sí —fue la respuesta.

Tomás explicó que en las profundidades de la selva habitaban ciervos, jabalíes y hasta jaguares.

—¿Y qué puedes decirnos de los contrabandistas? —preguntó Pete.

La pregunta dejó a Tomás atónito; el cuchillo se le cayó de las manos, aunque

se apresuró a recogerlo y a reanudar su trabajo.

Pete se acercó más y le dijo, con voz reposada:

—No vamos a acusarte de nada, ni mucho menos, pero tenemos idea de que en la jungla están ocurriendo cosas muy raras.

Tomás continuó recortando la madera con el cuchillo, mientras Pete y Teddy le contaban todo lo sucedido la noche anterior. Ni una sola vez el muchacho indio levantó los ojos de la madera en que estaba trabajando.

Por fin, Teddy dijo:

—Tomás, tu hermana está muy

preocupada porque piensa que puedes meterte en algún conflicto, cada vez que sales a los bosques.

—Yotam se equivoca —respondió el indio, levantando por fin la vista—. Yo no tengo problemas. Aunque conozco gente que tal vez los tenga.

—¿A quién te refieres? —preguntó Ricky, atacando directamente.

—A unos amigos míos —dijo Tomás—. Todos los días voy al bosque, a verles. Deberían dejar de hacer lo que hacen, pero tienen miedo. Siento lástima por ellos.

—A lo mejor nosotros podemos ayudarles —se ofreció Pete—. Si esos

chicos transportan mercancías desde los templos, alguien debe de pagarles para que lo hagan.

—Y éstos son los verdaderos delincuentes —añadió Teddy—. Tus amigos deberían decir a la policía quiénes son esas gentes.

—Es el mejor modo de salir de problemas —aseguró Pete.

Tomás no replicó. Continuó recortando la rama, para dar forma al arco.

—Llévanos adonde estén tus amigos, Tomás —pidió Pete—. ¿Quién sabe si nosotros podremos convencerles para que hablen?

En aquel momento, desde la cabaña se oyó una vocecilla que decía:

—¡Pete tiene razón!

Tomás se volvió en redondo, exclamando:

—¡Yotam! ¡Has estado escuchando!

—¡Sí! —respondió la hermana, armándose de valor—. Lo he oído todo. Y debes dejar que estos chicos te ayuden.

Tomás miró, uno por uno, los rostros de los Hollister. Al fin dijo:

—Muy bien. Iré a los bosques con vosotros. Intentaremos dar con mis amigos.

—Yo «tam hai» —decidió Yotam.

Esto hizo reír a los Hollister, pero el hermano de la niña replicó:

—No. Puede ser peligroso.

—¿Por qué no vas al taller de tus padres para ayudar a mis hermanas a hacer los vestidos? —sugirió Pete.

A Yotam se le iluminó la carita y marchó, alegremente, por el camino que llevaba a la hacienda.

Tomás hizo señas a Pete, Teddy y Ricky para que le siguieran a la jungla. Las copas de los árboles, tan espesas y unidas unas con otras, ocultaban casi por completo la luz del sol. Sólo los gritos de los pájaros de la selva y el zumbido de los insectos interrumpían el silencio

reinante.

Tomás fue abriendo paso para todos a través de matorrales y arbustos, hasta llegar a un sendero estrecho, pero bien definido. Allí se detuvo para escuchar.

—He oído algo —dijo.

—Yo no —declaró Ricky.

—¡Chist! —pidió Pete.

Los cuatro se detuvieron detrás de unos árboles y esperaron. Pocos minutos después, dos chicos aparecieron por el sendero, con unos sacos vacíos en sus manos.

Tomás salió a saludarles, pero cuando le siguieron los Hollister, los jóvenes mayas se mostraron asustados.

Tomás les habló rápidamente en el suave idioma de los mayas.

Los chicos movieron negativamente la cabeza, miraron a todos lados para cerciorarse de que nadie les veía, y luego corrieron camino abajo.

Tomás se volvió a sus compañeros y dijo:

—No merece la pena insistir. Les asusta acudir a la policía.

—¿Les has preguntado quién les contrata para que trasladen los objetos?

—inquirió Pete.

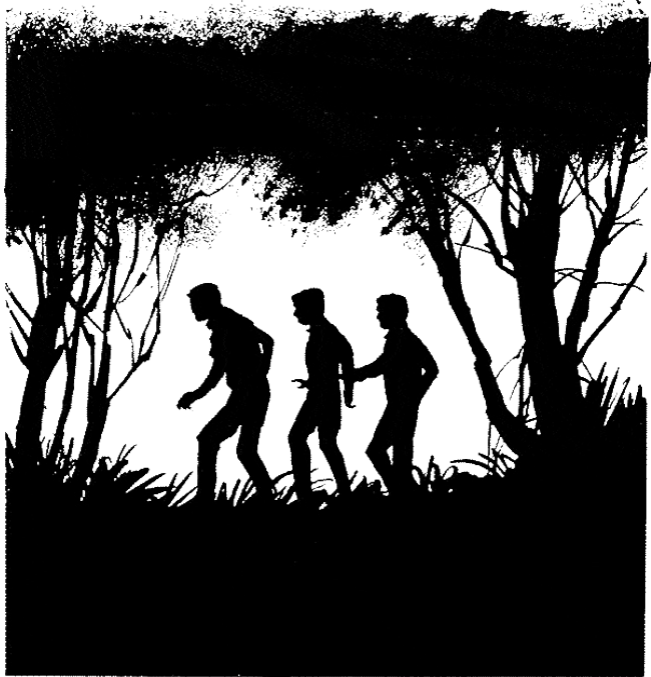
—Sí. Y no están dispuestos a decirlo.

—Entonces, podríamos seguirles

para ver a dónde van —propuso Pete.

Sigiloso como un jaguar al acecho, Tomás trotó por los senderos de la selva, seguido de Pete, Ricky y Teddy.

De vez en cuando se detenían para examinar el sendero, con la intención de asegurarse de que los chicos no seguían otra dirección.



Al cabo de un rato, los perseguidores llegaron a las viejas vías ferroviarias.

—¿Estamos cerca de la compañía cinematográfica? —preguntó Pete.

Tomás asintió y Teddy le dijo que el director les había advertido que no fuesen aquel día.

—Es verdad —recordó Ricky—. Van a filmar escenas peligrosas con serpientes.

Entonces fue cuando Tomás descubrió que sus dos amigos se habían desviado de aquel sendero. Buscando indicios de follaje separado o ajado, el muchacho maya se fue internando en la espesura.

—¿Nos hemos alejado mucho del escenario de filmación? —preguntó

Pete.

—Puede que un cuarto de milla —
dijo Tomás.

De repente, los cuatro chicos se detuvieron, mirando frente a sí una pequeña cabaña, enmascarada con habilidad mediante follaje de la selva.

Tomás hizo señas a sus compañeros para que se echasen al suelo. Luego, avanzando con manos y rodillas, como animales selváticos, se encaminaron a la cabaña.

—¡Mirad! —cuchicheó Pete,
señalando un trecho bajo un árbol, junto a la casucha.

¡Allí había una pila de sacos de

harpillera!

Pete estaba tan emocionado que fue él quien abrió la marcha y pasó junto a los sacos para llegar a la entrada de la cabaña. Con el corazón palpitante, se asomó al interior del refugio.

No había nadie allí. Pero sí pudo ver una fantástica figura: ¡La cabeza de un dios de la lluvia!

Y no era eso sólo. La cabaña estaba llena de ídolos y figurillas pertenecientes a los templos del Yucatán.

UNA GRAN MENTIRA



—¡Zambomba! —cuchicheó Pete—. Hemos descubierto el escondite de los ladrones.

—¡Vaya botín! —exclamó Ricky, admirativo.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Teddy—. No podemos llevárnoslo todo nosotros.

—Ni tenemos que hacerlo —opinó Pete—. Iremos a informar a la policía.

Cuando los cuatro chicos se alejaban de la cabaña, un extraño pájaro entonó su canto.

—Es el mismo sonido raro que oímos antes —observó Pete—. ¿Qué pájaro es, Tomás?

El indio se encogió de hombros y repuso:

—No lo sé.

Por la mente de Pete pasó la idea de que podía tratarse de una señal entre los ladrones.

—Vamos, chicos. Hay que darse prisa —dijo.



Cosa de una hora más tarde, los cuatro chicos regresaban a la jungla, acompañados de tío Russ, Balam y dos

policías.

Nerviosos y acalorados, los componentes del grupo se arrastraron, sigilosos, hacia la cabaña. Esta vez Pete notó que no se oía canto de pájaro alguno.

Por fin, uno de los policías salió de detrás de un árbol e hizo señas a los otros para que le siguieran. Llegó a la cabaña, miró dentro y, al instante, se volvió a los chicos, exclamando:

—¡Os habéis burlado de nosotros!

El otro oficial penetró en la cabaña, seguido de tío Russ. El lugar estaba vacío, si se exceptuaba la presencia de una iguana que salió veloz, para

perderse en la jungla, pasando por delante de los atónitos chicos.

—¡Pero..., pero, todo estaba aquí, hace un par de horas! —balbució Teddy—. ¡Palabra!

—¡Es verdad, canastos! —afirmó Ricky, mientras Tomás sacudía afirmativamente la cabeza.

—Los ladrones os habrán visto y se apresuraron a llevarse el botín de aquí, para que no existieran pruebas —opinó el tío Russ.

—Seguro que lo que oí era su señal —dijo Pete, antes de hablar del canto extraño de un ave.

Balam, que estaba buscando entre

los árboles, dijo, quedamente:

—He encontrado una pista.

Todos corrieron a donde el guía maya señalaba unas hierbas pisoteadas. En fila de a uno avanzaron por el apenas distinguible sendero y, diez minutos más tarde, llegaban a los terrenos en que se efectuaba la filmación.

—Caramba... ¡Hola, hola! —saludó Víctor Grattan, al ver que los visitantes cruzaban el claro, que se extendía delante del templo. Se acercó a ellos y añadió—: Si vienen a presenciar el rodaje, lo lamento, pero acabamos de terminar ahora mismo una escena.

—No veníamos por eso —repuso

Pete—. Seguimos la pista de los ladrones.

Después de hechas las presentaciones, los oficiales de policía contaron lo sucedido.

El director se mostró sorprendido.

—Hemos visto a dos hombres por el bosque. Cuando unos empleados míos se fijaron en ellos, los dos se alejaron, corriendo.

—¿Llevaban algo a la espalda? — preguntó Teddy.

—Sí. Unos sacos llenos de algo muy pesado. Ya he hablado antes de ellos — explicó, dirigiéndose a tío Russ—. Eran Punto y su amigo, el hombre alto y flaco.

Si vuelvo a verles, se lo comunicaré inmediatamente.

Russ Hollister le dio las gracias y el grupo se puso en marcha hacia la hacienda.

—Me gustaría saber qué han hecho Punto y Vargas con todo lo que escondían en la cabaña —declaró Teddy.

A lo que Pete opinó:

—Seguramente escondieron todo lo que no pudieron llevarse. Lo irán sacando luego, poco a poco.

Uno de los policías dijo que se efectuaría una intensa búsqueda de los dos hombres, así como de los objetos

desaparecidos.

—Empezaremos lo antes posible —
concluyó el policía.

Y su compañero dio las gracias a los niños por la ayuda prestada.

Cuando el grupo llegó al poblado, situado detrás de la hacienda, Tomás se quedó en su casa. Los hombres continuaron su camino; Pete, Teddy y Ricky se quedaron un rato con el indio.

—Gracias por haber venido con nosotros —le dijo Pete—. Y no te preocupes por tus amigos. Tengo la corazonada de que, dentro de poco, esos ladrones serán detenidos.

—Mañana salimos de viaje por la

jungla, de modo que no nos veremos en unos días —dijo Ricky.

Tomás les deseó buena suerte y les dio las gracias por su interés en ayudar a sus amigos. Todavía les seguía diciendo adiós con la mano cuando los Hollister corrieron a la hacienda.

Después de la comida, tío Russ y Balam convocaron a la familia, que se reunió en un trecho de sombra, junto a la piscina.

Allí, los hombres, a media voz, explicaron sus planes para el siguiente día.

Irían todos, menos Sue, su madre y tía Marge. Luego, tío Russ compró un

receptor-transmisor de radio, de bolsillo, y enseñó a los niños a utilizarlo.

—Confío en que no necesitéis usarlo —dijo tía Marge.

El dibujante sonrió, replicando:

—No te preocupes. Balam cuidará de nosotros.

El guía repuso que conocía muy bien la jungla, pero que el Templo del Ídolo Risueño se encontraba en un área tan intrincada que nunca la había explorado antes.

—Pero llegaremos allí, sin duda alguna —dijo, confiado.

La tormenta, que ya había sido

pronosticada, sobrevino con repentina furia y dejó caer el agua a toneladas en el bosque.

Mientras fuera soplabá desesperadamente el viento, los dos hombres y los chicos prepararon la impedimenta de viaje, al tiempo que las niñas, sentadas en el vestíbulo con sus madres, daban los últimos toques a los vestidos típicos.

—Es una pena que no tengamos tiempo de bordar los canesús —se lamentó Pam, que estaba cosiendo el vestido de Sue.

—Podremos hacerlo más adelante —opinó Holly.

—Y quizá tía Marge y yo podamos empezar esos bordados —ofreció la señora Hollister.

—Yo también «brodaré» —afirmó Sue.

Tía Marge dio a su sobrina pequeña un cariñoso pellizco, al tiempo que decía:

—Eso es. ¡Tú nos ayudarás! Así nosotras tendremos algo que hacer mientras los demás buscan el templo perdido.

A la siguiente mañana, después del desayuno, los niños se presentaron, como soldados, en la habitación de tío Russ.

Cada uno llevaba una pequeña brújula y una mochila con provisiones para varios días. A Pete se le confió el radio. Los hombres se encargarían de transportar las tiendas de campaña, útiles de cocina, el pulverizador contra insectos y las linternas. Además, todos llevarían gruesas y sólidas cuerdas sujetas a la cintura.

En el último momento, Pam dijo:

—Aquí tenemos algo más —y entregó a cada niño un poco de papel y un lápiz—. Por si necesitamos usar nuestra clave secreta.

Con muchos besos y abrazos, los niños se despidieron de Sue y de las

madres. Luego se pusieron en marcha, en fila india, y desaparecieron en la jungla.

Balam marchaba delante, seguido de tío Russ. Al cabo de unos minutos, Ricky se aproximó a Balam, para pedir:

—¿Puedo ser yo quien abra la marcha, durante un rato?

—De acuerdo. Sigue curso sudoeste.

El pelirrojo, con Pete y Teddy a sus talones, iba abriéndose paso por el follaje, hasta que resultó demasiado denso para atravesarlo.

—¡No se puede seguir adelante! — anunció el pequeño, muy apurado.

Balam se echó a reír y sacó el machete de su cinto.

¡Chas! ¡Zas!

Las verdes enredaderas y frondosas ramas de palmera cayeron a tierra, y los excursionistas pudieron proseguir su camino, adentrándose en la húmeda y oscura jungla.

Pete y Ricky se encargaron de mantener la ruta adecuada y tío Russ ayudó con su machete a despejar el avance. Pam y Jean se turnaban para llevar a Holly de la mano. Todos miraban a su alrededor, con inquietud, por si surgían animales salvajes. Nada podían ver, pero los rumores extraños y los misteriosos cantos de los pájaros eran prueba suficiente de que el bosque

estaba lleno de animales salvajes.

Los viajeros siguieron su avance a paso regular. Todos habían dejado de sentirse bromistas. Hasta el travieso Ricky se mostraba muy grave.

—¡Canastos! Es igual que si caminásemos por un túnel verde.

El denso follaje quedaba interrumpido, de vez en cuando por reducidos claros de roca esponjosa. Al llegar a uno de aquellos trechos, al mediodía, Balam se detuvo, diciendo:

—Descansaremos y comeremos.

Todos se quitaron las mochilas de las húmedas espaldas y los niños se echaron al suelo.

—¡Qué viaje tan cansado! —
comentó Pam—. ¿Estás bien, Holly?

—Sí, pero tengo las piernas demasiado cortas. Quisiera ser tan mayor como Jean y tú.

Los niños comieron en silencio, sin cesar de dirigir miradas a los árboles que les circundaban.

Una especie de ronquido les sobresaltó a todos.

—Es un jabalí —explicó Balam—. Se alejará; no teman.



Cuando acabaron de comer, las niñas desperdigaron unas migas de los bocadillos, para que las aprovecharan los pájaros silvestres. Luego, cada uno

se ajustó su mochila y reanudaron la marcha.

Ricky y Holly iban en la cola.

¡Zas! ¡Chas!

Sonaban repetidamente los golpes de machete, mientras el grupo proseguía su avance. No llevaban andando más de cinco minutos, cuando Holly, de pronto, dejó escapar un grito escalofriante.

Balam giró en redondo y corrió a donde la niña se encontraba al parecer paralizada de terror. Tío Russ corrió detrás.

—¡M... mi... mirad! —tartamudeó Holly, señalando un árbol, en el que se hallaba enroscada una gran boa que, en

aquel momento, empezó a deslizarse al suelo.

Jean, como pudo, ahogó un grito, y Ricky retrocedió del árbol.

—No tengáis miedo —dijo Balam—. La boa no os morderá. No es venenosa.

—Gracias a Dios —murmuró Pam, suspirando.

—¡Zambomba! ¡Vaya susto! Veréis cuando lo sepan los chicos de Shoreham —dijo Pete.

En silencio, la serpiente reptó por la densa jungla, hasta que desapareció.

Durante el resto de la tarde llegaron a oídos de los Hollister diversos

crujidos y cantos de pájaros pero estaban todos demasiado cansados para pararse a prestar atención a nada de todo aquello.

Durante un rato, tío Russ llevó a Holly montada en sus hombros. Encaramada en la mochila de su tío, la pequeña llegaba a tocar muchas de las ramas de los árboles.

—¡Canastos! Ese templo debe de estar a millones de millas de aquí — comentó Ricky.

—¿Te cansas? —le preguntó su tío.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Claro que no! — repuso el pecoso, muy digno.

La jungla se tornó oscura mucho

antes de que el sol se hubiera puesto, y Balam no tardó en detenerse para seleccionar el sitio en que convendría acampar.

—Hemos hecho un largo trayecto — dijo—. El templo perdido no debe estar ya muy lejos de aquí. Posiblemente lo localizaremos por la mañana.

Fue preciso abrir, con los machetes, un claro en la espesura, para empezar a colocar las tiendas. Ricky y Holly ayudaron a hundir los clavos de sujeción en la tierra y, media hora más tarde, el lugar parecía un pequeño campamento.

Pete y Teddy encendieron una hoguera en la que calentaron el sabroso

estofado en lata.

En cuanto acabaron la cena, Ricky, Holly, Jean y Pam se deslizaron dentro de sus ligeros sacos de dormir y pronto quedaron dormidos, dentro de las tiendas de campaña.

En cambio, Pete y Teddy estaban muy nerviosos y excitados.

—¿No podríamos avanzar otro poco, para echar un vistazo? —preguntó Pete.

Como tío Russ se mostraba indeciso, Balam fue quien repuso:

—Sí, pero yo os seguiré a cierta distancia. Si os metéis en problemas, gritáis y acudiré —concluyó, sonriendo.

Los chicos se pusieron en marcha,

valiéndose de las linternas para iluminar su camino entre el espeso follaje. Consultando las brújulas, llegaron a un extenso valle. Allí, las copas de los árboles ofrecían un aspecto fantasmagórico a la luz de la luna.

A lo lejos, en el otro extremo del valle, parpadeó una luz.

—¡Mira eso! —dijo Teddy—. ¿Qué supones que es, Pete?

—Alguien que está acampando, igual que nosotros.

—¿Tú crees que son los ladrones, que intentan encontrar el templo perdido? —preguntó Teddy, emocionadísimo.

—Podría ser. Volvamos en seguida, para decírselo a Balam y a tío Russ.

Se encontraron con los mayores por el camino y les dieron la noticia. Los dos hombres quedaron muy preocupados.

—De noche no podemos aproximarnos al templo —dijo Balam—. Hay que esperar a que salga el sol.

—Pe... pero..., ¿qué hacemos si nos encontramos con esos hombres? —preguntó Teddy.

—Solucionaremos las cosas sobre la marcha —repuso su padre.

—De ahora en adelante tendré la radio siempre a mano —resolvió Pete

—. Dormiré con ella junto a la almohada.

Los dos chicos se instalaron en sus sacos de dormir, preguntándose qué novedades les tendría reservadas el día siguiente.

Pete se quedó dormido pensando en el templo perdido, y la última cosa que creyó advertir fue la lejana llamada de un pájaro.

A la mañana siguiente, la voz de tío Russ sonó clara y profunda:

—¡Todo el mundo arriba! ¡Hay que desayunar!

Desde las tiendas de campaña asomaron las caritas adormiladas de

todos los excursionistas. De todos, menos de Pete.

—¡Vamos, hombre! ¡Sal! —dijo Teddy, metiéndose en la minúscula tienda de su primo. Pero un momento después gritaba, asustado—: ¡Pete! ¿Dónde estás?... ¡Venid todos! ¡Pete ha desaparecido!

El campamento sufrió una conmoción. Todos llamaron a voces y buscaron, pero no hallaron el menor rastro del desaparecido chico. Teddy rebuscó en el equipo de Pete y salió de la tienda con un papel en la mano.

—¡Papá, mira! ¡He encontrado esta nota en su saco de noche!

Tío Russ leyó en voz alta las palabras escritas a lápiz:

—«He vuelto a la hacienda. Nos encontraremos allí. Pete».

—¡No lo creo! —declaró, al momento, Pam—. Mi hermano no haría eso. Además, la letra de Pete es diferente.

—¡Esa nota es falsa! —decidió Ricky.

—¿Has oído algo durante la noche? —preguntó Russ Hollister a su hijo.

—Nada. Y otra cosa, papá. La radio también ha desaparecido.

Pam exclamó, angustiada:

—¡Han secuestrado a Pete!

Y Holly, echándose a llorar, dijo:

—Puede que se lo haya comido la boa.

Mientras Balam tranquilizaba a la pequeña, Jean declaró:

—¡Deben de haberlo hecho los hombres del otro campamento! ¡Vamos a perseguirles ahora mismo!

Con las caras muy largas y entristecidas, los niños corrieron a desayunar. Balam dio una vuelta por los alrededores de su propio campamento, y encontró huellas, indudablemente dejadas por los secuestradores. El camino corría paralelo al trayecto hecho por los chicos la noche anterior, cuando

vieron la luz parpadeante.

A toda prisa, los acampadores recogieron sus pertenencias y siguieron a Balam por el sendero, apenas visible. Las huellas llevaban al valle y allí parecían concluir.

—He perdido la pista —tuvo que admitir Balam.

Se sentó en cuclillas y se frotó la frente, como si estuviera pensando profundamente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el tío Russ.

Teddy propuso:

—Vayamos hasta el lugar en donde Pete y yo vimos brillar la luz. Apuesto

algo a que los secuestradores se lo han llevado allí.

—Buena idea —admitió Balam.

Y todos reemprendieron la marcha. Era ya mediodía cuando llegaron al otro extremo del valle. Allí se detuvieron para tomar una comida rápida, consistente en panecillos, queso y fruta.

—Estamos cerca del lugar donde brilló esa luz —dijo Balam, cuando volvían a ponerse en marcha.

—Que todo el mundo guarde silencio, ahora —advirtió tío Russ.

De súbito, Balam se detuvo y levantó una mano. Desde la lejanía llegaba rumor de voces.

El guía cuchicheó:

—El mapa muestra que el templo está ahí, en frente. ¡Alguien lo ha descubierto ya!

—¡Yo lucharé con ellos! —bisbiseó Ricky, apretando los puños.

—¡Y yo pienso morderles! —pronosticó Holly.

—Calma, calma —pidió tío Russ—. Ahora mucho silencio y veamos qué nos espera.

Sin hacer ruido, el grupo avanzó entre el follaje, rompiendo con las manos las ramas que constituían un impedimento.

Las voces fueron resultando más

sonoras. Alguien gritaba órdenes y el aire estaba invadido por los continuos golpes de machete.

De improvviso, los Hollister salieron a un claro.

Por lo menos eran veinte los hombres que empuñaban machetes, para derribar la vegetación que tapaba los laterales de una vieja pirámide.

Dándoles sonoras órdenes estaba...
¡Víctor Grattan!

Los hombres estaban tan ocupados que no se fijaron en Balam. Tío Russ y los niños quedaron con la boca abierta ante el extraño espectáculo. Pam buscó con la vista a Pete. Pero su hermano no

estaba allí.

Los obreros derribaron entonces un gran arbusto. Cuando el vegetal cayó a tierra, los hombres prorrumpieron en gritos de entusiasmo.

¡Allí estaba el Ídolo Risueño!

Se encontraba medio cubierto de musgos y muy maltratado por las condiciones atmosféricas, pero seguía sonriendo.

Detrás, el templo perdido se levantaba verdoso e imponente. Crecían hierbas y plantas por todos sus resquicios. La parte más alta de la pirámide se había desmoronado a ambos lados y los escombros se hallaban casi

ocultos por la exuberante jungla.

Balam y tío Russ penetraron a la carrera en el claro, seguido por los niños.

—¿Qué sucede aquí, señor Grattan?
—preguntó Russ Hollister, con voz firme.

El interrogado no pareció demasiado sorprendido por la aparición de los visitantes.

—Ah, hola —dijo—. Hemos encontrado un templo nuevo y mejor para nuestra película. Es muy antiguo.

—Ya lo creo —intervino Alexis Regente, que estaba cerca—. Este templo es una joya.

—¡Nosotros debíamos haberlo encontrado primero! —dijo Holly, indignada.

—Es verdad —concordó Pam—. Y ¿dónde está Pete?

—Un momento, por favor, —pidió Grattan, sonriendo—. Hablad de una en una. Creo que no os he comprendido.

—¿Cómo encontró usted este templo? —preguntó Balam.

Grattan replicó que un nativo le había revelado la posición de la pirámide.

—Otra cosa —dijo Russ Hollister—. Mi sobrino Pete fue secuestrado anoche. ¿Sabe usted algo de eso?

—¿Cómo?... ¿Se refiere a ese chico alto, tan simpático? ¡Oh! Lamento mucho que haya ocurrido eso.

—Nosotros no le hemos visto —se apresuró a decir Regente.

—No creo nada de lo que dicen, tío Russ —dijo Pam en voz baja.

—Ni yo —contestó su tío.

Procurando disimular sus sospechas, tío Russ, Balam y los niños caminaron lentamente hacia las ruinas. Con gran sorpresa, tras el templo descubrieron una edificación de piedra, alargada y de poca altura.

—Aquí debió de existir un gran poblado —dijo Balam. Y añadió que

aquel edificio probablemente habría sido la residencia de algunos oficiales mayas.

—¡Y mirad! ¡Otra vez una gran serpiente! —dijo Pam, señalando un áspid grabado en una gran piedra, en un extremo del ruinoso edificio.

—Es una boa —dijo Holly, mientras ella y Ricky se acercaban a contemplar el grabado.

¡De repente vieron caer a sus pies un objeto pequeño, blanco!

Ricky se agachó a recogerlo.

—Es una piedra con un papel atado a su alrededor.



—Y tiene algo escrito —observó
Holly.

Ricky, arrugando la naricilla,

exclamó:

—¡Canastos! ¡Cuántos números!

Holly casi desorbitó los ojos.

—¡Es nuestra clave! ¡Tiene que ser una nota de Pete!

Inmediatamente mostró la nota a Pam, que se la pasó a Teddy y Jean.

Los niños se ocultaron tras unas palmeras y empezaron a descifrar la nota, que decía:

3 1 2 4 2 1 1 1 1 2 1 2 2

5 2 8 8 1 15 6 16 7 7 15 8 3

1 1 1 1 2 1 2 2 1 1 1 1 2

15 6 11 2 2 15 7 12 2 7 2 11

4 1 2
8 2 16

Usando su clave de los meses mayas, Pam fue descifrando el mensaje, letra por letra.

HOMBLEZ CINE MALOZ
EZTOY EN HOIO TLAZ BOA

—¡Ya comprendo! —exclamó Jean, muy emocionada—. Ha tenido que

escribirlo así porque le faltan algunas letras.

—Pero se entiende que quiere decir: «Hombres cine malos; estoy en hoyo tras boa».

Pam contempló el edificio de piedra y sus ojos se posaron en la boa allí esculpida.

Su hermano estaba cautivo allí, en manos de las gentes de la compañía cinematográfica. ¡Se encontraba prisionero en algún agujero detrás de la serpiente!

EL SECRETO DEL ÍDOLO



Los primos salieron de su escondite para ir en busca de tío Russ y Balam, que hablaban a media voz, junto a un extremo de la pirámide.

—¡Pete está aquí! —cuchicheó Ricky, señalando el edificio de poca altura.

Los dos hombres quedaron atónitos,

al enterarse de la novedad, y Balam advirtió a todos que no se mostrasen nerviosos.

—Debemos comportarnos como si nada supiéramos —cuchicheó tío Russ—. Ahora, escuchadme...

Empezó a dar órdenes rápidamente, Holly y Jean volverían a la hacienda para pedir ayuda.

—Los demás nos comportaremos como si también fuésemos a marcharnos. Pero, una vez en la jungla, Pam, Teddy, Ricky y yo daremos la vuelta para venir a buscar a Pete.

Abriéndose paso entre los obreros, los Hollister se aproximaron a Grattan.

—Bien. Parece ser que Pete no está aquí —dijo tío Russ—. Lo mejor será que nosotros volvamos a la hacienda. Y mil felicitaciones por su hallazgo. Comprendo que ahora su película resultará mucho mejor.

—Confío en que encuentren pronto a Pete —repuso el director—. Si podemos serles útiles, no dejen de decírnoslo.

Después de despedirse, el grupo se internó en la selva. Una vez ocultos entre la arboleda, Balam y las dos niñas se despidieron y marcharon, apresuradamente, en busca de la policía.

—Con helicóptero, desde Mérida, pueden estar aquí mañana temprano —

calculó tío Russ.

Con mucha precaución, para no hacer ruidos, él y los tres niños restantes echaron a andar en fila india. Avanzaron en círculo, en torno al claro, hasta llegar al ruinoso edificio bajo y ancho de atrás.

Los Hollister se detuvieron al borde de la espesura y vieron al grupo cinematográfico librando de matojos y viejos árboles retorcidos el Templo del Ídolo Risueño. Todos estaban demasiado ocupados para reparar en el grupo que llegaba al rescate de Pete.

Cuando estuvieron al pie de la boa esculpida, Pam dijo en voz muy baja:

—¿Cómo entraremos?

—Hay una escalerilla que lleva al tejado —señaló Teddy—. Probemos por allí.

Con lentitud y precaución subieron los cuatro los viejos escalones.

Tío Russ llegó arriba el primero, se tendió sobre el tejado y miró abajo. Los obreros no se habían apercibido de nada. El dibujante llamó, por señas, a los niños. Ellos se arrastraron sobre codos y rodillas hacia un orificio cuadrado en el techo, que coincidía en línea recta con la boa esculpida. Junto a la abertura había una gran losa.

Muy nerviosa, Pam se adelantó a su tío y llegó la primera.

Asomó la cabeza por el negro orificio y cuchicheó:

—Pete, ¿estás ahí?

Silencio. Pam repitió la llamada, esta vez en voz algo más sonora.

—Sí. Estoy aquí —repuso la voz de su hermano.

Con el corazón palpitante, Pam transmitió el mensaje a su tío.

—Nosotros le rescataremos —dijo el tío Russ.

Sacó la sólida cuerda de su cinto y la ató bien a la losa. Mientras lo hacía se oyó el canto de un ave en los bosques; pero, aparte de eso, todo estaba silencioso en las viejas ruinas.

A lo lejos, los Hollister pudieron oír las ásperas órdenes que daba Grattan a sus hombres, frente al templo.

—Yo bajaré contigo —dijo Pam.

—Bajaremos todos —repuso el tío—. No es prudente que ninguno quede a la vista.

Probó el nudo y dejó caer la cuerda por la abertura. Uno a uno los viajeros se fueron deslizando por la cuerda.

—¡Pete! —exclamó Pam, abrazando a su hermano—. ¿Fue Grattan quien te secuestró?

—No. Dos de sus empleados nativos. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Eso no importa ahora —
cuchicheó, impaciente, tío Russ—.
Vamos a subir todos, de prisa.

Pero, mientras hablaba, la cuerda cayó flácida, a sus pies. Casi al mismo tiempo, un ruidillo les dejó a todos perplejos. Cuando levantaron la cabeza, vieron que la losa estaba siendo arrastrada para cubrir el orificio del tejado. Sonó una risa diabólica y, un momento después, se hacía la oscuridad y el silencio.

Teddy masculló:

—¡Debí imaginarlo! Ese canto de pájaro... ¡Era su señal de advertencia!

—Alguien ha debido de vernos —

dijo tío Russ.

—¡Canastos! Ahora estamos todos prisioneros —se lamentó Ricky—. ¿Cómo saldremos de aquí?

Todos miraron a su alrededor. Había una especie de umbral de poca altura, que daba paso a otra cámara.

Un solo resquicio, en la pared de piedra, daba paso a un poco de claridad.

—Por aquí dejé caer la nota, al oír vuestras voces —explicó Pete.

—¿Por qué no gritaste? —preguntó Teddy.

—Tuve miedo de que la banda me oyese y os capturase a todos.

—¿Qué hay en la estancia

inmediata? —preguntó tío Russ.

—Nada. Ni ventanas ni salida.

—¿Y qué harán con nosotros? —
preguntó Pam.

Y miró por la grieta de la pared. Estaba oscureciendo y las voces de Grattan y sus hombres fueron apagándose.

—No creo que hagan nada hasta mañana..., si es que hacen algo entonces —opinó tío Russ, lúgubrementemente—. Nuestra única esperanza estriba en Balam y la policía.

Los prisioneros estuvieron hablando hasta que se hizo de noche. Entonces se acomodaron lo mejor posible sobre el

polvoriento suelo y quedaron dormidos. Ricky fue el primero en despertar. Miró a su alrededor y vio un rayo de luz que, tras filtrarse por la grieta de la pared, iba a parar a un montón de arena, en una esquina. La arena, algo removida, formaba una especie de cráter. Ricky supo, en seguida de qué se trataba.



—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Una hormiga guerrera!

Mientras los demás se desperezaban,

Ricky se arrodilló en el suelo para observar al insecto.

—¡Vaya! Se ha escondido —protestó el pecoso, y con la mano apartó la arena, queriendo dejar al insecto al descubierto.

Sus dedos tocaron unas muescas en el suelo.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

Los demás acudieron a mirar y, a la luz del sol que se filtraba por la ranura, Ricky descubrió una cara de piedra, similar a la del Ídolo Risueño.

Pero aquel rostro era algo diferente. La boca, abierta en una sonrisa, era más grande, más profunda. Ricky introdujo la

mano y encontró unas muescas en las que encajaban cuatro de sus dedos. Intentó levantar hacia arriba la escultura, pero la piedra era demasiado pesada para él. Entonces su tío se inclinó, introdujo una mano en la gran boca de piedra y empujó.

¡El rostro del segundo ídolo Risueño emitió un crujido y una losa próxima se levantó!

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¿No veis eso? ¡Es un pasadizo secreto!

Abajo había unos estrechos peldaños de piedra que conducían a algún lugar, sumido en la oscuridad.

—Puede que tu descubrimiento nos

saque de aquí —dijo tío Russ, jubiloso, dirigiéndose a Ricky.

Sujetándose a la húmeda pared, lateral a los peldaños, Russ Hollister encendió la linterna y abrió la marcha. Detrás iba Ricky, seguido de Pam y Teddy. Pete cerraba el cortejo. La larga escalera acababa dando paso a un túnel. El lugar era frío y húmedo. Desde la techumbre rezumaba agua, que iba cayendo sobre las cabezas de los investigadores. Tío Russ se detuvo y habló a los niños en un ronco cuchicheo:

—Esto parece llevar al viejo templo.

—¡Claro! Será un pasadizo secreto

para los antiguos sacerdotes mayas —
razonó Ricky.

—Me alegro de que pensasen en eso
—dijo Pam.

—¡Chist! No habléis tan alto —
advirtió el tío.

Caminaron en silencio hasta que la
linterna del tío Russ iluminó una puerta
de piedra.

—¡Mirad! ¡Una salida!

Empujando todos a un tiempo,
lograron abrir. El haz de la linterna
iluminó una estancia en la que
centelleaban cientos de gemas. Sobre
mesas de piedra se veían fuentes y
vasijas de oro. En grandes tinas de

bronce había collares y sortijas de jade.

Tío Russ contuvo el aliento.

—¡Menudo descubrimiento! ¡Si Skeets pudiera verlo!...

—¡Zambomba! ¡Lo mejor será salir de aquí y advertir a las autoridades, antes de que Grattan y su banda encuentren este tesoro! —opinó Pete.

A un lado de aquella estancia había otro tramo de escaleras. Los Hollister salieron con todo sigilo de la cámara del tesoro para encontrarse en una segunda y enorme estancia de piedra. En el extremo opuesto, una puerta revelaba un pasadizo ligeramente iluminado por la luz del exterior.

—Debemos de estar a nivel del suelo —opinó Pete.

—En tal caso, nos detendremos aquí. De lo contrario, podríamos tropezar con los hombres de Grattan —dijo tío Russ.

—No se oye nada —observó Teddy.

Todos contuvieron la respiración y escucharon atentamente. No se oía nada.

—Puede que se hayan marchado —dijo Ricky, esperanzado.

—No lo creo —repuso Pete—. Están buscando el tesoro. Puede que hayan descubierto que nos hemos ido de aquella cámara y nos estén siguiendo la pista.

—¡Quietos donde están! —ordenó la

voz de Grattan, que arrancó ecos en toda la estancia y recorrió de helados escalofríos la espalda de todos.

Al girar sobre sus talones, Pete vio que con Grattan iban otros tres hombres. Uno era Regente. Los otros dos, Punto y su amigo Vargas.

—¡Corred! —ordenó tío Russ.

Y los niños emprendieron una carrera por el pasadizo.

—¡Detenedles! —ordenó Punto.

Pero los Hollister habían llegado a la salida y se encontraron en el exterior, seguidos de cerca por los cuatro hombres.

¡Fuera, otro grupo de hombres les

aguardaba! ¡Todos iban uniformados!

—¡La policía! —exclamó, jubilosa,
Pam.

—¡La policía! —aulló, asimismo,
Grattan—. ¡Salgamos de aquí!

Pero era ya demasiado tarde. Los cuatro ladrones fueron esposados y el resto de la banda quedó rodeada en la cámara del tesoro, bajo el templo. Los oficiales se encargaron de esposarles a todos y hacerles salir a la luz.

Una vez reunidos todos los delincuentes, Balam, llevando de la mano a Holly y a Jean, acudió a saludar a los Hollister.

—¿Cómo habéis conseguido ayuda

tan de prisa? —preguntó tío Russ, que casi no podía creer en la rápida captura que habían logrado.

—Encontramos a la policía por el camino —repuso el guía indio—. ¿No recuerda? Dijeron que investigarían por toda la zona.

Mientras la policía interrogaba a los prisioneros, pidiéndoles sus nombres y examinando sus pasaportes, fue quedando en claro una extraña historia. El grupo que se hacía pasar por una compañía cinematográfica era, en realidad, una banda de buscadores de tesoros, dedicada entonces a robar las pirámides.

—Todo eso de que filmaban películas es falso —dijo el jefe de policía—. ¡Este Grattan es tan director cinematográfico como puede serlo una hormiga!

Más interrogatorios a los prisioneros revelaron que se habían valido de inocentes muchachos para transportar el botín, desde los templos, a la cabaña de almacenaje. Desde allí, todo era llevado en un camión, dedicado en apariencia al transporte de gallinas, hasta la playa, donde el botín se cargaba en un barco.

—¡Y pensar que Grattan y Regente nos engañaron por completo! —comentó

Pam.

—Y no sólo eso —añadió Pete—, sino que Punto y Vargas estaban de acuerdo con ellos.

—Vargas y Águila eran la misma persona —les informó tío Russ—. ¡Hay que ver! ¡Menuda historia para dibujar un relato de aventuras!

Águila estaba huraño y ceñudo. Admitió que Grattan le había enviado a Los Ángeles para robar a Skeets el mapa del templo. Águila les había oído cuando tío Russ recibía instrucciones del arqueólogo. Luego siguió la pista del dibujante hasta el aeropuerto de Shoreham y robó la fotografía del Ídolo

Risueño.

—¿De dónde sacó la serpiente que dejó suelta en el avión? —preguntó Ricky.

—La llevé desde Yucatán —replicó Águila, con una desagradable sonrisa—. Hay mucha gente a quien le asustan las serpientes, de modo que pensé que podía resultar útil.

Balam miró a los detenidos y preguntó:

—¿De dónde procede Punto?

—De Ciudad de Méjico —repuso uno de los policías—. Ya hemos pedido informes de él.

Inesperadamente para todos, Regente

dijo:

—No se preocupen por mí. Lo diré todo.

En un verdadero torrente de palabras, explicó que la banda había intentado apoderarse del mapa que indicaba la situación del templo. Luego hicieron lo posible por impedir que los Hollister dieran con el lugar.

—Por eso secuestramos al chico: Para hacerles regresar a la hacienda, mientras nosotros robábamos el templo.

Pete dijo, entonces:

—Me gustaría que me devolviesen el radiotransmisor y la linterna.

Arrugando el entrecejo, Águila sacó

ambas cosas de sus bolsillos. Al hacerlo, un objeto pequeño se le cayó al suelo. Ricky se precipitó sobre ello, gritando:

—¡El anillo que pesqué en el cenote!

Grattan se puso rojo de ira.

—¡Este Águila! ¡No hay nada que no robe!

—¡Miren quién habla! —masculló Águila.

—Desde luego, fue Águila el primero en irrumpir en casa de Skeets —dijo tío Russ.

—Y en nuestra casa —recordó Holly—. Tendrá que regalarte una maleta nueva, tío Russ.

Mientras los detenidos discutían entre sí, la policía bajó a examinar la cámara del tesoro de la vieja pirámide. Al poco volvieron al exterior, sonriendo.

—Todo eso irá a nuestro museo de Ciudad de Méjico. ¡Son tesoros hermosos y muy bien conservados!

—Tenga. Aquí está el anillo —dijo Ricky ofreciendo el objeto al oficial.

En aquel momento, el zumbido de un helicóptero interrumpió el silencio de la jungla.

—¡Mirad! —dijo Pam.

Con las ropas y los cabellos azotados por el viento que el aparato

desplazaba, los Hollister observaron como el helicóptero descendía en un claro que los ladrones habían abierto en plena jungla.

—El helicóptero viene de Mérida, tal como yo pedí —dijo el capitán de policía—. Se llevará a los Hollister a Uxmal. Nosotros llevaremos a los prisioneros a pie, por la jungla.

Aquella noche se dio en la hacienda una fiesta, para celebrar el regreso de los héroes. El comedor estaba adornado con flores de alegres colores, y se sirvió pastel con frutas.

Mientras los emocionados huéspedes felicitaban a los niños, Tomás

y Yotam permanecían silenciosos, con los ojos brillantes.

—¡Ahora, todos en silencio, por favor! —pidió el señor Cortez—. Queremos dar las gracias a los Hollister por haber descubierto el Templo del Ídolo Risueño y su gran tesoro, así como por haber hecho posible la detención de una banda de ladrones.

—Aún tenemos otra sorpresa —dijo la señora Hollister—. Entre, Manuel.

La puerta se abrió y por ella entró el panadero, sonriendo ampliamente, mientras balanceaba en su cabeza el gran recipiente metálico. Se aproximó a Sue y le colocó el recipiente en la

cabecita.

Los ojos de la niña miraron a derecha e izquierda, para gozar del espectáculo de todos los presentes, admirándola, antes de echar a andar, lentamente, por la estancia.

¡El recipiente se balanceaba con todo equilibrio!

—¡Canastos! ¿Cómo has aprendido?
—preguntó Ricky.

Sue hizo un guiño.

—Mientras vosotros buscabais la pirámide, mamá y yo hemos practicado —dijo, rebosante de orgullo, la pequeña.

Todos los asistentes rieron con

alborozo.



Notas

[1] Pedigree: Genealogía de un animal.
(Nota del corrector). <<